

Semblanza biográfica de Alfonso Reyes

César Benedicto Callejas

Alfonso Reyes Ochoa nació en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889. Falleció el 27 de diciembre de 1959. Fue, con José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Isidro Fabela y Antonio Caso, entre otros, uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud. Egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, obtuvo el título de licenciado en Derecho, con la tesis “Teoría de la Sanción”, en el año de 1913. A la muerte de su padre, el general Bernardo Reyes, primero en la lista a la sucesión de Porfirio Díaz, en 1913, se exilió en España, tras breve estancia diplomática en París, y se dedicó por entero a la literatura. Poco antes del inicio de su exilio había publicado “Cuestiones Estéticas”, el primero de una serie de libros que alcanzaría más del centenar de títulos. Creador infatigable, inauguró géneros como la crítica cinematográfica en lengua española, sus ensayos figuran entre los más notables escritos en ese idioma. En 1920 se reintegró al servicio diplomático y llegó a ser Ministro en Francia y embajador en Argentina y Brasil. A su regreso a México, fue uno de los miembros fundadores en El Colegio Nacional el año de 1943 y obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1945, candidato al Premio Nóbel de Literatura, fue Doctor Honoris Causa por universidades de América Latina, Europa y los Estados Unidos. Colaboró al rescate de los intelectuales españoles perseguidos por el franquismo durante la Guerra Civil Española y en los primeros años del franquismo, Fundó la Casa de España en México que sería con el tiempo El Colegio de México, institución de la que fue su Presidente fundador. En 1957 fue designado Director de la Academia Mexicana de la Lengua. Reyes conocido como “el mexicano universal”, escribió una vasta obra -que incluye poesía, cuento, teatro y ensayo-, que es considerada una de las más importantes de la lengua castellana contemporánea, de su obra dijo Jorge Luis Borges, ser el inicio y final de los estudios de literatura en español de su tiempo. Nos dejó páginas perfectas e inolvidables como *Visión de Anáhuac* o *Ifigenia cruel*, entre muchas otras.

ALFONSO REYES UTOPISTA

HOMENAJE DE LA FACULTAD DE DERECHO

CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS

AGOSTO 28, 2003.

Al volver de su larga vida en el extranjero, uno de los primeros lugares que Alfonso Reyes visitó fue la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en aquel ahora lejano 1939, Reyes disertó sobre uno de sus temas favoritos: las utopías. Después de haber visto medio mundo, de haber vivido en dos continentes y dos hemisferios, de haber escuchado tres lenguas nacionales, después de haber perdido a su padre en los días demenciales de aquel febrero de 1913, febrero de Caín y de metralla, de vivir el exilio y la pobreza en aquella casa madrileña que por lo fría parecía labrada en las entrañas de un diamante, de haber atestiguado la derrota de la España libre y la primera guerra mundial; Reyes regresa y el primer tema del que se ocupa es el de lo inalcanzable, el de lo imposible.

¿Qué es lo que empuja a un hombre que ha vivido la persecución, la violencia y el exilio a pensar y escribir sobre los mejores mundos que la inteligencia humana haya podido imaginar? Al menos encuentro dos motivos: el primero: porque sólo en casa puede el individuo actuar con la libertad y el vuelo que el afecto y la memoria autorizan y, el segundo, por su profunda e inefable fe en la inmortalidad de la cultura.

Los viajes le enseñaron a Reyes que el hombre no tiene hogar sino en su imaginación y en su memoria que es, en cierta forma y según sus palabras, un ciudadano del mundo y un poco náufrago en cualquier sitio; pero que en el fondo del alma de cada individuo hay un rescoldo de cenizas del hogar, donde se reúne la memoria, las claves más profundas para la interpretación del mundo y que en su caso, en nuestro caso, se llama mexicanidad.

A lo largo de toda la obra de Alfonso Reyes se agita, disimulado o espontáneo, el tema del retorno; es Ulises siempre tratando de volver a Ítaca, pero también como Ulises, no vuelve con las manos vacías, sino repletas de los dones que logró recoger en cada uno de los pueblos en que habitó haciéndose uno más de sus vecinos.

Alfonso Reyes volvió trayendo el testimonio de una vocación cumplida y obedecida aún en las más penosas circunstancias; sumisión a sí mismo que él consideraba el mejor consejo que se puede dar a un joven; en otras palabras, el ejemplo vital como enseñanza.

Trajo también el mensaje de la madurez intelectual de México; de su capacidad para ocupar su lugar en el banquete de las culturas por mérito y por derecho propios; con capacidad para construir la justicia y la libertad, con el conocimiento para expresar con su propia voz y su propio espíritu los mismos temas que constituyen el patrimonio de la cultura occidental.

Reyes sabe que no hace falta construir razas cósmicas, ni destruir el pasado para aspirar al futuro: su idea de revolución se reduce a tres palabras sacramentales: pan, jabón y alfabeto.

Retorna con una prosa y una poesía límpidas, hermosas en una sencillez adquirida por la experiencia y el trabajo disciplinado; pero ante todo, por el alma llana y simple del aire de México que confunde a veces con la llanura castellana y que le permite ver en las cumbres del Pirineo, la silueta disimulada y potente de la sierra del Ajusco.

Ese es el hombre que retorna a su país después de que, como hace decir al Coro en la *Ifigenia Cruel*, habiendo bebido la tarde pudo librarse de su estrella: ese es el hombre que puede hablar de la utopía, del sueño donde la cultura permita al ser humano ser mejor de lo que su naturaleza aparente le permite.

Ese sueño de Alfonso Reyes, extraído de la Grecia clásica, depurado por los renacentistas y enfrentado por los pensadores de su tiempo, se compone de verdad y de belleza.

Volver al ideal del abogado como hombre culto, que abocado al servicio de la sociedad pueda ver en la especialización un campo para la profundización del conocimiento, pero no una vocación humana, es también un sueño que compartimos con Alfonso Reyes: ver nuestra comunidad como un grupo de hombres y mujeres comprendiendo al Derecho como la más compleja y dinámica de las manifestaciones culturales.

Por eso, al honrar la memoria de Alfonso Reyes, como hijo de nuestra casa, como miembro histórico de nuestra comunidad; honramos las tradiciones humanistas de la ciencia jurídica.

Alfonso Reyes fue testigo y cronista privilegiado de los tiempos más duros del siglo XX. Lo impresionan particularmente el asedio de París durante la primera guerra mundial y su ocupación por los nazis durante la segunda; dejan huellas indelebles en él la guerra de facciones en que se convierte la Revolución mexicana después de la muerte de Madero, y causa en él heridas profundas la barbarie fratricida de la guerra civil española. Pese a todos esos hechos terribles, Reyes no pierde la fe en el hombre y en su posibilidad de redención.

En su lectura, el ser humano, como ser contingente, desvalido ante la naturaleza y débil ante sus propios impulsos, requiere de la esperanza que da el orden y la cultura; de la salvación que procura la educación, el arte y la literatura. Por eso no se rebela frente a la naturaleza humana, sino ante la perversión de las instituciones cuando pierden su sentido. A la muerte de Federico García Lorca, hecho particularmente doloroso por tratarse de un poeta, Reyes pone en labios de otro coro de tragedia las siguientes palabras:

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España.
Ascuas los ojos, muerte los colmillos,
bufa en fiestas de fango el jabalí de Adonis,
mientras en el torrente de picas y caballos
se oye venir el grito de los campeadores:
¡Aprisa cantan los gallos
y quieren quebrar los albores!

Las letras de Alfonso Reyes, en efecto, quieren quebrar los
albores, y lo logran.

La Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México se ha propuesto, en una marcha que ya casi alcanza el medio milenio, también quebrar los albores; llevar la libertad donde se cierne la obscuridad de la superstición y la ignorancia, llevar la conciencia del orden y de la equidad donde priva la violencia y la intolerancia; conducir la solidaridad y la justicia donde se enseñorean la arbitrariedad y la anarquía; en palabras de Unamuno, amigo dilecto de Alfonso Reyes, oponer la fuerza de la razón a la razón de la fuerza.

Recordamos a Alfonso Reyes el universitario, al egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, al miembro de nuestra Junta de Gobierno, al abogado; pero sobre todo, a quien nos enseñó que de la misma manera en que en su Brasil feraz, las aves de su casa aprendían a cantar en castellano, podemos nosotros convertir nuestra tarea educativa en la misión profunda de acrecentar la memoria y la cultura para legarla a los mexicanos del futuro.

Muchas gracias.

Alfonso Reyes, su vida y sus temas hacia una relectura vital.

César Benedicto Callejas.

Hace algunos meses, gracias a la generosidad de la Embajadora de México en España, doña Roberta Lajous; a la iniciativa de Pablo Raphael, director del Instituto de México en España y a la hospitalidad de la Casa de América, nos encontramos varios escritores, críticos e historiadores conmemorando el centenario de la llegada de Alfonso Reyes a Madrid. Como resulta natural, además de la recordación biográfica, el acento estuvo sobre dos obras fundamentales de la bibliografía reyesiana: "Cartones de Madrid" y "Visión de Anáhuac". En alguna de las sesiones alguien preguntó porqué, al contrario de otros autores, como Borges por ejemplo, Reyes no generó un libro que lo trascendiera, no a su espacio ni a su tiempo, cosa que logró sin duda en varias ocasiones, sino a sí mismo como autor; es decir, porque no generó un "Aleph" o una "Rayuela" y ello, aunque no se dijo al momento, llevaba implícita la pregunta en el sentido de pensar porqué siendo don Alfonso tan magnífico escritor, no goza de la penetración en el público como, por ejemplo, los propios Borges y Cortázar. Desde entonces la pregunta me ha venido a la cabeza recurrentemente, a veces disfrazada de grito de alarma - y aún de socorro - y otras con el hábito obscuro de la acusación.

A las puertas de la Casa de América, en el corazón de Madrid, charlaba después del coloquio con Jorge F. Hernández que, con su chispeante sentido del humor, lamentaba cómo es que nos hemos perdido de mucho al pasar por alto algunos de los aspectos de la vida de Alfonso Reyes, esos magnéticos, apasionantes y vitales como su relación con las mujeres, por ejemplo, asunto del que todo reyesiano sabe y del que muy poco se dice, como si se quisiera mantener impoluta la imagen del santón literario que nunca aspiró a ser y mutilando la del viajero y el hombre que siempre quiso y supo ser; por ejemplo, con sutileza, en su Minuta, juego poético:

APLOMO

(Escolio de otro caballero a su vecina de la derecha)

—COMIENZAN por decirme Tengo las manos frías

Yo lo compruebo y

SIEMPRE

sé que van a ser mías

O mejor, aún, de su Berkeleyana:

Dimos de repente con un café, al lado del camino, en forma de rotonda abierta generosamente a todos los rumbos, de donde salían unas muchachas vestidas como de ballet, túnicas mínimas y

las piernas al aire, y nos servían en el mismo auto cosas relucientes, burbujeantes, heladas, oro líquido, plata fluida y fría, ¡qué sé yo! Al regreso pasamos de nuevo por ese sitio; pero era de día, la rotonda estaba oscura y cerrada, de aquel fuego sólo quedaban las cenizas, se había disipado el prestigio y apenas se veían los útiles de guardarropía usados por el ilusionista, por el raro encantador que días atrás quiso deleitarnos con sus engaños.

Y, en definitiva, su Análisis de una pasión:

¿Será la trivialidad una solución esquemática, pobre y elegante, de todas las complicaciones de la conducta? Yo salgo de los encuentros lloroso y nervioso. Ella, en cambio, se arregla el peinado y el afeitado, y a otra cosa. No parece cargar el lastre de las emociones recibidas. ¡Es para dudar de la ciencia y del conocimiento! ¡Es para dudar del propio amor, en lo que tiene de más humano y consciente! Hay candor, sí, pero candor animal en la solución que encuentra Cecilia. Ella es más fuerte que yo, porque es más débil. Ella es acaso más pura que yo, por cuanto no profundiza ni interroga. ¡Otra vez la salvación visual, lo que pasa frente a los ojos y luego se va, sin torcerse en los laberintos del alma! ¡Qué pocas letras en su alfabeto, y sin embargo le bastan para expresarlo todo!

Con los días, cierta preocupación en torno a la pregunta planteada en el Coloquio se fue transformando y aún cambiando de sujetos, me había replanteado la cuestión de modo que recayera no en el autor, no en el sentido de porqué Reyes no escribió tal o cual libro, ni tampoco en el ninguno de los textos reyesianos que son innúmeros; esto es, tampoco en el sentido de porqué éste o aquél libro no ha logrado la fama y la posteridad que podría tener sino, más bien, desde la óptica de los lectores de Alfonso Reyes, de sus especialistas, críticos y profesores.

Jorge Luis Borges, curiosamente, uno de los autores que se encontraban, a guisa de ejemplo, en la raíz de la pregunta, dijo alguna vez que los seres humanos no tenemos ninguna razón para preocuparnos de la eternidad pues no depende de nosotros; a poco más de cien años de que Reyes pasó a la imprenta su Visión de Anáhuac, parece oportuno hacer una pausa para que los lectores de Reyes, sus críticos, biógrafos e historiadores, nos detengamos a explorar que hemos hecho con la obra de don Alfonso, hasta donde hemos labrado la pesada lápida de la monumentalidad de su obra y cómo hemos transformado sus ensayos hechos para el disfrute de la lectura y el aliño de la cultura en el alud de "papers", ponencias, conferencias, coloquios y memorias de congresos que, indudablemente, aumentan nuestro conocimiento sobre las letras, el tiempo y la vida de Reyes

pero que no necesariamente nos acercan a nuevos lectores potenciales ni tampoco a la difusión directa de sus textos; podríamos decir que con las décadas, hemos convertido a Reyes en un autor más citado que leído y en objeto de disección más que de vivencia. Esta reflexión resultaba especialmente paradójica tratándose de Alfonso Reyes, un autor que mucho se ocupaba de su obra y muy poco de su anhelo de perpetuidad; miremos si no, estas líneas de la tercera serie de la Marginalia:

Tengo un hijo médico y doctor en anatomía patológica. Le he hablado así:

—“Hijo mío, para mientes” (como dijo el de Santillana). Los primitivos instituyeron, con la “occisión del rey viejo”, una saludable práctica social. El viejo ya no posee el mana suficiente para sostener a la tribu. Hay que sustituirlo por un joven dotado de nuevas virtudes. De aquí el aniquilamiento ritual del viejo. Cuando veas que empiezo a escribir sonetos “capicúas” o que se leen lo mismo de izquierda a derecha o al revés, de arriba a abajo o a la inversa; cuando veas (aunque haya sido moda socorrida en nuestros días), que el tour de force comienza a gustarme más que la belleza, y ensartar agujas con los pies me atrae ya más que escuchar el canto pitagórico de las esferas, aplícame una inyeccioncita oportuna, échame fuera de

este mundo y no dejes que me ponga en ridículo y arrastre por ahí un cadáver viviente.

Tal vez entonces, podríamos replantearnos la pregunta original, no cuestionándonos sobre porqué no existe ese libro insignia de don Alfonso, sino cómo es que no lo hemos descubierto o mejor aún, cómo es que no lo hemos construido.

En la década de 1960, Eduardo del Río García, conocido como Rius, inventó uno de los personajes más simbólicos de la historieta mexicana, dentro de la serie "Los supermachos", Juan Calzonzin aparece recuperando la tradición de pícaro mexicano pero renovándolo con el lenguaje y los temas urbanos de la época, así como con la crítica ácida y mordaz de un indígena que, como en su tiempo el Periquillo, se cuela en las grietas de un sistema político corrupto y decadente.

Sus huaraches, su bigote lampiño y su cobija eléctrica a modo de sarape o toga romana, se volvieron durante años, icono de la desigualdad, la exclusión y la corrupción de las peores prácticas de la época más dura del partido hegemónico.

En 1974, Alfonso Arau, con guión propio y de Juan de la Cabada, llevó a la pantalla uno de los primeros capítulos de Los Supermachos,

a que tituló "Calzonzin inspector" y que narra las aventuras de Juan Calzonzin como falso inspector político en un pueblo - digamos epónimo - infestado de líderes ladrones y corruptos; en una simpática e irónica comedia de enredos Calzonzin denuncia, con fingida inocencia, la procacidad y mendacidad de los gobernantes y los burócratas, mientras se escapa de una serie de ridículos intentos de asesinato.

Si bien su realización es más bien pobre y la vista general resulta poco afortunada, particularmente en su producción, en el minuto 47:26, hay un diálogo que arranca una carcajada enorme por el efecto de contraste de una frase literaria en el entorno paupérrimo de una cárcel municipal.

Calzonzin, en su visita al municipio de San Garabato, es llevado casi a la fuerza a supervisar la cárcel local. Los presos son fingidos y sus aplausos comprados con pan; para recibirlo, el secretario de don Perpetuo del Rosal, presidente municipal durante 30 años, el letrado Gedeon Prieto, emprende el siguiente discurso:

Gedeon Prieto.- Estos aplausos le murmuran: Viajero, has llegado a la región más transparente del aire, San Garabato, donde decir constitución es decir gobierno y donde decir gobierno es decir constitución.

(Juan Calzonzin se dirige a los presos)

Juan Calzonzin.- Queridos colegas...

Además de la gracia, cuyo efecto es sólo por contraste, lleva un guiño a cierto espectador, el clasemediero educado, que es a quien va dirigida la sátira, pero también ubica a la Visión en el marco de la cultura oficial institucionalizada cuyo manierismo quieren combatir Rius y Arau; dicho de otro modo, una lectura canónica de la Visión ya se había impuesto para entonces, situación que nos vuelve a nuestra pregunta inicial sobre las diferencias entre la obra de Reyes y la de otros autores, lo que asimismo es un llamado para una reflexión vivencial y abierta del tiempo y obra de Reyes.

A lo largo de toda su vida de escritor, que cubre cuatro quintas partes de su existencia, Alfonso Reyes procuró parcelar bien su obra, considerando las materias sobre las que trabajaba pero también los lectores a los que se dirigía y al efecto que esperaba tener en ellos; no obstante, a lo largo de las décadas la lectura de las obras de Reyes han perdido paulatinamente esa diferenciación, y hemos tendido a homologar toda la obra con un rasero principalmente académico y, en cierta forma, dejaron de percibirse fuera del contexto de la enormidad vital y estética del autor. El hecho es que

aún cuando hemos logrado descifrar muchas de las claves de la escritura reyesiana, que hemos avanzado en la contextualización de la literatura, la vida y los tiempos de don Alfonso y con todo ello tenemos un cuadro más completo de la cultura, el arte y el pensamiento mexicanos de principios y mediados del Siglo XX; a cambio, hemos permitido que los ensayos de Reyes fueran desdibujándose en su sentido vital, que la mayoría de sus trabajos, me atrevo a decir la enorme mayoría de ellos, que no fueron concebidos para la academia sino para el disfrute del arte literario perdieran la levedad necesaria para mantenerse como literatura viva.

De Borges o Cortázar, siguiendo los ejemplos planteados originalmente, puede decirse que su papel en la historia de la literatura en general y de la lengua española en particular es fundamental; sin embargo pareciéramos obligados a aceptar que, en ambos casos, a diferencia de lo que ocurre con Reyes, se trata de autores resistentes a los cambios generacionales y que siguen representando obra viva y leída como goce e incluso, como iniciación a lo que llamaríamos "la gran literatura"; mientras que Reyes, siendo también autor de letras de arte mayor, por llamarlas de alguna forma, lo hemos transformado en literatura "de repertorio"; es decir, no es que Reyes no tenga una obra de la estatura de lo mejor de Borges o Cortázar - para mantener el ejemplo -, sino que abundan en mayor

medida los lectores - desinteresados o extra académicos - que acuden a ellos continuamente.

Emprender una relectura de Reyes podría implicar así un intento por redimensionar su expresión y sus motivos para abrir nuevos diálogos transgeneracionales. Por ejemplo si donde la lectura y la interpretación de la Visión de Anáhuac explora el punto historiográfico, el manejo de las fuentes o la construcción de la narrativa pudiéramos ofrecer una exploración vivencias y casi poética o intimista algo bien podríamos ir avanzando, pensar en la Visión no como discurso poético del imperio azteca minutos antes de su extinción, sino como la mirada de un exiliado en la dulce y cruel tarea de recuperar lo máspreciado del mundo que ha tenido que abandonar y de que no sabe si algún día podrá volver a habitar; si pudiéramos dedicarnos a compartir el goce de un elenco tan profundo de sensaciones, sentimientos e ideas podríamos vislumbrar muchos de los elementos que poblarán sus páginas hasta el final de sus días.

En cierto modo, Reyes trata al Valle de Anáhuac - su auténtica morada, tanto como Monterrey fue su solar ancestral - del mismo modo en que trata todas las cosas que ama; nunca volverá la vista sobre el padre derrotado, por ejemplo, sino sobre el héroe, el constructor de civilizaciones y el mártir sacrificado; la Visión - como la Oración del 9 de febrero o la Ifigenia Cruel - no son memoriales sino

reconstrucciones; para leerlas se pueden aplicar dos filtros que a la postre, devienen mutuamente excluyentes; por un lado, el analítico histórico o político y por el otro, el vivencias, espiritual o puramente estético, en el justo sentido en el que Reyes veía su ejercicio literario: "una válvula de mi moral" y un "ideal hecho de bien y de belleza". Tal vez por esas razones Reyes se niega a utilizar un aparato crítico histórico en toda forma, aunque su capacidad y conocimiento eran más que suficientes para hacerlo; a nadie escapa el hecho de que la Visión sólo contiene cuatro notas a pie de página, de las cuales dos son meramente aclarativas y dos fueron intercaladas a posteriori y con la única finalidad de disminuir el impacto de los datos duros y mantener, en su justa dimensión el de los valores estéticos, lo cual resulta aún más claro en la última de las notas, insertada hasta 1955, cuarenta años después de su primera edición:

Se dice ahora, según entiendo, que la Crónica del Conquistador Anónimo es una invención de Alonso de Ulloa, fundada en Cortés y adoptada por el Ramusio. Ello no afecta a esta descripción.
1955.

De muchas formas, la Visión de Anáhuac abría las puertas del recuerdo y del bienestar a Reyes, marcaba su equilibrio y lo retornaba a cierta edad de la inocencia en que todo estaba aún por escribir.

Desde la Visión, Reyes sabe que ese mundo ideal que ha dibujado está condenado a desaparecer; que debe mantenerse en la guarda y fidelidad de la memoria literaria porque , desde el primer momento de la aparición humana en el Valle, se inició su largo proceso de destrucción con el pretexto de la obra civilizatoria; ya en 1915 decía Reyes: "cuando los creadores del desierto acaban su obra irrumpe el espanto social".

Con una especie de mirada profética, don Alfonso sabe que la desecación de los lagos no puede sino redundar en la destrucción de ese ámbito privilegiado para la reflexión y el ensueño; casi es tanto como decir que el México de don Alfonso joven - entendido como solar paterno, como hogar prístino - debía desaparecer en la medida que el propio autor y sus amigos fueran mudando sus conciencias, sus circunstancias y sus tiempos. De ningún modo Reyes se aferra a su pasado, ni al México que abandonó y que sabe no volverá:

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones - que poco hay en común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción policial que nos dio treinta años de paz augusta.

...

De Nezahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Podríamos decir que, como continuación de este párrafo, Reyes escribirá en la Palinodia un ciclo de construcción - destrucción cuyo corolario ya parece en ése último texto y que don Alfonso no pudo ver, el terremoto de 1985, relacionado en su magnitud con la propia desecación de los lagos:

¡Oh desecadores de lagos, taladores de bosques!
¡Cercenadores de pulmones, rompedores de espejos mágicos! Y cuando las montañas de andesita se vengan abajo, en el derrumbe paulatino del circo que nos guarece y ampara, veréis cómo, sorbido en el negro embudo giratorio, tromba de basura, nuestro valle mismo desaparece.

Así, para afrontar el mañana, la soledad y la distancia, acuñó su propio talismán y lo formó de los temas que iría desarrollando a lo largo de toda su obra. Diseñó para sí un código cifrado de afectos que anclaban en el único lugar seguro, el entorno físico, pues la experiencia, no pocas veces amarga, le había enseñado lo frágil y

vano que es poner en manos de hombre la esperanza del retorno y más aún si esos hombres tienen como oficio la política.

Reyes escribió muchísimo sobre sus ideas y sobre las ajenas, pero algo que luego nos pasa por alto pero que está más que presente, es que el principal tema de Alfonso Reyes en su literatura son sus sensaciones y sus pasiones.

No nos habla de otra cosa nunca, ni siquiera en sus trabajos más eruditos o más técnicamente literarios, pero es un hombre educado en el pudor de la cultura esforzada de esta tierra, en la que se puede decir todo como es, directo y sin ambages, como buen regiomontano Reyes aborrece los eufemismos, pero su corazón se abre despacio y no deja entrar a cualquiera; una vez que se está dentro se disfruta del más amable lugar que uno pudiera soñar. Si la literatura de Reyes es una colección de pistas para entrar en ese mundo fascinante, habría pues que interpretar su existencia en ese sentido, solamente ligada a la manera en que, ya lo sabemos, las letras eran una válvula de su moral.

Sus libros son profundas confesiones espirituales por las que el autor alcanza la catarsis de su propio ser de exiliado y de víctima de la violencia del destino; sin embargo, también pueden ser bromas intencionales o inocentes provocaciones, en todo caso, ninguno de

ellos puede considerarse completamente autobiográfico y ni siquiera se dirige al drama personal del autor; son el tema y el estilo los que concilian aquello que se agita en la conciencia del hombre para dejar constancia de su genio de autor. Por ejemplo, no podemos dejar de pensar en la obra de reyes sino en términos de un binomio constante, placer versus sufrimiento y no en el sentido cristiano del término por el que toda cuota de placer merece un castigo directamente proporcional, sino en el sentido hedónico de los griegos que suponen que el mundo está hecho de ambos elementos y nos corresponde decidir cuánto y qué placer nos es lícito procurar y cuánto y qué dolor es necesario soportar. Por ejemplo, uno de los pecados favoritos de Reyes, la gula:

Prescindiendo de los restaurantes franceses, reinaba en la Corte el venerable Botín, donde había menos modernidad, pero cocina más auténtica que en muchas renombradas fondas de Europa. Los escaparates de Botín ostentaban esos lechoncitos con la lechuga en la trompa que han alcanzado justa fama. Aquellas cazuelas matronas —planetas de barro y fuego labradas en la rotación de las edades—, venían penetrándose de grasa desde varios siglos atrás: acaso alguna vez las rebañara el mismo Quevedo. Los pescados y mariscos eran especialidad de La Viña P. El santísimo cocido (cuya receta aparece firmada por Alfonso XIII en el libro del Club Congressional Cook durante la presidencia de Coolidge),

las paellas, las fabadas y los epónimos garbanzos –que dan a la casa el nombre en jerga popular– fundaban el orgullo de Los Gabrieles. Y los embutidos y morcillas de Díaz de la Cebosa (creo que así escribía él su apellido) eran con razón muy apreciados, porque el barrigudo señor resultaba tan experto en sus confecciones como en conseguir, para las familias de buen trato, amas de cría reclutadas en Pola de Lena y también en ciertos villorrios de mayor cuantía.

Y uno menos suculento pero también delicioso, la pereza:

¡Oh, plácida siesta! ¡ Oh, soledad poblada de contentamientos inexplicables! ¿Qué pudo adormecerme así, alucinarme así con la sensación de una plenitud, de una reintegración en la atmósfera nativa, de una continuidad biológica superior a las vicisitudes de la conducta y a los sobresaltos del recuerdo? Acaso la Sombra del que apenas debo nombrar gusta de vagar todavía por la tierra a laque dio su aliento. Acaso su compañía más que humana se insinúa en mí y me conforma, a manera de inefable vino.

Y desde luego, sin lugar a dudas, su patria como elemento de goce y de recordación absoluta, puerto y sentencia, pretexto y recuperación, todo eso es su país y su pueblo, por eso sufre cuando su obra no es

comprendida en su patria o cuando se le considera ya un extranjero en su propio país; la Visión de Anáhuac, es un rescate histórico de los primeros días de México, pero también es una declaración de principios de su mexicanidad, un manifiesto de amor a su origen y un ejercicio de estilo que aspira a domar el nacionalismo furibundo de la Revolución para exponer de entre lo más mexicano, lo más universal; podría comparársele en cierta forma con Unamuno - a quien estuvo unido por una profunda amistad - que reniega de los oropeles de una tradición manida que ahoga el más profundo sentido de España. Dice Reyes en su Visión de Anáhuac:

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Quien haga el camino entre Madrid y Ciudad Real - la vieja Ciudad Leal de la época republicana - y luego siga la ruta entre Ciudad de

México y Querétaro, se dará cuenta de la precisión de estas observaciones. Siempre que tengo la fortuna de venir a Madrid me arranca una sonrisa pensar que en el escudo nacional de mi bandera hay un higo chumbo y que, como bien observa mi hija Almudena, las banderitas de papel picado con que se adornan las calles de Chiapas en sus fiestas patronales son los mismos de la bandera de la España republicana. Porque a fin de cuentas, para Reyes hay dos patrias que se complementan y que juntas forman identidad: el solar y la lengua; por ejemplo, en su obra la palabra Madrid, descontando las menciones en fechas, nombres de instituciones y referencias bibliográficas, se la escribe un total de 1,109 veces, muchas más de las que se refiere a París y apenas por debajo de la palabra México.

En esa mente genial, pues, ha cabido de todo; artes y ciencias, recuerdos y predicciones, pero es a través de esa relectura vital que podríamos estar situando la obra de Reyes en un camino de revaluación dentro de los librereros de los lectores cotidianos que se pierdan no sólo en su crítica, sino en su vivencia, por ejemplo, en la del arte.

La relación de Alfonso Reyes con la plástica es importante, comienza desde México a través de Julio Ruelas y principalmente de Diego Rivera, amigo de toda la vida con quien compartió el amargo pan del exilio; fueron muchos los artistas con los que Reyes cultivó su amistad, aún en condiciones muy difíciles; Alfonso Reyes pudo

sostener afectos y amistades más allá del paso del tiempo y de las circunstancias como la de una de las primeras mujeres de Diego: Angelina Beloff.

Para el escritor la convivencia con los pintores significaba participar de una existencia más combativa y arriesgada de lo que su docta condición de escritor le permitía y su prudente papel de diplomático le autorizaba; el mundo de los pintores, particularmente en París, era la oportunidad de participar en pequeñas batallas que resultaban graciosas para un hombre que poco antes había dormido acompañado de un fusil, había sido exiliado político y estado en presencia de un general golpista, ebrio y reconocido por sus excesos asesinos; tal vez a muy pocos como él podía aplicarse el título de la magnífica novela de Hemingway, "París era una fiesta".

El rostro de la amistad de Reyes con los pintores tenía nombre: Diego Rivera; en aquella época el regiomontano veía al guanajuatense no como el monstruo sagrado de la plástica fundacional en México, ni como el azote de la burguesía internacional y de sus buenas conciencias, sino como el gigantón dulce y sonriente que retrató Amedeo Modigliani, aquel Rivera de entonces era el mismo que expuso por primera vez en Madrid y que Reyes nunca olvidaría:

Cuando el mexicano Diego Rivera expuso en Madrid cuadros cubistas, hubo que pedirle que, al menos por respeto de policía, no exhibiera en el escaparate sus pinturas. Cierta retrato que estuvo expuesto en la callecita del Carmen por milagro no provoca un motín. ¡Dioses! ¿Por qué no lo provocó?, ¡Sus amigos lo deseábamos tanto! Adoro la bravura de Diego Rivera. Él muerde, al pintar, la materia misma; y a veces, por amarla tanto tanto, la incrusta en la masa de sus colores, como aquellos primitivos catalanes y aragoneses que ponían metal en sus figuras. Pintar así es, mas bien, desentrañar la plástica del mundo, hundirse en la fuerza de la forma, acaso intentar una nueva solución al problema del conocimiento.

Aquel Diego había llegado a Madrid como una bomba desmadejada y ocurrente que gozaba, como lo hizo siempre y más a su retorno a México, de escandalizar a las buenas conciencias; muestra de aquel tiempo queda aún en los muros de la Capilla Alfonsina de México, bajo la adveración de la célebre "Plaza de toros" que prácticamente acompañó a don Alfonso toda la vida. Rivera, además fue un puente entre Reyes y Picasso; o tal vez resulte más propio decir que fue el escritor quien sirvió de vaso comunicante entre ambos pintores; no es casual si se considera que los tres huyeron del manierismo y el retoque hacia las fértiles tierras de la sencillez genial; el escritor caminaba así entre los pintores a los que se sumaba Juan

Gris, cuya casa sigue siendo para mi una especie de faro en mis andares madrileños, uno de esos puntos de referencia diminutos pero certeros; ubicada detrás de Puerta del Sol, a unos pasos de la Calle Salud que guarda para siempre el secreto del asombro azorado de mis primeras visitas y convive con una sidrería asturiana magnífica y en toda regla que hoy, como hace doscientos años, ofrece un rarísimo y delicioso licor de violetas.

En París, Reyes cultivó la amistad de los cubistas y de los surrealistas, de Cocteau y e Picasso, si con "La Cena" se había adelantado al movimiento surrealista, el cubismo lo toma por asalto y más que su expresión plástica, su capacidad para convocar el genio de su tiempo; ese ambiente creativo lo hizo transitar entre el cine, el teatro, la literatura y el arte; sin embargo, esas experiencias no se quedan para el goce y el crecimiento personal, sino como un camino para servir a sus amigos y para construir indelebles puentes de comunicación con los demás, será cerca del final de su vida cuando se ponga de manifiesto su enorme capacidad para crear redes de amistad y colaboración.

Esa capacidad, por ejemplo, le permitió servir de salvoconducto y auxilio entre el furor de Rivera y la disciplina casi militar de las vanguardias francesas. Recordaba Reyes que cuando Rivera presentó su primera exposición en París y estaba a punto de partir hacia

Madrid, se suscitó un malentendido entre los dos pintores; esto debido a que Will, la dueña de la galería donde exponía el mexicano se había expresado en el texto de la invitación, en términos poco amables sobre Picasso; al español aquello lo tenía enfurecido mientras que al mexicano lo había hecho presa de una angustia sin descanso, tanto por no saber como podía reaccionar si Picasso lo encaraba o si trataba de sabotear la exposición como por el riesgo que, en ambos casos, corría la carrera del aún incipiente genio frente al poder del semidiós que ya entonces era el malagueño. Alfonso echó mano de sus amistades, de su proverbial don de gentes y logró aproximar a los pintores y los puso en camino de una relación duradera, el punto en que solemos atribuir a Diego aquella frase que nos gusta tanto a sus seguidores: "nunca he creído en Dios, pero creo en Picasso".

Prefiero dejarlo aquí, nos faltarían horas para hablar de otras pasiones y otros placeres; pero al volver la vista atrás, al pensar lo que he experimentado leyendo a don Alfonso, me gustaría sólo compartir no el mejor, sino el más entrañable de los versos de Reyes como un signo de esta invitación a la recuperación de los lectores:

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:

--Ya llevas Sol para rato!--

Es tesoro --y no se acaba:

no se me acaba --y lo gasto.

Traigo tanto sol adentro

que ya tanto sol me cansa.--

Yo no conocí en mi infancia

sombra, sino resolana.

Muchas gracias

Alfonso Reyes y el exilio republicano español

César Benedicto Callejas

El 1º de abril de 1939, la radio española dio a conocer un documento firmado por Francisco Franco, en el Palacio de la Isla, en Burgos. El documento informaba sobre el final de la guerra y daba inicio a la etapa de la dictadura en España:

En el día de hoy, cautivo y desarmado, el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo, Franco.¹

Esta escueta comunicación fue la culminación de un muy largo, sangriento y doloroso proceso no sólo de exterminio de la República española como forma de Estado y de gobierno en la España democrática que transcurrió de 1931 a 1939; sino también de supresión de las formas no tradicionales del pensamiento español y de todas las formas de organización democrática en lo político y en lo social. La España que entonces iniciaba iba a discurrir en una larga noche de atraso, particularmente en la vida cultural y en el desarrollo de la vida colectiva, y enmarañarse en una tenue y al mismo tiempo férrea red de mando y represión en la que la figura omnipresente y omnisciente del Caudillo, permearía toda manifestación de la existencia pública y privada. Las amenazas contra la vida, la libertad, los bienes y la familia de quienes se habían manifestado a favor del régimen republicano, en la guerra y aún antes, cobraron víctimas por centenares; muchos ciudadanos comprometidos con actividades que, por sí mismas, podían representar aspectos peligrosos o críticos para el régimen, como la judicatura, la academia o el arte. Desde el estallido de la sublevación y hasta la derrota de la República, fueron muchos los que, amenazados o imposibilitados administrativa y jurídicamente para desarrollar su actividad, no digamos en libertad, sino simplemente en un ámbito de aceptable seguridad.

Fueron muchos los españoles que, en calidad de asilados políticos y luego de ciudadanos mexicanos, se insertaron en la vida de México enriqueciendo la plástica, la música, el teatro, el cine y en general la cultura; de entre los beneficiarios principales del éxodo de españoles a nuestro país estuvieron la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, el Colegio de México, nacido como la Casa de España y algunas universidades estatales como la de Nuevo León, Hidalgo o Guanajuato. La presencia de los académicos españoles renovó la forma de enseñanza y el contenido de los estudios en áreas tan disímolas como las ingenierías y la medicina, pero se sintió con particular énfasis en las humanidades y las ciencias sociales; ahí, crearon institutos de investigación y seminarios al interior de las facultades, cambiaron las metodologías y educaron a muchos de los profesionistas e intelectuales que darían vida y sentido al desarrollo de México en tiempos de la segunda postguerra mundial.

La historia del exilio republicano español en México comienza antes de la Revolución Mexicana, esto es, cuando los primeros lazos de comunicación se tendieron entre los maestros españoles y sus discípulos americanos congregados en el Ateneo de la Juventud; posteriormente, cuando la violencia revolucionaria expulsó del país a muchos de ellos, inhabilitados por sus ideas - como Martín Luis Guzmán - o por sus relaciones con el antiguo régimen - como Alfonso Reyes -, encontraron la amistad y el refugio de muchos que, andando el tiempo y las jugarretas de la diosa Fortuna, se acogerían a esa amistad largamente cultivada por décadas y que, como todas, atravesó claroscuros y no fue siempre gozosa.

A diferencia de la llegada de los exiliados españoles, cobijados por el gobierno del General Lázaro Cárdenas y en un ambiente que, de muchos modos, les esperaba y tendía a ser favorable aunque no sin resistencias, los mexicanos que tuvieron que cruzar el Atlántico lo hacían por sus propios medios, solos o en pequeños grupos y siempre distantes

¹ <http://www.abc.es/cultura/20140330/abci-ultimo-parte-guerra-201403292118.html>

de la comprensión de los españoles que, por lo general desconocían las condiciones de vida que el conflicto armado estaba generando en México. Algunos como Reyes, habían llegado en calidad de diplomáticos que muy pronto se vieron cesantes, tanto por el estallido de la Gran Guerra, como por los vaivenes impredecibles de los mandos que, conforme evolucionaba la Revolución, iban ocupando los puestos de mando.

Sin embargo, los académicos españoles no eran del todo desconocidos para los entonces jóvenes intelectuales mexicanos. El Ateneo de la Juventud había contado con ellos como inspiración y también como mentores en la primera década del Siglo XX. No puede olvidarse que para 1910 se abría la nueva etapa de la Universidad mexicana con la unificación de las distintas escuelas de estudios superiores en la nueva Universidad Nacional de México bajo la manus de Justo Sierra; en enero de ese año, el Ateneo dedicó sus conferencias a la presencia de Rafael Altamira.

De este modo, sin saberlo, muchos de quienes luego deberían abandonar su tierra habían abierto las puertas de hogares e instituciones que les harían más llevadera la vida errante del exiliado. En algunos casos, la colaboración entre españoles y mexicanos servía de puente con otras culturas y también como carta de presentación de quienes hacían sus primeras armas en la vida literaria y académica de su país; dicha colaboración se afianzó a lo largo de los años y, con el tiempo, antes de que los españoles se volvieran también mexicanos o se tendiera entre ellos el duro nexo del refugio, se había convertido en santo y seña de un grupo de intelectuales en lengua española que compartían preocupaciones y respuestas comunes en temas que igual atañían a la inteligencia de ambas riveras del Océano.

Y fue ese tema principal, el de la resurrección del pensamiento español luego de la derrota en la guerra intestina, el que se transformará en el injerto de la rama hispánica en el tronco cultural americano y se traducirá en un renacimiento del que la propia España se beneficiaría a la vuelta de la democracia. No era pues un secreto para nadie que la larguísima decadencia del pensamiento español había hecho crisis en la dictadura de Primo de Rivera y que había tenido un fallido intento de reconstitución en el corto periodo republicano; a nadie podía escapar el hecho fundamental de que era ese mismo esfuerzo el que acompañaba a los intelectuales que habían logrado salvar la vida y la libertad y que se disponían a trabajar en México, Argentina, Estados Unidos o Chile para tratar de conseguir que el esfuerzo de liberalización y modernización no hubiera fracasado conjuntamente con el sistema político que podría haberlo garantizado.

Si ese esfuerzo de reconstrucción nacional había fracasado en la vida política - tanto por su falta de unidad frente al enemigo como por la conjura fascista internacional en su contra - debía encontrar su refugio en el lugar natural de su origen: la universidad y la vida académica en general. Hombres como Cosío Villegas, Reyes, Luis I. Rodríguez y Gilberto Bosques, entre otros incluido el propio general Cárdenas, sabían que el refugio concedido a los universitarios españoles prestaba un servicio humanitario a sus beneficiarios, pero que también las instituciones mexicanas recibían un enorme beneficio después de la sangría y destrucción que había representado la etapa armada de la Revolución Mexicana; que el concurso de españoles y mexicanos no podría sino representar una renovación integral de la cultura universitaria en México y un experimento cultural que enriquecería la identidad nacional y que, también, presentaba al mundo una imagen de civilización y desarrollo apocada en su momento por la imagen del pueblo bárbaro cultivada por la prensa y la literatura desde entonces hacía ya más de veinticinco años. De nuevo, Alfonso Reyes da cuenta de la colaboración añeja y madura de quienes lo habían recibido en España y que luego serían sus huéspedes en el Colegio de México y en la Capilla Alfonsina; en su diagnóstico sobre la situación universitaria en vísperas de la proclamación de la República española, el mexicano encuentra entre los paladines de la reforma a muchos que después contribuirían a la maduración de la universidad porfiriana reconvertida en la universidad de la revolución; entre ellos con Altamira, figuran otros como Ignacio Bolívar que, en el área de ciencias contribuiría a un nuevo florecimiento del conocimiento en México:

La decadencia de la universidad española ¿comienza acaso desde el mismo siglo XVI como sus historiadores pretenden? ¡Oh, cuánto, cuánto se ha escrito para fijar el

momento de arranque de la tan traída y llevada “decadencia española”! Vea el lector las páginas que al tema dedica Ramón y Cajal, las que le dedica “Azorín”... No; sin remontarnos a otros siglos, sin inventar teorías sociológicas al caso, aceptemos el hecho: la Universidad española viene viviendo lejos de la ciencia española. Ha tenido, a veces, grandes maestros. He nombrado ya a Menéndez y Pelayo, a Ramón y Cajal, y puedo añadir nombres sin esfuerzo: Hinojosa, Dorado Montero, Ignacio Bolívar, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y algunos otros. Ninguno de ellos, os lo aseguro, ha hecho nunca del recinto universitario el verdadero refugio de sus enseñanzas. ¿Por qué? La Universidad se había convertido en una máquina burocrática, de conferir títulos profesionales, a través de un ergotismo reglamentario que apenas dejaba espacio para un minúsculo esfuerzo de cultura; los alumnos acudían a la Universidad de mala gana, bostezando, buscando los medios de aprobar cuanto antes la asignatura...²

Al momento de la llegada de los intelectuales españoles, particularmente en el área de las ciencias sociales y de la conducta - como ahora les llamamos - nuestro país vivía un periodo de férreo nacionalismo que no excluía cierta dosis de xenofobia y aislamiento; Cárdenas, uno de los principales promotores del nacionalismo revolucionario, fue al mismo tiempo uno de los más importantes generadores del cambio hacia el universalismo y al cosmopolitismo que sería la pauta de la post guerra en México y que hizo posible a escritores como Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco o Sergio Pitol, todos ellos alumnos de los exiliados republicanos, Carlos Fuentes dentro de la Facultad de Derecho de la UNAM; que permitieron la presencia de diplomáticos como García Robles, también discípulo de los transterrados o artistas plásticos como José Luis Cuevas. Esta aparente contradicción en el pensamiento y régimen cardenista, encuentra una explicación en dos factores fundamentales; primero, el nacionalismo de los españoles que estaba construido en la conciencia de la multiculturalidad de España, que había dado, durante la República, derechos a las regiones y a las lenguas y que, en tal sentido no era incompatible con el nacionalismo revolucionario pero que lo complementaba y lo acrecentaba notablemente; por otra parte, el agotamiento del modelo violento y excluyente que parecía representar la vieja tradición revolucionaria y que devenía inoperante para la lucha contra el fascismo y el establecimiento del nuevo orden mundial que siguió a la derrota de las naciones del Eje.

Cárdenas y sus diplomáticos e intelectuales no actuaban a ciegas, al contrario, la calidad del diálogo establecida entre mexicanos y españoles desde los tiempos legendarios del Ateneo, garantizaba la seguridad de que su atracción a la órbita intelectual mexicana rendiría buenos frutos. En gran parte, si para Reyes, Altamira y Crevea representaba una especie de mentor, de hermano mayor o maestro, otros como Medina Echavarría o José Gaos, se constituían como auténticos colegas y compañeros de diálogo.

Son muchos los frutos que produjo el diálogo entre españoles y mexicanos en este entorno, muchos cuyas raíces no son evidentes pero que quedan a la vista mirando con atención el intercambio de ideas, ejemplos, afectos y partes de sus vidas. Por ejemplo, en 1932, sobre el ejemplo de Alcalá Zamora, poco después ya asilado en México o de Valle Inclán, habitual desde hacía mucho en la cultura mexicana y de Unamuno, viejo amigo de Reyes y a quien el propio don Alfonso imaginó como presidente de la República española; el regiomontano universal hablaba de los que podría ser el antecedente de lo que muchos años después y hasta la fecha se considera una de las colecciones fonográficas más importantes de la vida cultural de nuestro país; “Voz viva de México”, que comenzó a coleccionarse en 1959 con la grabación de Alfonso Reyes, leyendo “Visión de Anáhuac” e Ifigenia Cruel, la grabación se realizó en el último año de vida de don Alfonso:

Nota de 1932: entre tanto, al paso que vamos, será oh gramófono, y no la máquina de escribir, el instrumento llamado a estas conquistas. Ya, en el archivo de la palabra conservada en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, tenemos en discos la voz

² Reyes, Alfonso. Crisis de la Universidad española. Obras completas. Tomo III. pág. 351

do Juan Ramón Jiménez, de “Azorín”, de Pío Baroja, de Ramón Menéndez Pidal, de Ramón y Cajal, de Unamuno, de Alcalá Zamora, de Cossío, de Valle- Inclán, de los hermanos Alvarez Quintero...³

Hijo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y con el valioso antecedente de haber sido esa casa la cuna del Ateneo de la Juventud; a Reyes le preocupaba mucho el desarrollo intelectual de la que entonces, como ahora, era la principal institución de enseñanza jurídica en México. Más allá de los aspectos meramente jurídicos y de la especialidad de la materia, la relación con los maestros del exilio español servía a don Alfonso para establecer nuevos criterios de pensamiento y nuevos modelos vitales en los que la cultura ocupara un lugar preponderante en la vida del abogado mexicano; su preocupación porque los estudiantes de derecho contaran con promotores culturales de la más alta categoría lo llevó a impulsar la vocación literaria de muchos de sus estudiantes - Carlos Fuentes entre ellos - que además eran alumnos de sus amigos republicanos. Asimismo, lo hizo apoyar el trabajo de los exiliados fuera de sus especialidades propiamente jurídicas - no es nuevo decir que tuvo una influencia considerable al momento de revalidar estudios y títulos para que los juristas exiliados pudieran ejercer liberalmente su profesión -, pero sobre todo a partir de la exhibición de su trabajo y reflexión en materias aparentemente lejanas del quehacer cotidiano del abogado. Así, recurría a Gaos de manera frecuente para la reflexión en torno al lenguaje:

Me incomodaba que, entre nosotros –y aun en ambientes más cultivados –quien quiere escribir sobre la poesía se considere obligado a hacerlo en tono poético (¡ya con esa Musa hemos cumplido caballeramente a su tiempo y lugar!), y se figure que el tono científico o discursivo es, en el caso, una vejación. “Yo sospecho –me decía José Gaos– que lo mismo les pasaba a los místicos cuando los teólogos comenzaron a establecer la ciencia de Dios.” Pero una cosa es orar, y otra filosofar sobre el sentido y alcance de la plegaria; una comer, y otra escribir sobre dietética. Si entre nosotros se usaran las prácticas de los liceos a la francesa, los niños mismos sabrían que se pueden examinar los textos poéticos mediante procedimientos intelectuales, sin que ello sea un desacato ni tampoco una impertinencia. En cambio, muchos, por acá y por allá, no sólo esperan el piquete del estro antes de emprender una labor puramente metódica, sino que, además, se desabrochan el cuello, se despeinan y hasta entornan los ojos...⁴

El diálogo llegó a tal grado entre Gaos y Reyes, que el mexicano se permite incluir al español como una interpolación dentro de sus ficciones, convirtiéndolo así también en personaje de su pluma, hecho que Gaos festejaba y solía citar en cada ocasión propicia; en “La mano del Comandante Aranda”, Reyes cita un inexistente trabajo de Gaos como una de las razones metafísicas de la vuelta a la vida de la mano cercenada del militar revolucionario en el que no es nada difícil identificar a Álvaro Obregón:

Pero, una noche, la mano empujó la puerta de la biblioteca y se engolfó en la lectura. Y dio con un cuento de Maupassant sobre una mano cortada que acaba por estrangular al enemigo. Y dio con una hermosa fantasía de Nerval, donde una mano encantada recorre el mundo, haciendo primores y maleficios. Y dio con unos apuntes del filósofo Gaos sobre la fenomenología de la mano... ¡Cielos! ¿Cuál será el resultado de esta temerosa incursión en el alfabeto?⁵

³ Reyes, Alfonso. 1919. Máquinas. Obras completas. Tomo VIII. pág. 398.

⁴ Reyes, Alfonso. Al Yunque. Obras completas. Tomo XXI. pág. 249

⁵ Reyes, Alfonso. La mano del comandante Aranda. Obras completas. Tomo XXIII. pág. 241

Al final de su vida, la presencia de los exiliados españoles se había consolidado como parte fundamental del patrimonio humano y amistoso de Reyes; confirmó en el mexicano universal la idea de hispanidad como una enorme nacionalidad, como un espacio cultural y una vocación en el ámbito de lo humano; al recoger el día, Reyes sitúa a Gaos como una de las inteligencias más potentes que le fue dado conocer. Gaos murió doce años después del deceso de Alfonso Reyes. En el año de la muerte de Gaos, se publicó un volumen misceláneo en homenaje al regiomontano. La voz del español, da una muestra tanto del afecto como de la dimensión que para el pensamiento español significó el auxilio de Reyes a la República así como representa el punto del encuentro en que para ambos, como para muchos otros, la mexicanidad o la hispanidad se convirtieron en meros adjetivos, en facetas de un sólo y enorme fenómeno, el de la inteligencia y la expresión:

Los años de la primera huelga general revolucionaria en España y del “desastre de Anual”, germen de la dictadura de Primo de Rivera con todas las demás consecuencias. Los años del final de “la guerra europea”, y de los primeros de la post guerra. Años en los que tenía yo a Alfonso Reyes por un español, miembro “del Centro de Estudios Históricos”, lo que le daba toda la autoridad que ya tenía éste. El tenerlo por español debió durar hasta que en la Revista de Occidente, recién fundada, apareció en el número de noviembre de 1923 “El silencio por Mallarmé”, donde Ortega decía: “Probablemente sólo los pueblos jóvenes (mejicano) y Chacón (cubano) - piensan ahora en Mallarmé...” Pero también debí de olvidarlo, porque recuerdo que quince años después, al venir a México, y durante muchos años más, de la estancia aquí, tuve la impresión de no haber sabido hasta entonces la verdadera nacionalidad de quien iba a presidir La Casa de España en México. Qué importa: ¿qué no será Alfonso Reyes el más español de los mexicanos, incluyendo en la cuenta al gran Juan del Siglo de Oro? Alguna vez le conté todo esto y lo comentó con cara animadísima de complacencia.⁶

⁶ Gaos, José. Evocación de Alfonso Reyes, en Presencia de Alfonso Reyes. 1969.

Alfonso Reyes y la Revolución de Getulio Vargas en 1930
Un caso de asilo político en tiempos de Pascual Ortíz Rubio

Dr. César Benedicto Callejas

Río de Enero, Río de Enero:

fuiste río y eres mar:

lo que recibes con ímpetu

lo devuelves devagar.

...

El que una vez te conoce

tiene de ti soledad,

y el que en ti descansa

tiene olvido de lo demás.¹

Introducción

Escritor por vocación, diplomático por oficio, político por obligación e inteligente por naturaleza, Alfonso Reyes, recordado como uno de los más grandes escritores en lengua castellana, fue un hombre de amplísimos horizontes, vastos como la vida. Involucrado, tangencialmente, con los hechos que desencadenaron la muerte de su padre, pocos lo recuerdan como autor de un pequeño pero interesante libro de filosofía jurídica y si su vida estuvo ligada profundamente con el servicio diplomático entre 1913 y 1939, su presencia es connatural al exilio republicano español, del cuyo rescate puede considerarse uno de los protagonistas. Lo mismo ocurre con la acción diplomática del periodo cardenista que opaca, por su trascendencia y dimensión, a otros momentos de la práctica del asilo político mexicano. Sin embargo, los hechos que trajeron consigo el estallido de la revolución

¹ Reyes, Alfonso. Romances del Río de Enero. Obras Completas. Tomo X. México. FCE. 1996. págs. 385 - 386.

brasileña de 1930, implicaron el ejercicio de derecho de asilo, en formas convencionales, apenas a unos días de la llegada de Alfonso Reyes a la embajada en Brasil, sucediendo al entonces presidente de la República, el Ing. Pascual Ortíz Rubio.

El ejercicio del derecho de asilo desde la embajada en Brasil, benefició a no menos de veinte brasileños y al menos, un paraguayo; entre los brasileños destacó la familia del depuesto presidente Washington Luís. La experiencia acumulada, tanto en el caso brasileño como en el español, hicieron de Alfonso Reyes el personaje idóneo para representar a México en las negociaciones sobre los instrumentos diplomáticos en materia de asilo político.

Una aproximación a la tarea diplomática y a la dimensión del drama humano que enfrenta Reyes en su periodo brasileño, sobre todo en torno al tema del asilo, permite conocer las causas, efectos e instituciones que participaban en el otorgamiento de este beneficio a quienes se sabían perseguidos y la manera en que las constantes de la institución se hacían presentes antes de su maduración completa del periodo cardenista; asimismo, significa introducirnos en el momento histórico en que las izquierdas latinoamericanas iniciaron su ascenso, breve pero contundente, antes de periclitar hacia el sometimiento de las dictaduras militares que asolarían el continente por más de treinta años.

Proemio: Alfonso Reyes y el asilo político.

En el caso de Reyes, el asilo diplomático constituye un fenómeno complejo en el que participa tanto por disciplina de representante del Estado mexicano, como por convicción íntima; para él, exiliado en su momento, el asilo constituye una fatalidad del destino, una honda tradición cultural, de carácter tan sagrado que es ineludible, una institución jurídico política derivada del derecho soberano inalienable del Estado y, sobre todo, una experiencia humana de hondas dimensiones. En su ensayo *Hipócrates y Asclepio*, de 1951, Reyes propone una reflexión sobre el valor del asilo:

Pero Asclepio fue generoso. Asclepio dejaba llegar hasta sí a los implorantes, a fin de poder comunicarles directamente la virtud vital que les hacía falta. Esta suerte de electricidad divina, en casos ordinarios, podría aniquilar a los simples mortales; pero no en los casos desesperados que exigían la mano de la Providencia. La visita del enfermo hasta la sede misma del dios no era efecto de curiosidad ni de insolencia,

sino de dolor y sometimiento a la suprema voluntad del médico místico. Por eso se la toleraba. Una cuchillada es un daño, pero no el sometimiento técnico al bisturí. La sede del dios es inaccesible y terrible, como pueden serlo la droga, o la exposición al sol y al fuego. Pero de aquí también puede venir el alivio, cuando el dios ha dado su permiso, y cuando el sacerdote médico lo gradúa y lo gobierna. Asclepio no consiente una intromisión, sino que concede un derecho de asilo, parangón divino del correspondiente derecho humano, y tan respetable como lo era siempre el asilo para la mente política de los griegos.²

Esta dimensión sobrehumana, es para Reyes, el fundamento de una institución político jurídica que da dimensión humana a la experiencia diplomática, aún antes del florecimiento de los estudios sobre los derechos humanos. Sin embargo, Reyes no puede omitir el dato de que antes de ser una institución jurídica, el asilo ha sido siempre un acto eminentemente político; así, en su estudio sobre *Los sacros lugares*, en el contexto de su célebre estudio *Religión griega*, don Alfonso da cuenta de la mixtura que para los griegos, fundadores de la institución, representaba el asilo como puente entre lo humano y lo divino:

Animal o humano, el que se atreva hasta el *témenos* del Zeus Liceo perderá su sombra. Verdad es que el rey Pleistoánax, perseguido por sus compatriotas los espartanos a causa de sus simpatías atenienses, se las arregló para refugiarse en ese temeroso dominio durante cerca de veinte años. Sin duda invocó ante la deidad el derecho de asilo. Y además, la gratitud política aconsejaba la excepción.³

Desde luego, en la idea fundamental del asilo está el manto de la protección sobrehumana, pero se trata, sobre todo, de la posibilidad de burlar el destino fatal al que incluso los dioses están sometidos; desde el punto de vista simbólico y de su evolución a lo largo de los siglos, el asilo se presenta como una irrupción salvífica, es decir, como el remedio extremo para superar lo inevitable. En Reyes, como intelectual y como político, la fundamentación resulta importante porque da validez última a sus actos y los circunscribe dentro de una

² Reyes, Alfonso. *Panorama de la religión griega*, en Estudios Helénicos. Obras Completas. Tomo XVIII. F.C.E. México. 2000. págs. 166 - 167.

³ Reyes, Alfonso. *Religión Griega*, en Obras completas, Tomo XVI. FCE. México. 1989. Pág. 145

manifestación cultural y humanitaria que es necesario honrar al amparo de las normas de *ius cogens*, es decir, aún si no existiera norma consensual o formal al respecto. Visto de ese modo, aunque en la superficie, Reyes actúa como un agente diplomático diligente y disciplinado, tanto su literatura como su diario, confiesan cierta tendencia al análisis de sus actos, como si todo al cabo fuera a terminar en letra impresa y todo, por lo tanto, requiriera ser parte de un proceso reflexivo e intelectual. Sobre el origen de la institución, Reyes apuntó:

*El asilo era facultad de muchos templos. La propia negación que cierra las puertas al creyente las abre para el fugitivo. Es el tema de *Las suplicantes*. En esta tragedia, Esquilo nos presenta a las Danaides acogidas al sagrado de Argos, tras de haber huido de Egipto por no querer desposarse con sus parientes. Y sobre el procedimiento del asilo dan testimonio una inscripción legal de Cirene y una inscripción arcaica de Elide. En Egea, la Atenea Álea daba amparo a los refugiados políticos. En Efeso, el perímetro, muy generoso, daba acogida a los esclavos maltrechos.⁴*

Desde otro punto de vista, como juzga Reyes, el asilo político es perentorio frente a otras consideraciones jurídicas y políticas, pues trata de volver el orden al universo social; donde el Estado irrumpe violentando a aquellos a quienes debería proteger, el asilo interpone el derecho de otro Estado que devuelve la paz y la seguridad, como si de esa manera, las instituciones volvieran a su cauce y prevalecieran los principios que hacen posible el derecho y la política más allá de la circunstancia. Alfonso Reyes nunca fue un político osado, al contrario, si algo caracteriza su vida diplomática es la cautela, el acopio de información y el análisis de las consecuencias; pero, al mismo tiempo, suele ser contundente, obstinado en caso necesario e irreductible en el cumplimiento tanto de sus instrucciones como de la defensa del Estado mexicano, de sus principios y de sus intereses. Para don Alfonso, resulta inimaginable la negación del asilo; tanto porque ha sufrido en carne propia la persecución, sino porque es consciente, acaso mucho más que otros en su misma circunstancia, de lo importante que resulta mantener la corriente que nos une con nuestras instituciones culturales más profundas; esta forma de entender el asilo explica con soltura su actuación para la concesión de los asilos en los casos brasileños y su compromiso con el de los

⁴ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pág. 146.

españoles. Obsérvese, por ejemplo, su descripción ante las consecuencias de la violación de la institución del asilo en los tiempos clásicos:

El derramamiento de sangre en lugar sacro trae funestas consecuencias. Cierta vez, los habitantes de Síbaris riñeron con un arpista y le dieron muerte en el templo de Hera. Aconteció un portentoso: el templo empezó a chorrear sangre. Los sibaritas acudieron en consulta a Delfos, y la Pitonisa los expulsó con iracundas palabras: “Para vosotros —les dijo— no hay oráculo.” El largo destierro de los Alcmeónidas —la familia de Solón, Clístines, Pendes y acaso Alcibíades— se debió a la violación del asilo. A principios del siglo VII, en efecto, los Alcmeónidas engañaron a los partidarios del aristócrata Cilón, que se habían refugiado en el templo de la Atenea Políade, para hacerlos salir de allí y darles muerte en la calle. Entre las negociaciones que precedieron a la Guerra Peloponesia, los espartanos inculpaban a los atenienses la violación de los Alcmeónidas —a dos siglos de distancia—, insistiendo en el hecho de que su gobernante, Pendes, descendía de aquella familia castigada. A su vez, los atenienses reprochaban a los espartanos la muerte de los refugiados en el templo de Posidón (Tenaro), a lo cual se atribuía el terremoto que destruyó a Esparta el año de 464, y les reprochaban también el haber dejado morir de hambre al general Pausanias, recluido en el templo de Atenea Chalkioikos, y el haberlo enterrado después demasiado cerca del ara.⁵

Para Alfonso Reyes, los hechos que llevan a un sujeto a solicitar o necesitar del ejercicio del asilo es siempre una fatalidad; los hechos que acompañan a la institución son siempre una tragedia; si el coro lo componen los conceptos clásicos que se ha formado sobre la misma, son protagonistas el Estado asilante, el expulsor, el asilado y el diplomático; pero el gran teatro del mundo, como diría Calderón, se resume en las circunstancias que rodean a la solicitud y al ejercicio del asilo que es, desde luego, completamente casuístico y requiere del talento, dominio técnico y arte político de quien debe resguardar la seguridad de quien se ha acogido a la protección de la embajada.

II. Acto Primero: Alfonso Reyes y su encuentro con el Brasil.

⁵ Ídem.

Alfonso Reyes pasó fuera del país una gran parte de su vida; nació en 1887 y murió en 1957, salió de México en 1913 y volvió hasta 1936, esto es, de sus setenta años de vida, veintitrés los puso al servicio de la diplomacia mexicana. Prestó sus servicios diplomáticos en España, Francia, Argentina y Brasil; de esos años aparecen varias constantes, no sólo en cuanto se refiere a su eficacia y a su atingencia, sino a cierto patrón personal; siempre le cuesta trabajo dejar el lugar donde se encuentra y siempre, al poco tiempo, se encuentra en su nueva sede como en su casa; podríamos decir de él, que en tal sentido, hizo del mundo su hogar. La llegada al Brasil, para Reyes, fue en extremo difícil, primero, por la intensidad literaria de su periodo argentino; Reyes había sido embajador de México en la Argentina de 1927, cuando sale de París en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario y llega a Buenos Aires ya nombrado Embajador extraordinario y plenipotenciario al elevarse la categoría de la misión diplomática en el país sudamericano, hasta 1930, cuando la elección de Pascual Ortiz Rubio como Presidente de la República, deja vacante la Embajada en Brasil y la proximidad de Reyes con Genaro Estrada, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, lo hacen elegible para ocupar el antiguo cargo del presidente electo. Sin duda, uno de los periodos literarios más intensos de Reyes fue el de la Argentina, ahí se relaciona con Borges, con Victoria Ocampo y con Juana de Ibarbourou y si su trabajo diplomático es importante todavía lo es más el literario; asimismo, Argentina vivía entonces una época de auge en la que Reyes participa con fruición, así que su llegada al Brasil no está rodeada sino de pesar y de desconcierto; por otra parte, Reyes había tenido una visión más que general del Brasil y no era especialista ni en sus letras ni en su vida social o cultural, así que su arribo a la América lusitana no parecía presagiar la importancia personal, política y diplomática que a la postre tuvo. Si tenemos por cierto que la embajada en Argentina fue la más intensa en su carácter literario, la del Brasil lo sería en el sentido vivencial y político.

Alfonso Reyes llegó a Rio de Janeiro, entonces capital del Brasil, el domingo 6 de abril de 1930; apuntó ese día en su diario:

Río de Janeiro, (domingo) 6 de abril 1930.- Llegamos. Encuentro al casa de la embajada deplorable, inservible, y va a ser difícil explicarlo, porque esto fue lo que escogió el presidente Ortiz Rubio cuando era embajador aquí! El encargado de negocios, Ha. de Ha. (Pablo Herrera de Huerta) y su familia hacen lo posible todo el

tiempo por comunicarme su negro pesimismo sobre cuanto hay en esta tierra. Resultado: *on m'a flanqué une neurasthénie atroce*. No sé que haer. Estoy desconcertado y triste. Con deseo de abandonar hasta la carrera. Echo de menos mis cosas de Buenos Aires. Mi diablito. Mi vida. Tengo que dominarme. Quisiera irme a México... He empezado a desempacar, y las fotos de Buenos Aires y mis amigos de allá, conforme van apareciendo, me reconfortan. Inmensa tristeza.⁶

Y si esa primera sensación personal no fuera suficiente, la de la sociedad brasileña y del mundo al que intentaba incorporarse, no parecía mejor, en su entrada del diario, del 10 de abril siguiente, escribe: “Mundo demasiado colonial donde todavía la gente no sabe vivir y las casas son malas. Desconcertante soledad en la que me encuentro...”⁷ y tres días después: “Los horrores de la instalación. Abandono y soledad de los primeros días...”⁸, no será sino hasta el 25 de abril en que el escritor y el diplomático, se den cuenta de lo irreversible de la misión y se dispongan a conquistar su momento: “Mis papeles en su sitio. Mis libros en guardia. Mi pluma alerta. Adelante otra vez...”⁹ Con el tiempo, el embajador empezará a tejer su red de relaciones y se incorporará con éxito en la vida del país que lo acoge; entrará a la vida política a través del mundo de la cultura y se percatará, pronto, de la difícil situación política que enfrenta el Brasil en su momento, así como la intensidad de su vida cultural y la influencia de las corrientes de pensamiento en el desarrollo de los hechos políticos. Una de las cosas que más desesperan al nuevo embajador es la lentitud de la vida en su nuevo hogar; nadie parece darse prisa y, acostumbrado a una actividad generalmente frenética, el ritmo del Brasil le parece provincial y tedioso, tanto que no será sino un mes después de su llegada, el 6 de mayo, que puede presentar credenciales al presidente del Brasil, doctor Washington Luís; no tenemos evidencia de una amistad profunda entre ambos personajes, sin embargo, la corriente de confianza y simpatía debe haberse producido entre ellos de manera bastante rápida pues, como se verá, será en Alfonso Reyes y la embajada de

⁶ Reyes, Alfonso. Diario 1930 - 1936. Edición de Jorge Ruedas de la Serna. Tomo III. FCE. México. 2011. Pág. 4.

⁷ Ídem.

⁸ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 5.

⁹ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 6.

México, en la que el presidente Luís ponga su confianza para el resguardo de su esposa y su familia cuando sea haga necesario ante la revolución de Getúlio Vargas.

Unos meses después, Reyes se encuentra perfectamente relacionado con el ambiente diplomático, cultural y político del Brasil; ha conocido a Graça Aranha, patriarca entonces de las letras brasileñas cuyo nacionalismo, él mismo lo reconoce, ha abrevado de las literaturas rusa y mexicana; en septiembre, el día once, llegarán a bordo del *Western Prince*, el secretario Rafael Fuentes Jr., su esposa y su hijo;¹⁰ ese pequeño que llega al Brasil, es Carlos Fuentes, que luego, al pasar de los años, dirá con razón, haber aprendido las primeras letras en las rodillas de Alfonso Reyes. Con un equipo renovado, ya interesado en ese mundo que no conocía, la predisposición de Reyes para con el Brasil se ha extinguido para dejar lugar a nuevas redes de amistad y a su típica curiosidad infinita.

Podríamos decir que el periodo de incorporación de Alfonso Reyes a la vida brasileña, terminará al iniciarse la revolución encabezada por Getúlio Vargas, entonces presidente del estado federado de Rio Grande do Sul; la primera percepción del momento es descrita por Reyes de manera más o menos circunstancial, sin el avisoramiento del golpe de Estado que finalmente ocurriría apenas unos días después:

*Rio, (lunes) 6 octubre 1930.- Pasó en el César Pedro Sainz, con quien traté mis obras en CIAP, los clásicos de América de P(edro). H(enriquez). U(reña). y yo, y mi representación de dicha editorial ante América. Desde el 3 hay revolución en Brasil.*¹¹

Acto Segundo. La revolución de Getúlio Vargas.

Si el diario no ofrece mayor información, en cambio, sus informes diplomáticos permiten ver cuan rápidamente Reyes se había adentrado en la vida política del Brasil y había avanzado en la identificación con Getúlio Vargas. Si bien en el fondo de la Revolución de Vargas, había un sustrato de reclamo social, unidad nacional y modernización, Reyes identifica el detonante en la esfera de la política práctica de los grupos de presión identificados con la tradicional división político territorial del Brasil.

¹⁰ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 11.

¹¹ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 22.

El embajador mexicano, al informar a la superioridad las incidencias de la guerra civil estallada en Brasil, apenas a unas semanas de su llegada, comienza por describir la coyuntura regional que, a la postre, fortalecería a Vargas como el hombre fuerte de la revolución y como el más dotado para llevarla a cabo:

En el Estado de Parahyba venía desarrollándose desde hace algún tiempo un conflicto político suscitado por algunos elementos descontentos con la actitud asumida por el presidente del estado, señor Joao Pessoa, en las últimas elecciones de la República... Pereira (terrateniente del municipio de Princeza), por motivos de política local se distanció del presidente Pessoa, adhiriéndose a la candidatura Julio Presetes encontradamente con la del señor Getulio Vargas que sostenía el Partido Republicano de Parahyba, apoyado por el presidente Pessoa...¹²

Autores como Fernando Serrano Migallón, han demostrado que en los primeros años de la postrevolución, el discurso político exterior sirvió de apoyo a las políticas internas, de ahí que los diplomáticos mexicanos, más allá de sus propias filiaciones políticas o de sus posiciones dentro de la vida política interna del Estado mexicano, presentaban siempre imágenes revolucionarias o se empeñaban en exhibir el discurso progresista y socialmente de avanzada de la política nacional mexicana, más allá de si ello correspondía o no con la realidad que se vivía en territorio nacional; Alfonso Reyes, diplomático disciplinado e institucional, no era la excepción, de tal modo que presenta cierta inclinación por Vargas, inclinación que a la larga derivó en una amistad para el resto de sus vidas. Volviendo a su estudio de la situación revolucionaria, Reyes no se contenta con la explicación superficial, no se trata sólo de un conflicto regional, en el fondo, alcanza a leer una situación de justicia social que no puede ser soslayada, dicho de otro modo, encuentra cierto grado de identificación entre la revolución mexicana y el movimiento de Getulio Vargas que, a la larga, se convertirá en una auténtica revolución social conocida como el Estado Nuovo; rápidamente, Reyes logra compenetrarse de la realidad brasileña y donde antes encontrara los datos de una sociedad pequeño burguesa y provinciana, haya una sociedad compleja, étnicamente rica y surcada por graves contradicciones sociales; al respecto, los temas como la tenencia de la tierra, la desigualdad en la distribución del ingreso y las crisis económicas recurrentes causadas por la venalidad de los terratenientes y por la especulación de los

¹² Reyes, Alfonso. Obra diplomática. Tomo II. Compilación de Víctor Díaz Arciniega. FCE. México. 2001. pág. 9

consorcios tanto brasileños como internacionales, le parecen una combinación explosiva que no podría ser sostenida por mucho tiempo. Al respecto, a manera de ejemplo, envió a la Secretaría de Relaciones Exteriores el siguiente informe complementario del anterior:

La situación económica y financiera de Brasil parece agravarse día a día; entretanto, a juzgar por algunas declaraciones hechas en la Associação Commercial do Rio de Janeiro (primera institución comercial del país), en su sesión del 9 del actual, el gobierno del República no considera la gravedad del momento ni las difíciles circunstancias en que se encuentran los contribuyentes y los productores... Gracias al incondicionalismo de la mayoría del Poder Legislativo, el gobierno federal continúa afectando un optimismo que se estima no puede ser sincero... En São Paulo, el gran estado del sur, hay una gran inquietud debida al fracaso de la política cafetera, y mientras en esa entidad el número de desocupados alcanza ya a 240,000 hombres y trátase con todo el empeño de encontrar una solución al problema que vendrá a crear la sobreproducción de la cosecha de café de este año... Esta situación económica no deja de tener repercusión en el terreno político. El espíritu público comienza a manifestarse irritado y circulan rumores de que en los estados de Río Grande del Sur y de São Paulo podría producirse un movimiento violento; rumores que son acogidos con escepticismo por algunos, quienes alegan que siendo el presidente electo, señor Julio Prestes, paulista, su acceso al poder significaría la permanencia en el gobierno de la nación de elementos del sur.¹³

En cierta manera, salvando las diferencias, el contexto revolucionario brasileño encontraba sustrato en una situación similar a lo que ocurrió en la segunda etapa de la revolución mexicana; si bien en el caso sudamericano no existía un dictador omnisciente y perpetuo, sí en cambio una situación de dislocación regional y competencia entre las distintas zonas del país por el control político y económico del Estado; coincidían ambas revoluciones en que el distanciamiento cada vez mayor entre la realidad y los poderes federales, desembocaban en situaciones complejas de abandono y de cacicazgo; igual que en México, la situación del desempleo y la pobreza agravaban la situación ya de por sí complicada de la desigualdad social, todo ello en un contexto carente de seguridad social o mecanismos compensadores

¹³ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 11

entre la riqueza y la miseria; en cierta forma, lo que en apariencia había percibido el embajador mexicano como un ambiente de tímida provincia, no era sino la distanciada y rancia clase predominante sobre una extensísima base de pobreza y campesinado olvidado. Reyes se cuida bien del lenguaje que utiliza y aunque dista de tomar partido, no parece expresar desagrado alguno respecto del movimiento revolucionario que está testificando; fiel a la tradición política mexicana de no intervención, se aleja del teatro de los hechos, pero lo sigue y en cierta forma lo alienta explicando con la mayor precisión posible los sucesos, los personajes y las situaciones en que actúan. El momento más difícil de la situación ocurrirá, desde luego, cuando los adictos al régimen de Washington Luís - particularmente su familia - recurran a la Embajada de México solicitando asilo político, en su momento Reyes sabrá honrar la tradición mexicana de asilo, pero no sólo ello, sino que los lazos que la discreción y buen manejo de la diplomacia lograron tender con el gobierno de la revolución triunfante, le permitirá no entrar en mayores roces con los revolucionarios al momento de concretar el ejercicio del derecho de asilo. Por el contrario, el gobierno constituido entrará muy pronto en pánico, contradiciendo el mensaje de tranquilidad que estaba transmitiendo a la sociedad y al cuerpo diplomático; el ejercicio de la censura, particularmente sobre las Embajadas, lo cual por sí mismo constituía una agresión a la inviolabilidad de las legaciones diplomáticas, resultarían en un conflicto que el embajador mexicano deberá sortear con habilidad:

Desde el 3 de octubre que estalló el movimiento revolucionario, simultáneamente en Río Grande del Sur y Minas Gerães, comunicándose después a los demás sitios que, por telégrafo, he estado comunicando a usted, ha sido de gran dificultad recibir en Rio de Janeiro informaciones precisas de lo que acontecía en el resto del país, al grado que telegrafíe a esta superioridad sugiriéndoles que obtuviera noticias del sur a través de nuestra legación en Montevideo, y yo mismo intenté, sin resultado, dialogar con ella mediante mensajes cifrados, pues como usted se sirvió comunicármelo, los mensajes cifrados de nuestra legación dirigidos al Brasil han sido detenidos por la censura brasileña... A propósito de este último punto, debo manifestar a usted que me propongo hacer, verbalmente y de una manera informal, una pequeña aclaración ante el gobierno brasileño, pues no encuentro del todo justificado semejante procedimiento y, en todo caso, bien pudiera ser que mi pregunta diera lugar a que Montevideo pudiera libremente comunicarme sus noticias... La dificultad en que me visto para

transmitir a usted mis informaciones -obtenidas casi todas a través de agregados militares de países amigos- me ha hecho incurrir involuntariamente en algún error, como fue el dar por acción revolucionaria y toma de Bahía lo que sólo fue un motín producido en dicha ciudad, durante el cual la gente embravecida vino a atacar y quemar el diario A tarde y, de paso, quemó el archivo del consulado de México situado en el propio edificio, sin duda sin propósito premeditado... Puedo hoy ampliar mis informaciones sobre políticos refugiados en legaciones y embajadas: en la legación de Perú me consta personalmente que se han refugiado el hijo de Arthur Bernardes, el hijo de João Pessoa (el presidente de Parahyba del Norte asesinado) y el embajador Mello Franco y sus dos hijos; en la embajada de Argentina: Assis de Chateaubriand y otro alto personaje; en la legación de Bolivia fue a asilarse algún periodista conocido, que poco después, encontrando poco hospitalario el ambiente, prefirió volver a su casa.¹⁴

Como se nota, el gobierno brasileño optó, como primera medida, aislar al Brasil del resto del continente con la finalidad de evitar el apoyo que el movimiento revolucionario pudiera allegarse, haciéndolos aparecer como una pequeña revuelta de políticos resentidos; asimismo, en el aspecto interior, el cerco a la información impedía tener un conocimiento certero de la realidad; de este modo, el embajador mexicano busca información en un país cercano y transmitiendo en clave la información de que disponía, esta situación, aunque ilícita, es común, idénticos fenómenos ocurrieron en el golpe de Estado en Chile, cuando Gonzalo Martínez Corbalá echó mano de las embajadas en Lima y en Buenos Aires, o bien en el Madrid de la Guerra Civil, cuyo enlace estuvo en Lisboa y en París; llama mucho más la atención el hecho de que Reyes haya preferido elevar una pequeña aclaración informal, que no llegaría siquiera a nota diplomática, frente al gobierno brasileño, a fin de cuentas su interés no estaba en la reparación del daño o en una disculpa de un gobierno que, claramente, vivía sus últimas horas, sino contemporizar con los revolucionarios obviando hechos, como el incendio del consulado mexicano en la ciudad de Bahía, hecho que por sí mismo en otras circunstancias hubiera sido tomado como un atentado de gravedad. Reyes atribuye el incendio del consulado a hechos de una turba que pretendía hacer escarnio de un diario adicto al gobierno y que, en la espiral de violencia, quemó el consulado ubicado en el

¹⁴ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 11

mismo edificio del diario, exonerando, expresamente a la acción revolucionaria; con ello, Reyes se aviene con el nuevo gobierno con el que, sin duda, habría de entenderse, toda vez que no existía la posibilidad de ruptura de relaciones ante la identificación del discurso de Vargas y el discurso oficial del gobierno mexicano; por otra parte, evitaba el espinoso asunto que habría derivado de hacer peticiones formales de reparación, disculpas diplomáticas y otros menesteres que habría sido la bienvenida que México habría dado al nuevo gobierno derivado de una revolución triunfante. Lo anterior sin contar con que el embajador mexicano comenzaba ya a hacerse una idea del fenómeno de refugio político que debería enfrentar en breve, de ahí que se informe lo más pronto posible de los asilados que comenzaban a presentarse: el hijo de Arthur Bernardes, el hijo del depuesto y asesinado Presidente de Parahyba, Joao Pessoa, el embajador Mello Franco y sus dos hijos, todos ellos en la embajada del Perú; en la de la Argentina, Assis de Chateaubriand, escritor y político y algún otro político no identificado, y en la de Bolivia un periodista cuyo nombre se reserva y que desistió de solicitar asilo ante el ambiente hostil que encontró en la legación diplomática. El estallido de la revolución de Vargas, en su llegada a Rio de Janeiro, generaría el cuadro de violencia habitual en los casos de asilo político. En su informe diplomático, Reyes expresó:

La revolución iniciada a la vez en el norte y en sur el 3 de octubre actual por la noche, de la cual he sido informando a usted, hasta donde era posible, valiéndome de las fuentes más seguras y estudiando en cada caso el juego lógico de la verosimilitud, llegó a una crisis la madrugada del día 24, en que los jefes de tierra y de mar que manejaban desde Rio las operaciones se confabularon e invistiendo al Palacio de Guanabara con tropas del Tercer Regimiento de Infantería, y tomando contraseñas para obrar de común acuerdo en todos los fuertes, exigieron al presidente Washington Luis la entrega del gobierno en el término de media hora, dándole garantías de vida que el interesado, en el primer momento de exaltación, rechazó orgullosamente... Internado el doctor Washington Luís en el fuerte de Copacabana, constituyóse a toda prisa una Junta de Gobierno Provisional cuyos nombres, con excepción del general Menna Barreto, cambiaban a cada hora; se ordenó la suspensión de hostilidades en todos los frentes, se abrieron las prisiones de reos políticos; y éstos, las tropas y el pueblo armado, saciaron su ira contra la policía militar en las primera horas, castigándola severamente, e incendiando periódicos que se habían señalado por su

campaña antirrevolucionaria (A Critica, A Ordem, O Paiz, A Vanguarda, A Noite, Gazeta de Noticias, A Noticia, Agencia Americana, etc.).¹⁵

El teatro de los hechos presentaba, como notas fundamentales, la confusión de una revolución que entra a sangre y fuego y en la que intervendrían los cambios de lealtades, el abandono del derrotado y la adhesión al triunfador. El momento triunfante llegaría cuando las fuerzas armadas que, hasta el día 24 de octubre parecían leales al presidente, optan por secundar la revolución y combatir al poder constituido; ante la negativa del presidente Luís de entregar la presidencia, legitimando el golpe de Estado, fue hecho preso en el fuerte de Copacabana, antigua fortaleza colonial. Como primera medida se estableció un gobierno provisional, que desde luego, la embajada de México se abstiene de reconocer o desconocer y que, hija de la primera hora, se encontró en transformación constante salvo el principal contacto de Getúlio Vargas, general Menna Barreto; aunque de inmediato la revolución se constituyó en gobierno y ordenó el cese de hostilidades en todo el territorio del Brasil, liberándose a los reos políticos, también es verdad que los revolucionarios dieron rienda suelta a los impulsos populares para que, mediante la catársis del público y la tropa, se saciara el ansia de violencia que acompaña naturalmente a este tipo de movimientos; de tal manera que la venganza del público se dirigió a los diarios que se habían perfilados como defensores del gobierno depuesto y a quienes se atribuía parte de la violencia ante el bloqueo informativo que habían impuesto desde el inicio del movimiento armado. También debe hacerse notar que el nuevo gobierno comenzó con cuidarse de no interferir con la vida de las legaciones diplomáticas, evitando el error cometido por el gobierno caído, tratando con ello de allegarse la mejor voluntad posible respecto de los gobiernos que representaban.

Acto Tercero. La concesión del asilo.

El clima de violencia descontrolada y la inseguridad que enfrentaban las personas adictas o cercanas al círculo del depuesto presidente Washington Luís, debía terminar, como era de suponerse en una moderada corriente de solicitantes de asilo. Debe decirse, que la revolución de Vargas se dirigió, como principal enemigo, contra el gobierno y no contra las clases económicas más favorecidas, el ajuste de cuentas con éstos actores financieros y

¹⁵ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 13

políticos sería posterior y aunque el discurso revolucionario estaba pleno de contenidos sociales, no se podía presentar una persecución generalizada de algún grupo en particular. De acuerdo con su práctica cotidiana, Alfonso Reyes, guarda los rasgos más generales de los hechos y retrata con especial fidelidad los aspectos humanos. La primera mención sobre el asilo es la siguiente:

Rio, [viernes] 24 octubre 1930

Estalló la revolución aquí. Se me presenta el primer refugiado del gobierno: doctor Mário Paula de Britto, director de *A Ordem*, presentado por Henry Leonardos, cónsul de Perú. Como ya tengo aquí al doctor Mário Magalhães, secretario de Bruno Lobo (prisionero), por los revolucionarios, la situación es complicada, bajo mi bandera blanca. Se refugia Oscar Matta, director de *Vanguarda*, y pide refugio para su hermano. También lo pide el director de *O País*, diputado Alves de Souza.¹⁶

Ante la celeridad de los hechos y como se verá en el informe turnado *a posteriori*, Reyes decide ejercer sus atribuciones como jefe de legación y ministro plenipotenciario, otorgando el asilo aún antes de recibir instrucciones del gobierno mexicano, lo hace también, confiado en la tradición de asilo que ya privaba en las relaciones internacionales de México; sin embargo, la situación no parece del todo favorable para el diplomático, por una parte, recibe a uno de los más buscados y perseguidos por los revolucionarios, el director de uno de los diarios contra los que se dirigió el motín popular que siguió al establecimiento del gobierno provisional quien, además, le era entregado por el cónsul del Perú, en clara señal de que el gobierno peruano no deseaba inmiscuirse en tan espinoso asunto; por otra parte, la recepción de Mário Magalhaes, secretario de Bruno Lobo, ya preso por los revolucionarios y hombre de confianza de Washington Luís, parecía complicar las cosas pues se hacía cargo de dos de los hombres más buscados por los revolucionarios; asimismo, dos directores de periódicos escarnecidos, *Vanguarda* y *O País*, también se ampararon bajo el pabellón mexicano. Tres días después, el fenómeno del asilo se había generalizado y es de suponer que la persecución de los enemigos del nuevo gobierno estaba ya en marcha por todos los

¹⁶ Reyes, Alfonso. Diario 1930 - 1936. Edición de Jorge Ruedas de la Serna. Tomo III. FCE. México. 2011. Pág. 22

medios. En la siguiente de las menciones, Reyes dará cuenta de la dimensión que estaba adquiriendo el hecho:

[Rio de Janeiro, lunes] 27 octubre [1930]

Tengo refugiados a Oscar Matta y su hermano, de la Vanguarda, y al doctor Mário Britto, de A Ordem, periódicos que fueron quemados. Britto saldrá ya hoy con garantías. Magalhães se fue el mismo 24 en la tarde, pues que había triunfado. Me estoy resistiendo por instrucciones de México a recibir más refugiados, pero ahora piden asilo los hermanos Rodrigues, de Crítica! Pánico en la ciudad. Dícese levantóse policía militar con dos navíos que bombardean. A la vez, entran por San Cristóbal las tropas revolucionarias. Refúgianse aquí Henrique Lage, y la señora Washington Luís con toda su familia. Lo notifico por teléfono al nuncio, para pedirle, como decano, el apoyo de todo el cuerpo diplomático. He desarmado a todos: cinco revólveres.

A las 12 del día había en la embajada los siguientes refugiados:

Señora Washington Luís.

Señora Maria Pires de Mello e hijito (hija de W.L.).

Señor Firmino Pires de Mello, su esposo.

Caio Luís Pereira de Sousa, hijo de W.L.

Señora Aracy Pereira de Sousa, su esposa.

Señor Victor Luís Pereira de Sousa, Hijo de W.L.

Comandante Ayres da Fonseca Costa, marino, ayudante de órdenes del presidente W.L.

Florinda dos Santos, criada de la familia W.L.

José Baptista da Silva, *chauffeur* de ellos.

Señor Henrique Lage.

Señor Mazgún Seroa de Matta, director gerente de *Vanguarda* y director de la Asociación Brasileira de Prensa.

Señor Oscar Matta, su hermano, director de *A Vanguarda*.

Señor Mário de Britto, director de A Ordem.

Su esposa. Su hijita. Sus dos criadas.

Diputado Alves de Souza, director de *O Pais*.

Su cuñado.

Una Veinteta de Personas.

Alas 4 p.m se va el equipo W.L., por haber renacido la calma.¹⁷

Una de las razones por las cuales, en la práctica, el asilo político se concede de manera precautoria radica en que no siempre un solicitante tiene auténticas razones para demandar el beneficio del asilo político, o bien, porque el agente diplomático pueda negociar las garantías de vida, seguridad y libertad del presunto asilado; así, Reyes logra la liberación de Mário Britto y posteriormente de Mario Magalhaes cuando los vientos políticos le eran más favorables. Las instrucciones que Reyes ha recibido de México fue restringir en la medida de lo posible la recepción de nuevos asilados, el embajador no interpreta la restricción sino de manera que pudiera salvaguardar a quienes, a su juicio, presentaban mayor grado de riesgo; así, entre los periodistas llegan los directivos de *Crítica!*, los hermanos Rodrigues, presas del terror que imperaba en la ciudad ante los tres días continuados de disturbios y la entrada final de los ejércitos revolucionarios; ello incluía desde luego, a la familia y a los allegados principales del depuesto presidente Luís; el equipo de trabajo del depuesto mandatario se retiraban de la embajada el día 27 en un oasis de paz que se había presentado. Llama también la atención el hecho de que Reyes reporta en su diario haber desarmado a sus asilados, preservando así la legalidad del asilo, el saldo, sin embargo no es mucho, sólo cinco revólveres.

En los días subsecuentes, Reyes no hace mención alguna en su diario sobre la situación de los asilados, se reservará para los informes oficiales; es de suponer que en esos días ocurriría uno de los hechos más complejos del asilo, la obtención de los salvoconductos y la expatriación de los asilados; en el estado de cosas que privaban en Río en aquel momento, la situación era complicada y no se terminaría sino hasta que finalmente se asentara el gobierno de la revolución con la llegada a la ciudad de su líder:

Río [viernes] 31 octubre 1930

Han estado llegando a Río los prohombres de la revolución. Hoy llegó Getúlio Vargas, el jefe.¹⁸

¹⁷ Reyes, Alfonso. Op. Cit.. Pág. 23

¹⁸ Reyes, Alfonso. Op. Cit.. Pág. 26

Es muy probable que los primeros contactos entre Vargas y Reyes hayan ocurrido en los días subsecuentes con motivo de la expatriación de los asilados que quedaban en la embajada, esos contactos, a lo largo de los años, derivarían en una entrañable amistad que duraría el resto de la vida del mandatario brasileño; en su diario, Reyes será escueto en la relación con Getúlio Vargas, sin embargo, para su despedida, el presidente hizo uso de la radio nacional para despedirse de su amigo dedicándole palabras elogiosas y un fragmento considerable del programa oficial. La relación así establecida, iba a terminar con la expatriación de los dos últimos asilados, según consta en el diario:

[Rio de Janeiro, martes] 25 de noviembre 1930

Embarco en el *Cap Polonio* a mis dos últimos asilados políticos, Oscar Matta y Coriolano de Goes, a este último después de muchas luchas, y casi rozando el incidente con la nueva policía.¹⁹

Oscar Matta figura entre quienes llegaron primero a la Embajada de México, alcanzando casi un mes de estancia en las instalaciones Coriolano de Goes, llegó posteriormente y, como lo señala Reyes, su expatriación fue complicada pese a contar con los salvoconductos pertinentes; esto es también una situación de hecho normal, pues el último momento en el que el gobierno expulsor puede provocar situaciones de hecho que determinen la no realización del asilo, es el momento de la expatriación. Otros casos de acoso en el otorgamiento del asilo fue el que vivió Martínez Corbalá en el caso del golpe de Estado en Chile, o el que sufrió la embajada de Ecuador en Londres ante el asilo concedido al fundador de Wikileaks. De hecho, la situación es de suyo complicada pues en ella intervienen directa e indirectamente personas e instituciones que no necesariamente obedecen puntualmente órdenes del poder sino que pueden tomar decisiones erróneas en momentos especialmente críticos.

En su informe oficial, Reyes dará cuenta más detallada de la manera en que fue concedido el asilo, sus pormenores y sus efectos diplomáticos; la concesión preliminar del asilo fue informada de la siguiente manera:

¹⁹ Reyes, Alfonso. Op. Cit.. Pág. 33

La mañana del día 27, inesperadamente, se oyeron tiros, la gente comenzó a huir, se vio pasar tropas por grupos que requisicionaban para su transporte los autos particulares, y corrió la voz de que la policía militar había reaccionado en favor del gobierno depuesto, ayudada por unidades de la Marina. La tropa se fortificó en varios puntos de la ciudad y por un par de horas no se supo bien lo que pasaba. La familia del presidente Washington Luis, que había regresado a casa de unos parientes después de permanecer unas horas del día 24 en la embajada de Portugal, se presentó en masa en mi embajada solicitando refugio, ante el pánico de la ciudad que por momentos cobró aires de verdadera anarquía. hice izar mi pabellón, notifiqué el hecho al nuncio en calidad de decano, para que éste lo comunicara al cuerpo diplomático y todo él diera su apoyo a la familia en caso necesario; y así permanecieron todos durante el día de ayer en esta embajada, donde llegaron a refugiarse las siguientes personas que, aunque numerosas, aún no alcanzan el número de 30 que días pasado se contaba en la embajada de Portugal (y puedo asegurar a usted que, con excepción de algunos que, como el ministro residente de Hungría, señor Haydin de Ipolynyek, que da con la puerta en las narices al que le pide asilo, o del encargado de Negocios de Bolivia, señor Reynolds, que les propone entregarlos a la policía, todos hemos tenido buena dotación en el reparto).²⁰

Siguiendo el informe, quedan claras las circunstancias en que se otorga el asilo político; primero una situación de violencia en el que los opositores al gobierno, que no los delincuentes comunes, sienten amenazadas su seguridad, su vida o su libertad; ese hecho desde luego se estaba verificando en la ciudad de Rio en los días posteriores a la caída del presidente y, desde luego, la familia y los allegados del Presidente tenían particulares motivos para sentirse amenazados; por otra parte, es necesario que medie la solicitud del asilo, salvo en el inédito caso de la experiencia con la República española, en que México ofreció el asilo político, lo habitual es que sea el afectado el que lo solicite; así, la familia del presidente se había asilado por tres días en la embajada de Portugal, que por alguna razón excusó comprometerse con el gobierno revolucionario y de ahí que hayan cambiado la sede de su asilo a la Embajada de México; resulta natural que dadas las relaciones coloniales que

²⁰ Reyes, Alfonso. Obra diplomática. Tomo II. Compilación de Víctor Díaz Arciniega. FCE. México. 2001. pág. 13.

mediaron entre ambos países, los intereses económicos y políticos fueran prioritarios sobre la salvaguarda de los solicitantes del asilo; por último la calificación que hace el jefe de la legación en su carácter de representante del estado asilante, en este caso particular Alfonso Reyes, calificando precautoriamente si el solicitante amerita o no la protección diplomática y si puede considerársele un perseguido político y no uno de fuero común. Por otra parte, las prácticas diplomáticas consideran importante la comunicación entre los miembros del cuerpo diplomático, cuyo líder tradicional es el decano, para prestarse ayuda mutua en estos casos en que es importante una red de apoyos considerables. Debe hacerse notar también, que el asilo político es una prerrogativa del Estado que lo otorga y no una obligación internacional; así los gobiernos de Hungría y de Bolivia, se negaron a dar asilo político en ejercicio de su soberanía.

La lista oficial de los asilados al día 27 de octubre, fue enunciada de la siguiente manera:

Señora de Washington Luis Pereira de Souza;

Señora Maria Pires de Mello, hija del presidente Washington Luis;

Niño, hijito de la anterior;

Señor Firmino Pires Mello, esposo de la anterior;

Señora Aracy Pereira de Souza, nuera del presidente Washington Luis y esposa del

Señor Cayo Luis Pereira de Souza, hijo del presidente Washington Luis;

Señor Victor Luis Pereira de Souza, hijo del presidente Washington Luis;

Comandante Ayres da Fonseca Costa, marino, ayudante de órdenes del presidente Washington Luis que ha mantenido a las órdenes de la familia;

Florinda dos Santos, criada de la familia, niñera;

José Baptista Silva, chauffeur de la familia;

Doctor Mário Britto, director de A Ordem;

Señora de Britto;

Hijita de los anteriores;

Dos criadas de las anteriores;

Doctor Ozeas Motta, director de A Vanguarda;

Señor Mazzim Seroa da Motta, su hermano, gerente de A Vanguarda y director de Asociación Brasileira de Prensa;

Esposa del anterior;

Diputado Alves de Souza, director de O Paiz;

Dos cuñados del anterior;

Doctor Henrique Lage, propietario de la Compañía de Navegación Costeira de Brasil.

Pasajeramente, y en tanto que se disipaba el pánico callejero, el abogado Renato de Paula, del Tribunal de Cuentas, y un jovencito de la Agencia Lux, servicio de recortes de prensa.

Poco después, otros cuantos colaterales de la familia Washington Luis y Gabriel Bezanzoni, mujer del doctor Henrique Lage con dos parientes.²¹

Como se observa, la mayor parte de los asilados eran personas cercanas al presidente depuesto y no necesariamente perseguidos políticos; de ahí que el asilo político otorgado se brindara apenas por una hora o días hasta en tanto no se aclaraba la situación política; en todo caso, la primera responsabilidad del jefe de la legación asilante es salvaguardar la vida y la libertad de sus asilados y no permitir su reingreso a la vida habitual hasta en tanto no se presenten las garantías expresas o tácitas de que no serán perseguidos injustamente. La primera salida de asilados se verificó en la noche misma del día 24, como la describió Reyes en su informe:

Por la noche, tomadas ya todas las seguridades y envuelta otra vez en la calma de la ciudad gracias a la difusión de noticias y explicaciones que el general Leite de Castro, ministro de Guerra provisional hizo personalmente a través del radio, y *gracias también a las declaraciones que se hicieron mediante la prensa vespertina de que la actual junta de gobierno sólo se considera como un poder de emergencia para mantener el orden, pero que el gobierno definitivo ha de surgir del acuerdo con los jefes revolucionarios del norte y del sur, cuando éstos lleguen*, lo que calmaba cierta expectativa angustiosa del pueblo, pero lo que quita a la junta provisoria toda seriedad para tratar con los diplomáticos según adelante explicaré -mis refugiados fueron todos reintegrándose a sus hogares-. Así se retiró toda la “gens” Washington Luis, doctor Henrique Lage y lo suyos y el doctor Mario de Britto y sus familiares... También se retiraron los asilados momentáneos y sólo quedaron los dos hermanos Motta y el

²¹ Reyes, Alfonso. Op. Cit. págs. 13 - 14.

diputado Alves de Souza que demuestra una gran postración de ánimo y se pasa el tiempo encerrado en un cuarto.²²

Esta explicación dada a la superioridad diplomática expone la ruta de comportamiento del embajador mexicano; por un lado, honra la tradición mexicana de asilo, asimismo, no interfiere con el movimiento revolucionario que todavía inmaduro tiene que esperar hasta que su líder decida las posturas y protagonistas de su gobierno, su expectativa permitiría al cabo de los días crear una base de diálogo suficiente con el nuevo gobierno; pero del mismo modo, salvaguardaba la vida y la libertad de sus asilados hasta en tanto no hubiera claridad suficiente para saber si enfrentarían o no persecución. con la salida de la familia y allegados del presidente Washington Luís, quedaron en la embajada algunos periodistas y un diputado, algunos de los cuales alcanzarían casi el mes de estancia en la embajada antes de poder ser expatriados finalmente.

Uno de los aspectos más interesantes del asilo político, aquel en el que interviene más el criterio del jefe de la legación que los propios instrumentos internacionales, es la elección de quién es aceptable como beneficiario del asilo y quién no lo es; en otras palabras, el diplomático cuenta con un tiempo sumamente limitado para conceder o negar el asilo, una vez que el diplomático ha considerado a un sujeto digno del asilo, queda bajo su protección y constituye una violencia grave contra las costumbres internacionales despedir a un asilado sin la protección previamente ofrecida. Alfonso Reyes, en ese momento, vive la presión de mantener vigente la política mexicana de asilo, cumplir con las órdenes restrictivas que ha recibido y comprender rápidamente la situación que cada solicitante de asilo presenta, obsérvese la siguiente parte del informe:

En la noche vino a añadirse un nuevo huésped: el doctor Barreto Filho, secretario del último jefe de policía del régimen depuesto, que me fue *especial e insistentemente recomendado por sus mismos adversarios políticos*, los revolucionarios redactores de o Jornal pues, según usted comprenderá por la descripción que vengo haciendo, la junta provisoria no controla del todo la situación ni puede garantizar del todo las cosas. La presencia de este señor en mi embajada, así como la imposibilidad de tener decentemente más huéspedes y las mismas instrucciones de gran prudencia que

²² Reyes, Alfonso. Op. Cit. pág. 17

usted se ha servido dictarme, me obligaron, muy a mi pesar, a negar hospedaje (pues, al parecer y dado que viven en una casa de Copacabana, y se pasan el día fumando y bebiendo en la terraza a la vista de todos, era más bien hospedaje lo que solicitaban, o asilo precautorio *por si acaso eran perseguidos cuando llegaran los jefes del norte y del sur*) a los hermanos Mario y Newton Rodrigues de *A Critica*.²³

Hay que hacer notar que una de las constantes en la institución mexicana del asilo es su otorgamiento independientemente de las ideas políticas que profese el asilado; así, en cada caso, para la diplomacia mexicana, el principal criterio es el grado de riesgo que corra el sujeto y la posibilidad efectiva de que el amparo del pabellón mexicano pueda significar la expatriación del solicitante; de ahí que en una situación de tanta confusión como la que privaba en el momento de las solicitudes de asilo que le fueron presentadas a Alfonso Reyes, figurara la rara experiencia del jefe de la policía del régimen depuesto - el simple sentido común indicaría el grado de riesgo que tal sujeto en realidad corría - recomendado por sus adversarios políticos; especialmente en el sentido de que la Junta Provisional no podía garantizar la seguridad de quienes, en realidad, tenían enemigos políticos a los cuales temer; asimismo, el fenómeno del “asilo precautorio”, es decir, para el caso de que en efecto se actualice una situación de riesgo, no pareció ser suficiente para el embajador Reyes; debe considerarse que el asilo es una institución que por sí misma genera tensiones entre el Estado expulsor y el Estado asilante, pues indirecta pero necesariamente, la concesión del asilo constituye un juicio que el Estado asilante hace del expulsor en un caso preciso de violación de derechos humanos; si bien tal juicio se ve moderado por la situación de excepción que generalmente acompaña a la solicitud, no deja de ser una valoración a la política interior realizada por un gobierno extranjero.

A fin de cuentas, Alfonso Reyes vivió esta experiencia de asilo poco antes de comprometerse en la más grande operación de asilo político, inédita hasta su tiempo, que comprometería a la política exterior, a la poblacional y laboral de México en el gobierno de Lázaro Cárdenas, el concedido a los republicanos españoles víctimas del golpe de Estado franquista. La peculiaridad del caso brasileño, protagonizado por Reyes, es que no existió ruptura alguna de relaciones con el Brasil, que por el contrario, pese a los casos de asilo, la

²³ Íbid.

relación con el gobierno revolucionario fue buena y aún mejor la establecida entre el nuevo presidente de la República Federativa del Brasil y el embajador mexicano; como en cada caso, resultaron tan importantes el buen juicio, el oficio diplomático y la rápida comprensión como la disciplina diplomática y el conocimiento de los instrumentos internacionales.

Colofón. Alfonso Reyes y la experiencia brasileña.

A finales de 1931, un año después de los hechos de asilo político, y poco más de ese tiempo de su arribo al Brasil que en su momento Reyes tanto lamentara, dio a la prensa su ensayo *Ubérrima Urbe*, uno de los textos más conocidos del regiomontano y que constituye una declaración de afecto con la ciudad que lo abrigó durante años y en la cual vivió algunas de sus experiencias personales, profesionales y literarias más intensas, decía Alfonso Reyes:

Las casas echarán raíces; las ventanas engendrarán yerbas trepadoras; el hombre y el animal se frecuentarán con cierto respeto, y con más atenuada envidia la mujer y la rosa; el niño se confundirá con la fruta; la penca, con el soldado en armas. Entre el velar y el dormir correrá un cordón de manso fuego. Aquel hortelano podrá volverse un antiguo Término en lo que basta para imaginarlo y contarlo: como en Ovidio. Y Pan, tronco que acaba en hombre, será el símbolo acomodado para la ciudad todavía plástica, aún no desprendida de la mano de Dios. El Paraíso —decía Vespucio- no puede estar lejos de aquí.²⁴

Este proceso de apropiación, de convivencia, es parte de toda una experiencia vital que transformaría a Reyes; puede decirse que el ejercicio del asilo político y su convivencia con la revolución del Estado Nuovo desde su origen, fue un catalizador para que el mexicano pudiera aproximarse y comprender los valores y la cotidianeidad del Brasil, que sigue siendo, para la mayoría de los mexicanos una tierra ignota, fascinante y a veces distante. Puede decirse, por otra parte, que la presencia de Alfonso Reyes constituye un parteaguas en las relaciones diplomáticas entre ambas naciones; al final de su jornada carioca, el poeta Manuel Bandeira, en el banquete que los escritores brasileños le ofrecieron en el Jockey Club de Río el 21 de junio de 1936, expresa su melancolía por la partida de Reyes, la que compara con la tristeza y desazón que la época, empeñada en aproximarse a la Segunda Guerra Mundial:

²⁴ Reyes, Alfonso. *Ubérrima Urbe*, en *História natural das Laranjeiras*. Obras Completas. Tomo IX. FCE. México. 1996

Os cavaleirinhos correndo,
E nós, cavaleirões, comendo...
Tua beleza, Esmeralda,
Acabou me enlouquecendo.

Os cavaleirinhos correndo,
E nós, cavaleirões, comendo...
O sol tão claro lá fora,
E em minh'alma – anoitecendo!

Os cavaleirinhos correndo,
E nós, cavaleirões, comendo...
Alfonso Reyes partindo...
E tanta gente ficando...

Os cavaleirinhos correndo,
E nós, cavaleirões, comendo...
A Itália falando grosso,
A Europa se avacalhando...

Os cavaleirinhos correndo,
E nós, cavaleirões, comendo...
O Brasil politicando,
Nossa! A poesia morrendo...
O sol tão claro, Esmeralda,
E em minh'alma – anoitecendo!²⁵

²⁵ Bandeira, Manuel. Estrela da vida inteira. en Ellison, Fred P., Alfonso Reyes y el Brasil. Conaculta. México. 2000. págs. 153 - 154.

Alfonso Reyes y el exilio republicano español

César Benedicto Callejas

El 1º de abril de 1939, la radio española dio a conocer un documento firmado por Francisco Franco, en el Palacio de la Isla, en Burgos. El documento informaba sobre el final de la guerra y daba inicio a la etapa de la dictadura en España:

En el día de hoy, cautivo y desarmado, el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo, Franco.¹

Esta escueta comunicación fue la culminación de un muy largo, sangriento y doloroso proceso no sólo de exterminio de la República española como forma de Estado y de gobierno en la España democrática que transcurrió de 1931 a 1939; sino también de supresión de las formas no tradicionales del pensamiento español y de todas las formas de organización democrática en lo político y en lo social. La España que entonces iniciaba iba a discurrir en una larga noche de atraso, particularmente en la vida cultural y en el desarrollo de la vida colectiva, y enmarañarse en una tenue y al mismo tiempo férrea red de mando y represión en la que la figura omnipresente y omnisciente del Caudillo, permearía toda manifestación de la existencia pública y privada. Las amenazas contra la vida, la libertad, los bienes y la familia de quienes se habían manifestado a favor del régimen republicano, en la guerra y aún antes, cobraron víctimas por centenares; muchos ciudadanos comprometidos con actividades que, por sí mismas, podían representar aspectos peligrosos o críticos para el régimen, como la judicatura, la academia o el arte. Desde el estallido de la sublevación y hasta la derrota de la República, fueron muchos los que, amenazados o imposibilitados administrativa y jurídicamente para desarrollar su actividad, no digamos en libertad, sino simplemente en un ámbito de aceptable seguridad.

Fueron muchos los españoles que, en calidad de asilados políticos y luego de ciudadanos mexicanos, se insertaron en la vida de México enriqueciendo la plástica, la música, el teatro, el cine y en general la cultura; de entre los beneficiarios principales del éxodo de españoles a nuestro país estuvieron la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, el Colegio de México, nacido como la Casa de España y algunas universidades estatales como la de Nuevo León, Hidalgo o Guanajuato. La presencia de los académicos españoles renovó la forma de enseñanza y el contenido de los estudios en áreas tan disímolas como las ingenierías y la medicina, pero se sintió con particular énfasis en las humanidades y las ciencias sociales; ahí, crearon institutos de investigación y seminarios al interior de las facultades, cambiaron las metodologías y educaron a muchos de los profesionistas e intelectuales que darían vida y sentido al desarrollo de México en tiempos de la segunda postguerra mundial.

La historia del exilio republicano español en México comienza antes de la Revolución Mexicana, esto es, cuando los primeros lazos de comunicación se tendieron entre los maestros españoles y sus discípulos americanos congregados en el Ateneo de la Juventud; posteriormente, cuando la violencia revolucionaria expulsó del país a muchos de ellos, inhabilitados por sus ideas - como Martín Luis Guzmán - o por sus relaciones con el antiguo régimen - como Alfonso Reyes -, encontraron la amistad y el refugio de muchos que, andando el tiempo y las jugarretas de la diosa Fortuna, se acogerían a esa amistad largamente cultivada por décadas y que, como todas, atravesó claroscuros y no fue siempre gozosa.

A diferencia de la llegada de los exiliados españoles, cobijados por el gobierno del General Lázaro Cárdenas y en un ambiente que, de muchos modos, les esperaba y tendía a ser favorable aunque no sin resistencias, los mexicanos que tuvieron que cruzar el Atlántico lo hacían por sus propios medios, solos o en pequeños grupos y siempre distantes

¹ <http://www.abc.es/cultura/20140330/abci-ultimo-parte-guerra-201403292118.html>

de la comprensión de los españoles que, por lo general desconocían las condiciones de vida que el conflicto armado estaba generando en México. Algunos como Reyes, habían llegado en calidad de diplomáticos que muy pronto se vieron cesantes, tanto por el estallido de la Gran Guerra, como por los vaivenes impredecibles de los mandos que, conforme evolucionaba la Revolución, iban ocupando los puestos de mando.

Sin embargo, los académicos españoles no eran del todo desconocidos para los entonces jóvenes intelectuales mexicanos. El Ateneo de la Juventud había contado con ellos como inspiración y también como mentores en la primera década del Siglo XX. No puede olvidarse que para 1910 se abría la nueva etapa de la Universidad mexicana con la unificación de las distintas escuelas de estudios superiores en la nueva Universidad Nacional de México bajo la manus de Justo Sierra; en enero de ese año, el Ateneo dedicó sus conferencias a la presencia de Rafael Altamira.

De este modo, sin saberlo, muchos de quienes luego deberían abandonar su tierra habían abierto las puertas de hogares e instituciones que les harían más llevadera la vida errante del exiliado. En algunos casos, la colaboración entre españoles y mexicanos servía de puente con otras culturas y también como carta de presentación de quienes hacían sus primeras armas en la vida literaria y académica de su país; dicha colaboración se afianzó a lo largo de los años y, con el tiempo, antes de que los españoles se volvieran también mexicanos o se tendiera entre ellos el duro nexo del refugio, se había convertido en santo y seña de un grupo de intelectuales en lengua española que compartían preocupaciones y respuestas comunes en temas que igual atañían a la inteligencia de ambas riveras del Océano.

Y fue ese tema principal, el de la resurrección del pensamiento español luego de la derrota en la guerra intestina, el que se transformará en el injerto de la rama hispánica en el tronco cultural americano y se traducirá en un renacimiento del que la propia España se beneficiaría a la vuelta de la democracia. No era pues un secreto para nadie que la larguísima decadencia del pensamiento español había hecho crisis en la dictadura de Primo de Rivera y que había tenido un fallido intento de reconstitución en el corto periodo republicano; a nadie podía escapar el hecho fundamental de que era ese mismo esfuerzo el que acompañaba a los intelectuales que habían logrado salvar la vida y la libertad y que se disponían a trabajar en México, Argentina, Estados Unidos o Chile para tratar de conseguir que el esfuerzo de liberalización y modernización no hubiera fracasado conjuntamente con el sistema político que podría haberlo garantizado.

Si ese esfuerzo de reconstrucción nacional había fracasado en la vida política - tanto por su falta de unidad frente al enemigo como por la conjura fascista internacional en su contra - debía encontrar su refugio en el lugar natural de su origen: la universidad y la vida académica en general. Hombres como Cosío Villegas, Reyes, Luis I. Rodríguez y Gilberto Bosques, entre otros incluido el propio general Cárdenas, sabían que el refugio concedido a los universitarios españoles prestaba un servicio humanitario a sus beneficiarios, pero que también las instituciones mexicanas recibían un enorme beneficio después de la sangría y destrucción que había representado la etapa armada de la Revolución Mexicana; que el concurso de españoles y mexicanos no podría sino representar una renovación integral de la cultura universitaria en México y un experimento cultural que enriquecería la identidad nacional y que, también, presentaba al mundo una imagen de civilización y desarrollo apocada en su momento por la imagen del pueblo bárbaro cultivada por la prensa y la literatura desde entonces hacía ya más de veinticinco años. De nuevo, Alfonso Reyes da cuenta de la colaboración añeja y madura de quienes lo habían recibido en España y que luego serían sus huéspedes en el Colegio de México y en la Capilla Alfonsina; en su diagnóstico sobre la situación universitaria en vísperas de la proclamación de la República española, el mexicano encuentra entre los paladines de la reforma a muchos que después contribuirían a la maduración de la universidad porfiriana reconvertida en la universidad de la revolución; entre ellos con Altamira, figuran otros como Ignacio Bolívar que, en el área de ciencias contribuiría a un nuevo florecimiento del conocimiento en México:

La decadencia de la universidad española ¿comienza acaso desde el mismo siglo XVI como sus historiadores pretenden? ¡Oh, cuánto, cuánto se ha escrito para fijar el

momento de arranque de la tan traída y llevada “decadencia española”! Vea el lector las páginas que al tema dedica Ramón y Cajal, las que le dedica “Azorín”... No; sin remontarnos a otros siglos, sin inventar teorías sociológicas al caso, aceptemos el hecho: la Universidad española viene viviendo lejos de la ciencia española. Ha tenido, a veces, grandes maestros. He nombrado ya a Menéndez y Pelayo, a Ramón y Cajal, y puedo añadir nombres sin esfuerzo: Hinojosa, Dorado Montero, Ignacio Bolívar, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y algunos otros. Ninguno de ellos, os lo aseguro, ha hecho nunca del recinto universitario el verdadero refugio de sus enseñanzas. ¿Por qué? La Universidad se había convertido en una máquina burocrática, de conferir títulos profesionales, a través de un ergotismo reglamentario que apenas dejaba espacio para un minúsculo esfuerzo de cultura; los alumnos acudían a la Universidad de mala gana, bostezando, buscando los medios de aprobar cuanto antes la asignatura...²

Al momento de la llegada de los intelectuales españoles, particularmente en el área de las ciencias sociales y de la conducta - como ahora les llamamos - nuestro país vivía un periodo de férreo nacionalismo que no excluía cierta dosis de xenofobia y aislamiento; Cárdenas, uno de los principales promotores del nacionalismo revolucionario, fue al mismo tiempo uno de los más importantes generadores del cambio hacia el universalismo y al cosmopolitismo que sería la pauta de la post guerra en México y que hizo posible a escritores como Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco o Sergio Pitol, todos ellos alumnos de los exiliados republicanos, Carlos Fuentes dentro de la Facultad de Derecho de la UNAM; que permitieron la presencia de diplomáticos como García Robles, también discípulo de los transterrados o artistas plásticos como José Luis Cuevas. Esta aparente contradicción en el pensamiento y régimen cardenista, encuentra una explicación en dos factores fundamentales; primero, el nacionalismo de los españoles que estaba construido en la conciencia de la multiculturalidad de España, que había dado, durante la República, derechos a las regiones y a las lenguas y que, en tal sentido no era incompatible con el nacionalismo revolucionario pero que lo complementaba y lo acrecentaba notablemente; por otra parte, el agotamiento del modelo violento y excluyente que parecía representar la vieja tradición revolucionaria y que devenía inoperante para la lucha contra el fascismo y el establecimiento del nuevo orden mundial que siguió a la derrota de las naciones del Eje.

Cárdenas y sus diplomáticos e intelectuales no actuaban a ciegas, al contrario, la calidad del diálogo establecida entre mexicanos y españoles desde los tiempos legendarios del Ateneo, garantizaba la seguridad de que su atracción a la órbita intelectual mexicana rendiría buenos frutos. En gran parte, si para Reyes, Altamira y Crevea representaba una especie de mentor, de hermano mayor o maestro, otros como Medina Echavarría o José Gaos, se constituían como auténticos colegas y compañeros de diálogo.

Son muchos los frutos que produjo el diálogo entre españoles y mexicanos en este entorno, muchos cuyas raíces no son evidentes pero que quedan a la vista mirando con atención el intercambio de ideas, ejemplos, afectos y partes de sus vidas. Por ejemplo, en 1932, sobre el ejemplo de Alcalá Zamora, poco después ya asilado en México o de Valle Inclán, habitual desde hacía mucho en la cultura mexicana y de Unamuno, viejo amigo de Reyes y a quien el propio don Alfonso imaginó como presidente de la República española; el regiomontano universal hablaba de los que podría ser el antecedente de lo que muchos años después y hasta la fecha se considera una de las colecciones fonográficas más importantes de la vida cultural de nuestro país; “Voz viva de México”, que comenzó a coleccionarse en 1959 con la grabación de Alfonso Reyes, leyendo “Visión de Anáhuac” e Ifigenia Cruel, la grabación se realizó en el último año de vida de don Alfonso:

Nota de 1932: entre tanto, al paso que vamos, será oh gramófono, y no la máquina de escribir, el instrumento llamado a estas conquistas. Ya, en el archivo de la palabra conservada en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, tenemos en discos la voz

² Reyes, Alfonso. Crisis de la Universidad española. Obras completas. Tomo III. pág. 351

do Juan Ramón Jiménez, de “Azorín”, de Pío Baroja, de Ramón Menéndez Pidal, de Ramón y Cajal, de Unamuno, de Alcalá Zamora, de Cossío, de Valle- Inclán, de los hermanos Alvarez Quintero...³

Hijo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y con el valioso antecedente de haber sido esa casa la cuna del Ateneo de la Juventud; a Reyes le preocupaba mucho el desarrollo intelectual de la que entonces, como ahora, era la principal institución de enseñanza jurídica en México. Más allá de los aspectos meramente jurídicos y de la especialidad de la materia, la relación con los maestros del exilio español servía a don Alfonso para establecer nuevos criterios de pensamiento y nuevos modelos vitales en los que la cultura ocupara un lugar preponderante en la vida del abogado mexicano; su preocupación porque los estudiantes de derecho contaran con promotores culturales de la más alta categoría lo llevó a impulsar la vocación literaria de muchos de sus estudiantes - Carlos Fuentes entre ellos - que además eran alumnos de sus amigos republicanos. Asimismo, lo hizo apoyar el trabajo de los exiliados fuera de sus especialidades propiamente jurídicas - no es nuevo decir que tuvo una influencia considerable al momento de revalidar estudios y títulos para que los juristas exiliados pudieran ejercer liberalmente su profesión -, pero sobre todo a partir de la exhibición de su trabajo y reflexión en materias aparentemente lejanas del quehacer cotidiano del abogado. Así, recurría a Gaos de manera frecuente para la reflexión en torno al lenguaje:

Me incomodaba que, entre nosotros –y aun en ambientes más cultivados –quien quiere escribir sobre la poesía se considere obligado a hacerlo en tono poético (¡ya con esa Musa hemos cumplido caballeramente a su tiempo y lugar!), y se figure que el tono científico o discursivo es, en el caso, una vejación. “Yo sospecho –me decía José Gaos– que lo mismo les pasaba a los místicos cuando los teólogos comenzaron a establecer la ciencia de Dios.” Pero una cosa es orar, y otra filosofar sobre el sentido y alcance de la plegaria; una comer, y otra escribir sobre dietética. Si entre nosotros se usaran las prácticas de los liceos a la francesa, los niños mismos sabrían que se pueden examinar los textos poéticos mediante procedimientos intelectuales, sin que ello sea un desacato ni tampoco una impertinencia. En cambio, muchos, por acá y por allá, no sólo esperan el piquete del estro antes de emprender una labor puramente metódica, sino que, además, se desabrochan el cuello, se despeinan y hasta entornan los ojos...⁴

El diálogo llegó a tal grado entre Gaos y Reyes, que el mexicano se permite incluir al español como una interpolación dentro de sus ficciones, convirtiéndolo así también en personaje de su pluma, hecho que Gaos festejaba y solía citar en cada ocasión propicia; en “La mano del Comandante Aranda”, Reyes cita un inexistente trabajo de Gaos como una de las razones metafísicas de la vuelta a la vida de la mano cercenada del militar revolucionario en el que no es nada difícil identificar a Álvaro Obregón:

Pero, una noche, la mano empujó la puerta de la biblioteca y se engolfó en la lectura. Y dio con un cuento de Maupassant sobre una mano cortada que acaba por estrangular al enemigo. Y dio con una hermosa fantasía de Nerval, donde una mano encantada recorre el mundo, haciendo primores y maleficios. Y dio con unos apuntes del filósofo Gaos sobre la fenomenología de la mano... ¡Cielos! ¿Cuál será el resultado de esta temerosa incursión en el alfabeto?⁵

³ Reyes, Alfonso. 1919. Máquinas. Obras completas. Tomo VIII. pág. 398.

⁴ Reyes, Alfonso. Al Yunque. Obras completas. Tomo XXI. pág. 249

⁵ Reyes, Alfonso. La mano del comandante Aranda. Obras completas. Tomo XXIII. pág. 241

Al final de su vida, la presencia de los exiliados españoles se había consolidado como parte fundamental del patrimonio humano y amistoso de Reyes; confirmó en el mexicano universal la idea de hispanidad como una enorme nacionalidad, como un espacio cultural y una vocación en el ámbito de lo humano; al recoger el día, Reyes sitúa a Gaos como una de las inteligencias más potentes que le fue dado conocer. Gaos murió doce años después del deceso de Alfonso Reyes. En el año de la muerte de Gaos, se publicó un volumen misceláneo en homenaje al regiomontano. La voz del español, da una muestra tanto del afecto como de la dimensión que para el pensamiento español significó el auxilio de Reyes a la República así como representa el punto del encuentro en que para ambos, como para muchos otros, la mexicanidad o la hispanidad se convirtieron en meros adjetivos, en facetas de un sólo y enorme fenómeno, el de la inteligencia y la expresión:

Los años de la primera huelga general revolucionaria en España y del “desastre de Anual”, germen de la dictadura de Primo de Rivera con todas las demás consecuencias. Los años del final de “la guerra europea”, y de los primeros de la post guerra. Años en los que tenía yo a Alfonso Reyes por un español, miembro “del Centro de Estudios Históricos”, lo que le daba toda la autoridad que ya tenía éste. El tenerlo por español debió durar hasta que en la Revista de Occidente, recién fundada, apareció en el número de noviembre de 1923 “El silencio por Mallarmé”, donde Ortega decía: “Probablemente sólo los pueblos jóvenes (mejicano) y Chacón (cubano) - piensan ahora en Mallarmé...” Pero también debí de olvidarlo, porque recuerdo que quince años después, al venir a México, y durante muchos años más, de la estancia aquí, tuve la impresión de no haber sabido hasta entonces la verdadera nacionalidad de quien iba a presidir La Casa de España en México. Qué importa: ¿qué no será Alfonso Reyes el más español de los mexicanos, incluyendo en la cuenta al gran Juan del Siglo de Oro? Alguna vez le conté todo esto y lo comentó con cara animadísima de complacencia.⁶

⁶ Gaos, José. Evocación de Alfonso Reyes, en Presencia de Alfonso Reyes. 1969.

LXXX años de la Capilla Alfonsina, un espacio entrañable

Este año, se han cumplido largos ochenta años de la fundación de la Capilla Alfonsina. Cuando murió Jorge Luis Borges, en 1986, hubo una explosión de su literatura a la que yo me sumé con pasión, sus páginas me llenaban las horas, sus libros engordaban mi famélica estantería; con las páginas transcurridas caí en cuenta de un nombre que aparecía, no con frecuencia aunque sí con toda admiración; Borges, que reservaba sus elogios para Beowulf, para Shelley y para Shakespeare, se refería a Alfonso Reyes ponderándolo mejor que a Ortega y Gasset, lamentaba que no le hubieran dado el Nobel porque eso habría honrado al premio; ¿quién era aquel hombre? Supe que era preciso leer a Reyes. En los años aquellos se volvió para mí una especie de íntimo santo y seña, establecí una relación con el autor, con el personaje, de la que no es momento de hablar ahora. Cuando conocí a Alicia Reyes mi vocación de escritor aún era temerosa, y mi pasión reyesiana apenas comenzaba.

Alfonso Reyes solía identificar a la Capilla como un barco en el que el *mezzanine*, donde está su escritorio, era el puente, ahí mismo está la cama en la que en la madrugada del 27 de diciembre de 1959 don Alfonso partiría para siempre; el buque se había quedado sin capitán pero no sin tripulación. El diario de don Alfonso se prolongaría todavía unos días escrito por su hijo, doña Manuela todavía daría muestras de su inefable lealtad terminando las ediciones pendientes, dando cuerpo a los inéditos y procurando la integridad del acervo; pero la Capilla seguía siendo la residencia familiar y la conservación se tornaba complicada, más aún cuando la obra de don Alfonso de por sí inmensa daba muestras de no agotarse y la creación de los nuevos estudios de la obra de Reyes y la presencia de sus autores se tornaba cada día más demandante; en 1965 fallece doña Manuela y Alfonso hijo continúa sus gestiones hasta que Luis Echeverría, mediante decreto del 13 de junio de 1972, transfirió al patrimonio nacional la Capilla con el archivo de don Alfonso, sus efectos personales y sus colecciones de libros y arte; Alicia Reyes asumió desde ese momento la dirección del nuevo Centro de Estudios Literarios; desde el primer instante se asumió que la formación de nuevos escritores sería una de las misiones que la Capilla debía cumplir. Hoy, décadas después, para fortuna nuestra, sigue su labor bajo la acertada dirección de Javier Garcíadiego Dantán.

En vida de Alfonso Reyes la Capilla fue su hogar y su centro de operaciones, de ahí irradiaba su organización informal de ayudas literarias, ahí se alimentaban, a veces no sólo metafóricamente, los talentos que don Alfonso había decidido acoger; en el largo interregno que inició con su muerte y terminó con la fundación del Centro de Estudios Literarios, los esfuerzos se iban en conservación de la casa como en la revisión de ediciones pendientes y en la preparación para la divulgación de los inéditos que todavía iban apareciendo y la edición de ese monumento al que llamamos Obras Completas y como el propio don Alfonso no había dejado ningún modelo didáctico o algún grupo que practicara algo parecido, las redes de los reyesianos fueron moviéndose de la mejor manera en que podían para lograr el efecto que el ausente hubiera deseado; un nuevo modelo aparecía mientras tanto en el horizonte, para el momento en que se funda el Centro, el movimiento de los talleres literarios conocía un auge importante.

Cuando se establece la Capilla como Centro de Estudios Literarios bajo la dirección de Alicia Reyes, el movimiento de los talleres literarios está en auge; Alicia, la Dra. Reyes o Tikis, de acuerdo con lo que autorizara la cercanía del afecto, pensó su taller como una extensión de la actividad difusora de la Capilla del mismo modo en que don Alfonso se había dado al patronazgo de San Pascual Bailón, los participantes del taller recibían esta peculiar forma de formación literaria con los ejemplos y lecturas de la obra de Alfonso Reyes, de este modo se lograban tanto el efecto didáctico como la difusión de la obra de don Alfonso; de aquellos primeros participantes, por ejemplo Héctor Perea destacaría como conocedor y divulgador de la obra, demostró su adhesión a la imagen de Reyes y su conocimiento del hombre y la obra con la magnífica museografía que ahora caracteriza a la Capilla y Pura López Colomé con una obra literaria de largo aliento.

Alicia Reyes resultó ser la mejor maestra que se pudiera desear, dulce y comprensiva, atenta y solidaria pero implacable en sus juicios literarios, seleccionaba a sus alumnos tratando de ver en ellos al escritor que aspiraban a ser; los forzaba a encontrar su voz y cuando lo juzgaba pertinente los ayudaba a encontrar espacios para que vieran su trabajo publicado; su didáctica no se basaba en su propia obra sino en la de Alfonso Reyes; obligaba a trabajar los textos una y mil veces, yo veía desmoronarse mis textos hasta quedar en los cinco o diez líneas en los que ella había descubierto lo oculto en la hojarasca; poco después, invité a participar en el taller a Pablo Raphael, muchos años más tarde hizo de la Capilla escenario de una parte de su novela *Clipperton* y a David Grinberg, ambos amigos y compañeros de vida, conocí en el ejercicio del taller a Pável Granados y a Alejandro Malo.

Nunca pude separarme de la Capilla, ha estado en el centro de mi vida desde aquellos días en que, como decía don Alfonso, *“nos salvamos o nos condenamos y de los que llevamos siempre lágrimas en los ojos”*, por eso nunca he dejado de ser un orgulloso discípulo de Alicia Reyes, ni ella jamás dejó de presentarme como su alumno.

César Benedicto Callejas.
Escritor. Abogado.
@cesarbc70

Calendario. Una teoría de las horas en Alfonso Reyes

César Benedicto Callejas

Para Alicia Reyes, con inmensa gratitud
Para Minerva Margarita Villarreal, con profundo cariño

I. Vísperas

La primera vez que consumí mis exiguos ahorros para comprar una primera edición de un autor de otra época, mi padre profetizó que aquello era el comienzo de una suerte de locura: "quien compra un libro que no es para leer sino para guardar, seguramente está loco"; desde luego que en eso, como en muchas otras cosas, tenía razón y es claro que el acto de atesorar tiene mucho de sinrazón y mucho de demencia; especialmente si se trata de libros. En aquellos mis catorce años, me compre un libro de 1913, un modesto texto de historia de México escrito por don Justo Sierra, para uso de estudiantes de primaria, sus condiciones eran deplorables; el libro ya restaurado, sigue envejeciendo en la estantería de mi biblioteca, en el rincón del retiro donde convive con otros ilustres tomos de generaciones anteriores y de autores de muchas épocas; un rincón poco visitado pero también el más protegido del polvo y las manos sucias – me viene a la memoria aquel "Quita tus sucias manos sobre Mozart" de Manuel Vicent; uno se lo puede imaginar: los proyectos habitantes del rincón ya no están para esos trotes y mucho mérito hay en su sobrevivencia heroica, en su muda resistencia en el tránsito de guerras, migraciones, dueños y estanterías porque en ellos hay una triple hazaña que narrar; la primera, la más obvia y natural es la que el autor dejó plasmada en sus páginas; la segunda, menos evidente y a veces más compleja, la de la lucha del autor por la creación del texto y, la última, la del objeto, el libro que luego de mil peripecias, de un modo inexplicable, llegó a nuestras manos; esa última es lo que

bien podemos llamar un rompecabezas sin instrucciones y la única de las tres que testimonia una saga aún sin terminar; si el libro dado a la prensa se ha convertido ya en un universo perfecto pero cerrado ya en sí mismo y si la prehistoria del mismo, que cuenta un fragmento de la biografía del autor y de su circunstancia es ya hecho pasado, a veces por descubrir y escribir pero de cualquier modo, ya consumado, el libro sobreviviente en mi librería aún tiene una enormidad de tiempo por delante, una épica aún por crear hasta que la entropía a la que todo y todos estamos condenados la reduzca a polvo y a nada.

De entre todos esos libros que constituyen memorial de mi biblioteca hay un pequeño tomo, restaurado y encuadernado en piel; se trata de la primera edición de Calendario de Alfonso Reyes, en la primera página, con lápiz, al margen superior derecho dice: "Obsequio del Dr. James W. Robb", y más abajo, con tinta azul, una dedicatoria que dice: "A César y Adriana en este aniversario de amor con el cariño de su Alicia Reyes. 4 de agosto de 1994"; la dedicatoria se debe a que tomando el café con mi maestra en la Capilla, platicábamos que hacían entonces dos meses que, en ese preciso lugar, me había casado por el civil. Ha sido uno de los regalos más prodigiosos de mi vida y en especial ese pequeño volumen porque, bien visto, constituye una peculiar teoría del tiempo vital en la pluma de Alfonso Reyes.

El libro, pequeño, ligero, rústico, está publicado por Cuadernos Literarios; según datos del volumen fue impreso en Ciudad Lineal, Madrid, en 1924 y lo acompaña un retrato de Alfonso Reyes por Moreno Villa. Ciudad Lineal se encontraba entonces en las afueras de la Capital, se trata de una urbanización que nació como un proyecto de que siguiera las líneas ferroviarias y que se inspirara en los principios socialistas de organización y producción; en cierto sentido, se trataba de un formato de ciudad ideal en el que convivieran de manera ordenada las áreas productivas, de esparcimiento y residenciales; comenzada a finales del siglo XIX por Arturo Soria,

para la época en que se imprimió el pequeño volumen, ya estaba en completo funcionamiento; el libro anuncia que del mismo texto se habían impreso cien ejemplares en papel de hilo; por su parte, la contraportada expone el sentido y meta de los Cuadernos Literarios:

En el propósito de los Cuadernos Literarios está el responder con la fidelidad posible a las corrientes espirituales, quizá un poco antagónicas, para vistas de cerca, que se van marcando en nuestros días. Junto a la obra del hombre consagrado, con personalidad definida, cabe aquí la tentativa del escritor joven que ve claro su propósito. Pretende, en suma, los Cuadernos Literarios ser un reflejo de la vida literaria contemporánea, sin reducirla al círculo intelectual de un grupo, de una tendencia o de una país.¹

En aquellos días, Reyes tenía 35 años y los textos reunidos en *Calendario*, serían de un par de años antes; no era todavía un "hombre consagrado", pero sí era ya un autor conocido y sobre todo, lo que ya podríamos llamar un hombre de letras que había aprendido a vivir de la pluma y en ella ponía su impulso; visto de esa manera ejercía con éxito su vocación - la literatura - y también, con fortuna, su oficio - la diplomacia -. Llama la atención que el librito, al uso de la época, termina con una llamada publicitaria, por un lado, anuncia los primeros seis cuadernos literarios: Pío Baroja, *Crítica arbitraria* (1,00 pta); Santiago Ramón y Cajal, *Pensamientos escogidos* (1,50 ptas); D. De Regoyos, *España negra* (1,75 ptas); Ramón Menéndez Pidal, *Un aspecto en la elaboración del "Quijote"* (1,50 ptas); Alfonso Reyes, *Calendario* (2,25 ptas), y J. Moreno Villa, *Comedia de un tímido* (1,25 ptas);² asimismo, anuncia los títulos por venir de entre cuyos autores se ofrecen Enrique Díez Canedo, Eugenio D'Ors, R. Gómez de la Serna,

¹ Reyes, Alfonso. *Calendario*. La lectura. Madrid. 1924. Cuarta de forros.

² Reyes, Alfonso. *Op.Cit.* Portadilla.

Gerardo Diego, J. Gutiérrez Solana, A. Machado, M. De Falla, J. Ortega Gasset, F. García Lorca, Corpus Barga, Gabriel Miró, R. Pérez de Ayala, P. Henríquez Ureña, Jorge Guillén, Enrique de Mesa, E. Gómez de Baquero, Pedro Salinas³ y un enigmático etcétera. Entre los publicados los nombres de Baroja y de Ramón y Cajal apadrinan a esos nuevos valores o que llevan corto camino andado, destaca que sea el volumen de Reyes el más caro y que entre la prometedor nómima de futuros libros veamos prácticamente a toda la generación, pero dimensionemos, algunos han sido olvidados pero conviven con Ortega, García Lorca y Machado, ahí se anuncian Salinas, Díez Canedo y Pedro Salinas.⁴

El llamado comercial termina anunciando que los libros sólo se venden "La lectura", Paseo de Recoletos 25, Madrid. Para nuestra fortuna el inmueble todavía existe, desde hace muchos años alberga la Fundación Mapfre, pero en esa época y desde algunos años antes, el Palacio del duque de Elduayen, también conocido como el Palacio del Marqués del Pazo de la Merced, era la sede de la librería y editorial La Lectura; de hecho, en la fachada, el ayuntamiento de la ciudad ha fijado una placa donde se lee: "En esta casa se encontraba la editorial "La Lectura" que publicó en 1914 la primera edición de "Platero y yo" del Nobel Juan Ramón Jiménez (1881 - 1958)". El edificio tiene solera desde luego, pero es el caso que Reyes ya estaba ubicado en el mundo literario y editorial de España; en el año de la edición de Calendario don Alfonso había terminado ya su misión diplomática en ese país, la publicación lo encontró en México en el debate sobre su siguiente destino, se hablaba de la Argentina para donde fue nombrado pero que no se concretó, al final de ese año lo encontramos de vuelta en Villa y Corte como representante del Presidente Álvaro Obregón ante el Rey Alfonso XIII para ofrecer los buenos oficios de México en una eventual negociación con las tribus

³ Ídem.

⁴ Ibidem.

rebeldes del norte de África; la gestión, como le comentó el diplomático en su oportunidad al Presidente, no tenía visos de progresar, después de todo, si el Monarca aceptaba negociar primero debería reconocer a los clanes como fuerzas beligerantes y ello terminaría en una discusión sobre la independencia o al menos sobre algún estatuto de autonomía, el astuto mandatario mexicano lo comprendía y le tenía sin cuidado, lo que buscaba era un acercamiento con el gobierno de España y eso fue lo que obtuvo; la predicción de Reyes se cumplió y también las expectativas de Obregón, Alfonso XIII reconoció el gesto y aunque no aceptó la mediación sí expresó su caluroso agradecimiento; acto seguido, Reyes se traslada a París como representante de México. El todavía joven Alfonso ha entrado ya en madurez de oficio.

Así, el pequeño volumen que me obsequió nuestra todavía llorada Alicia, es en realidad una diminuta máquina del tiempo; un objeto que guarda el retrato del momento en que Alfonso Reyes ha dejado ya la etapa heroica de los Cartones de Madrid y de Visión de Anáhuac, ha aprendido a valerse de la pluma y comenzado la era de la consolidación de su personalidad, su estilo y su presencia.

II. Laudes

Don Alfonso llamó a Calendario, "libro de notas en prosa (y aun poemas en prosa)";⁵ hay una nota distintiva del carácter del escritor respecto de sus obras, una especie de modestia que le impide hacer alarde de su trabajo; para Reyes, sus libros son notas, apuntes, versos, estudios... y en tal sentido, Calendario es una colección de notas, cierto es que algunas de ellas se sitúan entre lo mejor, lo más expresivo y más íntimo de la literatura reyesiana - vg. Romance viejo, que cierra el libro -. Reloj sin números, el libro, a confesión de su autor se hizo en base a una selección con criterios más bien emocionales y estéticos

⁵ Cfr. Reyes, Alfonso. Historia documental de mis libros, en Obras Completas. Tomo XXIV. FCE. México. 1990. pág. 244.

y no se consideró un método cronológico, así que, por otra parte, escribió: "Aún no me acostumbraba yo a fechar todas mis páginas, y no veo el objeto de emprender laboriosas buscas en este sentido. Algún caso será muy fácil, pero otros serán complicados y el resultado no compensará el esfuerzo..."⁶ y en efecto, no compensa el esfuerzo porque este Calendario es un Libro de Horas, las Muy Ricas Horas de Don Alfonso Reyes, pero no son una crónica ni un memorial. El libro conjuga las impresiones del primer Madrid, el de los años duros y también el segundo, el del diplomático; se añaden algunos que se habían quedado fuera de la estampa pero que habían sido escritos en los años previos al exilio.

Al final de su índice, el libro indica que fue terminado de organizar el 23 de octubre de 1923⁷, pero salió de la imprenta cuando Reyes había ya vuelto a México, la corrección de las pruebas estuvo a cargo de Enrique Díez Canedo; el 8 de julio, el encargado de negocios que el Don Alfonso había dejado en Madrid, Alfonso Herrera, le telegrafía informándole que le haría llegar por correo los primeros ejemplares del libro; sin embargo, él mismo los encuentra en México, uno en manos de Guillermo Jiménez, el 21 de julio precisa en Historia Documental de mis libros y el 13 de agosto compra un ejemplar más en la librería Porrúa, en él hace las anotaciones de las principales erratas.⁸

Reyes fue minucioso en el registro de su obra, pocos autores se dan el lujo de escribir sobre su obra como un objeto separado de sí mismos, desplazándose al área del observador y, si ello es posible, actuando como críticos heterónomos de sí mismos. En Historia documental de mis libros, clasifica a Calendario dentro del capítulo

⁶ Ídem.

⁷ Reyes, Alfonso. Calendario. La lectura. Madrid. 1924. Pág. 183

⁸ Cfr. Reyes, Alfonso. Historia documental de mis libros, en Obras Completas. Tomo XXIV. FCE. México. 1990. pág. 245.

de "Literatura personal, inventiva y de creación" de su era española, donde además de éste libro figuran Cartones de Madrid, Visión de Anáhuac, El suicida El plano oblicuo, El cazador, y lo que después se reuniría en Las vísperas de España.⁹ Si atendemos a la clasificación general que propone, donde figuran como los demás rubros: poesía, a la que llama fiel compañera, filología y erudición, ediciones, literatura periodística, traducciones y varia, debemos conceder que son los dos primeros los que constituyen su obra personal, íntima si se quiere y el núcleo de su actividad creadora; hay en Reyes siempre algo que se niega a desligarse del pasado, es un hombre de relicarios y talismanes, de grabados y detalles que va dejando en su obra su paso por el tiempo y su permanencia en él.

III. Completas

Calendario es la liturgia de las horas de la literatura reyesiana; una especie de lectura del tiempo, tanto un calendario como un reloj, una marca en las épocas y en la lectura del devenir del hombre que va comprendiéndose como observador, sustrato principal del escritor; se trata de la presencia del autor en un mundo que se va desvaneciendo y del que goza dejando constancia, más que a través de un retrato, de una interpretación; el primero de sus capítulos es consistente con ese sentido, "Tiempo de Madrid" que ha ganado cierta celebridad por la osadía de Reyes, frente a Manuel Azaña, proclamándose "voluntario" en Madrid; el hecho es, por ahora, que en ese pequeño texto de apertura en un discurso ante el Ayuntamiento, don Alfonso expone su vinculación con la ciudad del Manzanares:

Tiene el gusto de dirigiros la palabra un vecino de la Villa y Corte, que hace ocho años disfruta de su hospitalidad fraternal y su trato incomparable. Confundido durante mucho tiempo entre los trabajadores literarios, ha tenido la suerte de recorrer la vida

⁹ Cfr. Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 194.

multánime de la ciudad fuera de los estrictos carriles oficiales, en casas y calles, iglesias y teatros, plazas, jardines y parques, ateneos y cafés, redacciones y bibliotecas, centros de investigación y posadas de estudiantes; porque los azares afortunados le han permitido abarcar un campo de experiencias que va desde el Palacio Real – corona simbólica de Madrid – hasta ese pintoresco caos del Rastro, donde los últimos despojos de la vida urbana parecen precipitarse en un metafísico desorden que es toda una fábula sobre la vanidad de las cosas humanas y el retorno del polvo al polvo. Así, puedo asegurarnos que lleva en su propio pulso un poco del ritmo del Madrid actual.¹⁰

En la primera edición, el texto aparece sin ninguna nota aclaratoria, al momento de su incorporación a la edición de las Obras Completas, Reyes aclara que – como lo hará también en Historia documental de mis libros –, el discurso se había pronunciado el 20 de octubre de 1922, ocho años y dieciocho días después de su primera llegada a Madrid; asimismo, el mismo texto se vuelve a publicar en “De viva voz”, de 1949, donde expone una disección más amplia de su circunstancia.¹¹ En todo caso, Reyes pone a punto el reloj y desde la primera página establece el tiempo sobre el que versará el libro misceláneo que ofrece y también su intención, registrar e interpretar el pulso de un momento más vital que histórico, las voces de la calle y las del diccionario, el aroma de un Madrid que se le va y al que no puede ya renunciar sin alguna lágrima en los ojos y una estrella en el bolsillo.

Pero Reyes no sólo cubre el mundo sino también sus protagonistas y entre ellos, dos grupos, su propia generación y el hombre de la calle, de a pie, de todos los días; sobre los colegas con los que

¹⁰ Reyes, Alfonso. Calendario. La lectura. Madrid. 1924. p.p. 9 - 10.

¹¹ Cfr. Reyes, Alfonso. Calendario, en Obras Completas. Vol II. FCE. México, 3a. reimp., 1995. Pág. 274.

comparte mesa y pluma, dibuja el espíritu de cuerpo, como extraña cofradía, pero sobre todo la manera en que las circunstancias los han ido moldeando, sus temas comunes y sus respuestas particulares; en uno de los capítulos del libro, particularmente en el denominado "Todos nosotros", toca aquellos aspectos; así, un pequeñísimo artículo, "Entre humoristas", vuelve sobre el Arcipreste de Hita, esta vez en torno a su sentido del humor y antes del remate del texto, desarrolla la idea de que para tenerlo, es necesaria cierta maduración, se refiere sí a personajes literarios para destacar la solemnidad de la juventud y la gracejada de la madurez, sabe que él y los suyos, "todos nosotros", van entrando en la época en que no hay bromas inocentes, en que el mundo tampoco es tan serio y que aquellos que han sobrevivido a la era heroica del Madrid de la pobreza, son ellos quienes bien pueden reírse del mundo y de sí mismos; por eso, al retornar sobre el mundo del Arcipreste, dice:

Pero es que hay otro humorismo heroico, metafísico, romántico, trágico: el de Heme, que es perenne juventud, pálida esbeltez, pobreza sin lecho. Al contrario del humorismo del Arcipreste de Hita, que recuerda la situación —casi oficial y administrativa— del clérigo barrigudo que se arregla con el ama. (Aquí prescindo del enamorado de doña Endrina, y supongo que el Arcipreste es "el otro".) Hay un humorismo que come y duerme, y ése sazona con los años. Hay un humorismo que reza y canta, y ése no sazona, sino que galvaniza la vida en un frío de acero, de espada.¹²

Conforme el libro va dejando su huella Reyes se va adentrando en esa expulsión del pasado, mitificado y dulcificado, hacia un futuro que luce mejor pero que no deja de ser incierto. El pasado es para don Alfonso una especie de Arcadia feliz, como en un interesante mecanismo de defensa, recupera las cosas gratificantes y se reconstruye a partir de las más dolorosas y, entre ellas, la que más suele zaherirlo es la

¹² Reyes, Alfonso. Calendario. La lectura. Madrid. 1924. Pp. 148 - 149.

experiencia de la muerte, la partida de los seres queridos y no sólo de los cercanos. Quisiera Reyes vivir siempre en los años previos a 1913, eternizar aquella juventud en que todo era posible, todo eran retos y los podía mirar por encima del hombro, pero sabe que fue la experiencia de esa pérdida la que lo ha hecho hombre y la que lo ha hecho escritor; no teme al futuro, tiene recursos suficientes para hacerle frente, pero mantiene siempre una mirada melancólica en el ayer que es su refugio. En Historia documental de mis libros, cuenta el deceso de Pedro Magro, filólogo con quien editaba para La lectura;¹³ de su muerte, Reyes construye una reflexión sobre la piedad, no se acerca al inefable misterio del adiós sino del consuelo para los que se quedan; sabe que su tribu habrá de dispersarse y fenecer, pero lejos de atormentarse por ello abre su pecho para alcanzar la compasión y el acercamiento al otro:

Era la hora sin consuelo; la ácida madrugada esparcía sus luctuosas cenizas. Veíamos desde la ventana la procesión de farolillos en pena y la calle de piedra sorda. En la estancia próxima temblaban los cirios. Y ese soplo helado que nace del miedo de la noche, hasta en mitad del regalado verano, se nos iba entrando por los huesos. En una hora así podemos morirnos, a la sollicitación más inefable; parece que basta —en una hora así— el guiño lejano de las estrellas para que se nos escape el espíritu por la boca.¹⁴

Es una forma de domar la muerte, sumirla en el escenario donde las cosas suceden; tiempo de vivir y de morir que forman el ritmo de la existencia en ese espacio urbano y existencial. Sin embargo, toda la tensión espiritual acumulada, la vivencia y la ocurrencia se resuelven en un sólo instrumento salvífico y también protector, la palabra.

¹³ Cfr. Reyes, Alfonso. Historia documental de mis libros, en Obras Completas. Tomo XXIV. FCE. México. 1990. pág. 211.

¹⁴ Reyes, Alfonso. Calendario. La lectura. Madrid. 1924. Pp. 23 - 24.

Calendario es un libro dedicado a los momentos, a los instantes, también a los lugares pero sobre todo a las palabras, al jugueteo de todos en el ímpetu de comunicarse y en la manera en que el autor, como artífice, congela las expresiones para darle forma literaria; uno puede encontrar a Reyes como escritor entregado a su oficio, pero ya no en la vertiente heroica, sino en la del gozo de entregarse a la observación, a la escucha, en fin, al fino ejercicio de la tarea que lo complace y divierte; una pequeño retrato de la calle, una captura instantánea de la mesa de junto, de la banca del parque, da cuenta de este divertimento en torno a la expresión hablada y su transformación en palabra literaria:

Dos tipos de charlas de café: todo Madrid en ellas, por la playa seca de Alcalá:

- ¡Hola!
- ¡Hola!
- ¿Y qué?
- Pues na.
- ¿Y aquello?
- ¡Toma! Pues aquello... Así, así, nada más.
- ¡Hombre!
- ¡Pues claro!
- Pero ¿y la cosa esa?
- ¡Vamos! ¡Quita allá!
- Es que ...
- ¡Quiá, hombre!
- ¡Anda! ¿Y éste? ¿Qué se ha figurao?
- ¡Bueno, hombre, bueno!
- ¡Pues hombre!

(Da capo.)

Así, a veces, durante varias horas: vagas alusiones en torno a una realidad que escapa a la mente misma de los que quisieran asirla. Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar, duele. - ¡Oh, voluptuosidad! Rueda, por las terrazas de Alcalá - calle arriba, calle abajo -, un vago rumor de almas en limbo.¹⁵

Porque la escucha de la calle provee de literatura, pero no es literatura por sí misma, necesita el labrado fino, casi invisible, con la finalidad de hacerlo legible y que este viejo diálogo que segundos después, horas o a lo mucho al día siguiente, habría sido olvidado por sus protagonistas se vuelva perpetuo y pueda ser repetido al infinito; abuelo viejo del cantinfleo, este diálogo invoca el sentido lúdico de las letras de Reyes que, a veces, no pocas, se precia de ser juguetona y traviesa, pero hay oficio; hace algunos años, lo recuerdo siempre con una sonrisa, tomaba café en una de las librerías con cafetería que desde hace unos veinte años modificaron el mercado librero nacional; a ellas acuden tanto quienes van desde luego a surtirse de lectura y luego son incapaces de soportar la larga espera hasta casa para romper el celofán que envuelve sus adquisiciones, pero, también, quienes van sólo a tomar café disfrutando del escenario que no deja de dar cierta categoría, aquella vez, de la mesa de junto, una señora le dice a la otra:

- Mi marido es el hombre más analista del mundo.

A lo que la amiga segura y confiada responde:

- Claro, si siempre ha sido muy inteligente.

La vida está hecha de retazos así y Reyes los atrapa y los convierte en memoria siempre viva; el diálogo vuelve a ocurrir en cada ocasión

¹⁵ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pp. 23 - 24.

que el lector lo invoca y se apodera de él para atraerse las memorias de los girones de voces que también ha recuperado de la calle. En 2001, mi esposa y yo estábamos comiendo en el café Gijón de Madrid, todavía en vida de Alfonso el Cerillero, entonces, cuando mi mujer hacía alusión a una falsa edad madura, en nuestros entonces treinta y un años, el camarero le dijo:

- Pero señora, si está usted guapísima.

Mi esposa contestó con un mexicanísimo, "¡Gracias!, ¿qué se toma?", a lo que el mesero respondió con el peculiar y tosco estilo madrileño:

- Señora, mejor regáleme una traje que le sale más barato.

Ese es el secreto de las Ricas Horas del Calendario, la concreción de las voces en momentos literarios que conjugan la observación y la gracia de quien se ha dado a la tarea de hacer suyo ese ambiente que ama pero del que sabe está destinado a abandonar algún día. Pero Calendario no se limita al marco de la Ciudad del Manzanares, se pasea por el tiempo y por las letras, por la historia reciente y por la antigua pero siempre en referencia a los días en que habitó la urbe. No era Madrid su destino al salir de México, lo fue París al que llegó con la conciencia de sanar raíces y de disfrutarlo mientras durara y poco que fue, la Gran guerra lo expulsó de aquel primer paraíso. El hecho bélico acompañará a Reyes durante toda su vida; educado en el ejemplo de su padre, militar victorioso y derrotado, creció escuchando relatos de guerra, su primera aproximación a ella es así, casi mitológica; pero su enfrentamiento es devastador, la primerísima etapa de la Revolución mexicana arremete en su contra y le roba fortuna, patria y familia; luego, la Primera Guerra Mundial lo lanzará fuera del París que soñó y acarició por años; el alzamiento fascista en España le permitirá socorrer a sus amigos en desgracia del mismo modo

que veintitantos años antes lo hicieron con él pero le demostró que no bastaba tener razón y estar de lado de los justos para resultar victorioso, por último, la Segunda Guerra Mundial lo encuentra en madurez y constituye el remate de su aversión por las conflagraciones. Dentro de Calendario hay un capítulo especial para la Gran guerra; de nuevo, no se ocupa de ella como historiador o como politólogo, sino que aborda su núcleo humano, el de las palabras. Por ejemplo:

Cada dos o tres días, vuelta a la misma pregunta y a la misma respuesta. Los oficiales decían su nombre y el número de su regimiento, pero se negaban a decir dónde habían sido movilizadas, concentradas, destacados: "Nos lo prohíbe la ordenanza."

Habíamos recogido algunos casquillos de artillería que no eran de cobre sino de hierro.

— Sí —dijo un preso que era sargento artillero—. Todavía tenemos mucho cobre, pero algo hemos de hacer también con el hierro que sobra.

La explicación no nos convencía.

— Los infantes prisioneros —le dijo uno cambiando el tema— se quejan de la ineficacia de la artillería en el último encuentro.

—Pues son injustos —dijo el artillero, exaltándose—. Harto tuvimos que luchar, y más con esos malditos casquillos de hierro que se oxidan tanto y hay que estar arreglando siempre..

Y paró en seco, comprendiendo que se había vendido: no les sobraba hierro, no; sino que ya comenzaba a faltarles cobre.

Y miraba a todos con unos ojos desesperados que parecían decir.

"Que no lo sepan en mi patria, que no ha sido con intención."¹⁶

Porque en aquella época, Reyes aún guarda el hálito de la heroicidad bélica, la guerra es en aquellos días todavía un medio, brutal, de saldar cuentas donde el honor y la humanidad tienen cabida; es decir,

¹⁶ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pp. 80 - 81.

no guarda don Alfonso nunca reverencia por la guerra, pero sí por los militares, pero será a partir de la Primera Guerra Mundial, que habrá testificado el cambio profundo en aquello que algunos llamaron alguna vez arte; desde luego, la muerte del ideal le queda claro con el fascismo, en particular con el nazi. Al referirse a la exposición de arte filo soviético que presentó Diego Rivera en 1956, Reyes apunta:

Y Diego (¿sin darse cuenta de lo que dice o creyendo hacer un elogio?) suelta dos prendas terribles: que han aprendido el homicidio sin odio (¡horror!), y que al enemigo, descargándose sobre los latinos, le llaman fascista, pues ellos se llaman ya nacional-socialistas, o sea nazis.¹⁷

De cierta manera hay algo de jesuítico en el pensamiento y en la vida de Alfonso Reyes, en algunos momentos de su vida, al modo de Loyola, podría ser su divisa, Militia est vita hominis super terram, incluso, tiene bien seleccionada su arma:

... me siento tan soldado de caballería, tal vez por oscuras fuerzas hereditarias...

El arma romántica, ya se sabe, la de los poetas a caballo; la última supervivencia de la ingenua Historia Natural (toda la filosofía heroica y graciosa de Buffon, toda la imaginería en estilo pompier, a lo Meissonier), que hoy van expulsando de la Guerra los nuevos engendros de la Matemática y de la Química, la Retórica Cubista del Acero y la Estética Suprarrealista de la Dinamita, los Gases Asfixiantes, los Cohetes, la Bomba Atómica...¹⁸

¹⁷ Reyes, Alfonso. Diego allende la Cortina, en Anecdótico inédito. Obras completas. T. XXIII. México. FCE. Pág.386.

¹⁸ Reyes, Alfonso. Teoría del sable en Páginas adicionales. Obras Completas. Tomo XXIV. México. FCE. 1990. Pág. 600

Hay que hacer notar que muchos de los temas que Reyes tratará a lo largo de los años se muestran en potencia en Calendario; es la suma de su tiempo, incluso, algunos de sus textos se refundieron posteriormente en otros volúmenes como De viva voz, por ejemplo, y sus temas recibieron añadiduras y correcciones a lo largo de las décadas; este saldo, el guerrero, se asoma desde la memoria todavía tibia del padre caído, de su honra y de su furor patrio, con el tiempo, el rostro de la devastación, la falta de humanidad de los métodos y la venalidad de las batallas, ese asesinar sin ver a los ojos al enemigo, ese homicidio multitudinario de civiles inocentes desde las alturas de la aeronave, serán imperdonables y extinguirán, solo en cierto modo, la reverencia a la casta marcial aunque la imagen del padre sería siempre venerada.

En Calendario se honran los principios fundamentales del ensayo, ser omnicomprendido y nunca ser exhaustivo, es literatura en estado puro y no documento académico; por eso, el todavía joven Alfonso se da el lujo de jugar con el humor, pero ante todo, define su método y su estilo para el ensayo breve, contundente y directo en el que todo tema cabe y todo juego se torna serio, en el que ningún aspecto es tan grave para no alcanzar su dosis de risa. Reyes escribiría mucho sobre el arte editorial, los libros - tanto como la literatura - son su pasión y si no fuera por su enorme ansia de vivir, diríamos que su vida; tratará sobre sus buenos editores, Calleja, por ejemplo, y sobre aquellos impresores que lo asaetearon con erratas inconcebibles y algunas de ellas cómicas, pero siempre los tendrá como artistas concienzudos y eficaces, artífices de literatura que permiten el acceso a las letras de los escritores. Es sobre las erratas que el regiomontano suele disertar con entera libertad ya doliente o bien en medio de sonrisas y hasta reconocimiento, es paciente y tolerante con ellas, de algunas aprende y otras que le serán fieramente aborrecidas:

Joaquín García Monge puso al frente de su edición ciertas palabras tomadas del prólogo con que Francisco García Calderón presentó mis Cuestiones estéticas y de un artículo que éste había enviado al Fígaro de La Habana por febrero de 1914. El 10 de marzo de 1917 me remitió los primeros diez ejemplares, disculpándose de que, en la página 7, renglón 49, dijera: "La historia, obligada a descubrir nuevos mundos..?", donde mi original decía: describir. Me gustó la errata, y la adopté decididamente en las posteriores ediciones.

Yo he sufrido mucho con las erratas. Toño Salazar me ha hecho una caricatura en que me presenta como un San Sebastián acribillado de flechas, que son erratas. Ya he dicho que el libro Huellas ("colección de erratas con algunos versos", según Ventura García Calderón) me metió en cama con fiebre. Pero también debo a las erratas algunos involuntarios aciertos, como el que acabo de mencionar.¹⁹

Para el momento de la publicación de Calendario Reyes no tiene dudas sobre su lugar en el mundo, es lo que con toda certeza puede llamarse un hombre de letras, no sólo escritor, no sólo intelectual y un poco editor, es decir, se concibe a sí mismo como un organismo que produce literatura a partir de su consumo vital, una especie de entidad intermedia entre el mundo y el libro y la errata, como fenómeno editorial, no le es indiferente sino que es parte de la existencia, ese San Sebastián martirizado se lo toma con humor, pero no sólo porque sabe que es inevitable, sino porque siendo parte del cotidiano es también el mundo del lector y del hombre de todos los días; así, el autor se apodera de todo cuanto es y cuanto atañe al ser humano. En ese sentido, don Alfonso traspasa la frontera de lo literario para pasar a lo vivencial, sus palabras son símbolos de la vida y sus

¹⁹ Reyes, Alfonso. Historia documental de mis libros. Obras Completas. Volumen XXIV. FCE. México. pág. 179.

palabras se nutren de cuanto lo rodean, la dimensión literaria de Reyes entonces como ahora, se basa en la destrucción de aquel espacio que divide la cultura de la existencia, el arte de la vida, para conformar un todo armónico como un sentido aspiraciones de cuanto se escribe, una especie de ideal afirma, hecho de bien y de belleza. Respecto de este asunto de los editores, los impresores y las erratas, dibuja con mucho arte una simpática broma literaria:

El sino del impresor amateur es la desdicha.

Tenía que imprimir una Doctrina Cristiana que empezaba con la frase "Dios hizo el mundo en siete días"; y quería a toda costa emplear en el libro sagrado la mejor capitular que tenía: una hermosa mayúscula de misal, vestida de rojos y oros vivos, con ángeles azules y festones de flores, bandas y columnas simbólicas, pájaros vistosos.

Ahora bien, el libro empezaba por "D", y la mayúscula historiada era una "F".

El impresor se decidió a tocar levemente el original, e imprimió así:

"Francamente, Dios hizo el mundo en siete días."

(Y es lástima que no fuera erudito en doctrinas heterodoxas, porque pudo haber puesto, con mayor sentido: "Finalmente, Dios hizo el mundo en siete días." ¡El principio del fin!)²⁰

Bromas y teologías aparte, el arte ensayístico de Reyes en Calendario alcanza un primer punto de madurez, el de la sencillez. Hay un camino hacia la facilidad y la tersura a partir de los primeros textos de Reyes, salvo los temas estrictamente eruditos y técnicos - sus estudios helénicos y su teoría literaria - los escritos reyesianos son un larguísimo camino desde el barroco provincial de la literatura mexicana de finales del siglo XIX hasta la directa impresión del escrito contemporáneo de la posguerra, pero más allá de eso, se trata

²⁰ Reyes, Alfonso. Calendario. La lectura. Madrid. 1924. Pp. 87 - 88.

de una lucha expresiva por alcanzar al lector y acaso esa sea la mayor paradoja de su literatura, haber sido concebida en la mayor parte de sus volúmenes para el lector del parque, de la plaza, el que se retira por la noche a disfrutar de las simpatías y las diferencias y verse convertida, al curso de las décadas en obra monumental y lapidaria. Siempre he tenido la firme creencia - que es apenas eso, sólo una fe - en que, al escribir, Reyes pensaba siempre en su lector ideal, que planteaba sus libros en términos de una charla interminable con un lector hipotético que en algún lugar de la hispanidad recogería el guante para entrar al debate o al goce común; lectores de esa tipología se me ocurren varios, el más importante, el amigo, el lector sin atributos, el que lee para solazarse en las letras, el que viene en el tren o en el metro, el que necesita el bálsamo de la lectura para acallar los fantasmones del día; otro es el investigador, el sabio humanista con el que debate teorías y problemas intelectuales; uno más es el joven que no requiere de un maestro más, sino de un ejemplo de vida en el que conste todo lo bueno y lo malo - esto último a veces suculento - que constituyen la materia de la vida. Los Cartones de Madrid y Calendario, son por eso libros hermanos, están dirigidos a ese primer tipo de lector, el que, insisto, es el favorito de Reyes, el que lee por el placer de leer, más por la anécdota que por la moraleja, más por la sonoridad que por la estructura. Algunos críticos se han preguntado porqué no escribió una novela o alguna obra icónica de su literatura, me parece que la pregunta no está bien planteada en sus términos o que es irresoluble; primero, porque no corresponde a Reyes las narraciones largas sino los impactos directos, es un autor de knock out - en términos cortazareanos - y no de decisión; por otro lado tanto la Visión de Anáhuac o los Cartones, podrían ser esa obra definitoria, pero me parece más bien que es la enormidad de su obra de prosa - poética o ensayística - lo que constituye el ícono de su creación. Quien podría si no dirigirse a esos temas que se nos escapan por ser en apariencia inasibles pero que nos rodean todo el tiempo, mírese este ejemplo:

Y cada minuto es el cadáver del minuto anterior, y la vida se desenvuelve en una degradación de muertes: surge de la muerte y torna a la muerte: del polvo, y al polvo.

Esos trozos desmenuzados de vida –producto a la vez que origen de la vida–, sillas sin patas, frascos vacíos, muñecos rotos y criadas viejas conservadas por caridad, tienen su natural recinto en el caos doméstico.

El caos doméstico es, en su aspecto objetivo, un cuarto donde se amontonan, en informe masa, los testimonios fracasados de la ingratitud.²¹

Imagino al oficinista que sale del trabajo todavía con luz de día, antes de ir a casa a enfrentar los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne, como diría Shakespeare, ha parado en el bar de la esquina, se ha pedido una caña y como ha cobrado un extra se sienta en la terraza, lujo que no siempre puede darse, ha eludido a unos amigos para darse el obsequio de unos momentos de soledad, con su cerveza amiga y una tapa, mete la mano al bolsillo y saca su ejemplar de Calendario; lo repasa, busca algún artículo que despierte su interés y encuentra “El caos doméstico”, se pregunta entonces dónde quedaron su carrito de bomberos que los Reyes le trajeron en el invierno de hace treinta y tantos años, donde el recuerdo de la nana severa, donde el beso perdido; es a él a quien se ha dirigido el texto, el propio lector se cuestiona cómo es que no se lo había preguntado antes, y en la mesa de la que dista diez pasos, el autor – a quien no conoce – podría darse por satisfecho, ha cumplido su cometido.

Desde luego, pueden abordarse estudios estilísticos formales sobre el libro, con mayor fortuna lo harán otros, pero en el fondo, este libro de ocasión si se quiere es un vertedero de la observación

²¹ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pp. 90 - 91.

del hombre entrenando para la pluma, el esfuerzo por apresar el instante y la manera de exponerlo a otros que pueden encontrarse en las mismas letras, ahí radica la universalidad del texto reyesiano, característica que aparece muy pronto en sus letras, su secreto se encuentra en el hallazgo de ese punto cercano al estremecimiento, ese instante, cercano al numen en términos de Rudolph Otto, aquel deslumbramiento inexplicable del que nace toda experiencia religiosa, el encuentro con lo inexpresable que, sin embargo, encuentra una aproximación en la literatura. Reyes es el mago de los pequeños detalles que intercala como ancorajes en los grandes temas o como arma arrojadiza en los micro ensayos, materia fundamental de Calendario, reflexiones inauditas o bien casi desapercibidas:

Hay palabras que se deslizan y nos abren el corazón como una espada fría y sutil. A veces convidan a la locura, y a veces a la prudencia. Se caen de la portezuela de un coche; ruedan desde una ventana a la calle, articuladas entre un suspiro y un bostezo. Y nadie las advierte. No hacen más ruido que el de un guante que se deja caer.

Yo he oído a dos niños preguntarse si las mariposas tejen nidos como los pájaros; pero —efectos de la mala literatura— la pregunta me pareció artificial, hecha para los museos de frases. Y me desvié con indiferencia.

En la edad en que erais tan locos que hubierais llamado al jilguero para hacer sonar el cascabel; cuando la petulancia del primer bigote quiere pasar por virtud, yo oí, al azar, un “¡Efectivamente, efectivamente!”, pronunciado con todo el aplomo del que todavía quiere tener aplomo, del que quiere echar la primera amarra al barco de la vida, y que valí de por sí todo un madrigal.

Pero nada vale lo que sorprendí ayer tarde.

Por la calle han pasado dos señoras, charlando. La más joven dice a la más vieja:

—Cambian los colores, cambia todo; pero lo que queda siempre es el azul marino.²²

Este milagro cromático nace de la naturaleza multívoca de las palabras pero también de la intencionalidad del escucha; por sí mismas no son literatura, pero es en aquella caída de la portezuela del coche, que el escritor la captura para convertirla en la expresión de la paradoja, de lo inasible. Por eso no lo anima la falsa inocencia de la pregunta infantil, lo es de museo, está fabricada en el ansia del pequeño de ser mayor, de agrandar o de completar el mundo, pero es la paradoja gratuita, la eternidad del azul marino, en la que el escritor oye el segundo que merece ser perpetuado, las anónimas creadoras han dado paso a una pieza más de la colección que ya no es el mundo, que es sólo su reflejo y su constancia. Desde luego que no se trata de un libro exclusivamente de paradojas y de anécdotas simpáticas o coloridas, lejos de ello, se trata de un museo vivo, de un lugar al que siempre podríamos volver, al instante recuperado con menos pretensiones que en la versión proustiana.

Pero Reyes no se engaña, conoce el alcance limitado de sus proyectiles; las suyas son balas de precisión, disparos de francotirador y no perdigones de cazador o bombas masivas; pero se ha propuesto, desde el principio, hacer una literatura sincera, honesta. Otro de los rasgos que para Calendario han quedado definidos y que perdurarán a lo largo de la vida creativa del autor, es el dominio de las fuentes que más que conceder autoridad respiran curiosidad, son invitaciones a que el autor juegue al diálogo del descubrimiento y el ocultamiento; después de todo, la suya, en este estilo compacto del ensayo, es literatura de ideas concretas, inspiradoras a veces o tan sólo narrativas del instante; conforme el libro se aproxima a su final el tono intimista de la descripción desvela pistas sobre el autor, concédase además que no es el afamado autor que será algunas décadas

²² Reyes, Alfonso. Op. cit. Pp. 112 - 113.

después, así que sus confesiones se quedan a medio descubrir, esconden tanto como exhiben y se dirigen al autor dentro de su estudio aunque estén diseñadas para crear un efecto entrañable y desafiante para el lector, por ejemplo, respecto del hecho mismo de escribir:

Hay mal de libros como hay mal de amores. Quien se entrega a ellos olvida el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Las noches, leyendo, se le pasan de claro en claro y los días de turbio en turbio. Al fin, se le seca el cerebro.

Y menos mal si da en realizar sus lecturas, y el romanticismo acumulado por ellas lo descarga sobre la vida. Pero falta componer el otro Quijote: la Historia del ingenioso hidalgo que de tanto leer discurrió escribir. Leer y escribir se corresponden como el cóncavo y el convexo; el leer llama al escribir, y éste es el mayor y verdadero mal que causan los libros.

Montaigne se quejaba de que haya pocos autores: la mayoría no son sino glosadores de lo ajeno. Schopenhauer lamenta que sean tan escasos los que piensan sobre las cosas mismas: los más piensan en los libros de otros; al escribir, hacen reproducciones; otros, a su vez, reproducen lo que aquéllos han hecho, de modo que en la última copia ya no pueden reconocerse los rasgos del bello Antínoo.

Tales autores, a imitación de la deidad antigua, no pisan el suelo: andan sobre las cabezas de los hombres; que si tocaran la tierra, aprenderían a hablar.²³

El libro ha partido de la urbe hasta el escritorio del autor o, si se prefiere, a la mesa de mármol del café que es al mismo tiempo estudio de escritura y observatorio de la vía pública; aunque en apariencia Reyes justifica su propia actividad literaria, en realidad exhibe una de sus preocupaciones o mejor dicho, de sus angustias creativas, el

²³ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pp. 150 - 151.

temor del autor a no ser comprendido. Reyes sabe, y lo dice, que la literatura no se hace con ideas sino con palabras pero que las palabras para ser en realidad literatura, deben estar animadas por ideas, no profundas por necesidad, pero sí propias por principio. En 2006, la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México otorgó la Medalla Isidro Fabela a Ernesto Cardenal; aquella presea reconocía el esfuerzo de personajes de la escena nacional y mundial - no necesariamente abogados - que se hubieran distinguido por su aportación a la justicia, en ese año, cuando el poeta trapense de Solentiname recibió la presea se logró que el premio dispusiera de alguna dotación económica apenas representativa, Cardenal se sintió con deseos de ser recíproco por el esfuerzo que la comunidad de la Facultad hacía y ofreció una lectura de poesía que, desde luego, abarrotó el salón que se había destinado de modo que de improviso tuvimos que desplazarnos a una sala más grande y aún, antes de comenzar, disponer una pantalla fuera del auditorio para quienes no habían logrado entrar; después de la lectura el nicaragüense aceptó un pequeño diálogo con los estudiantes; como coordinador del evento y para abrir el diálogo, lancé la primera pregunta sobre la opinión que le merecía a nuestro invitado la poesía revolucionaria; respondió en una frase: "para ser revolucionaria, primero tiene que ser en verdad poesía"; es algo similar al principio reyesiano sobre la idea en el ensayo, el género se construye sí con expresiones literarias, pero debe, por necesidad expresar la idea del autor, de lo contrario es desatino y palabrería más o menos estética.

El Calendario se agota, las Ricas Horas tocan ya su final y el libro se ha resuelto con una tendencia al poema en prosa o al ensayo poético, tanto monta, y Reyes cierra el volumen con una confesión honda que le parte el alma. Se abre de capa, desnuda el pecho y se entrega, en compañía del lector no a la autocompasión sino más bien al diálogo entrañable entre humanos que tienen en común su natural exposición al sufrimiento; es verdad, en algunos puntos ha estallado

en humor y hasta en risa - ya no colecciona sonrisas que se inventan fácil sino a risas que son inimitables -, pero ha dejado traslucir los días de invierno y privaciones; es pudoroso pero no invencible. A final de cuentas se trata de literatura, de verdades que, como reconocería en otros ensayos a través de la voz de Baltazar Gracián, es un sangrarse el corazón:

Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios. Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo- Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron...

Después, pasé el mar, a cuestras con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el sur, he venido a dar aquí, entre vosotros.

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo -a rastras con la mujer, el hijo, los libros-, ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.²⁴

Este poema en prosa, emparentado con la Oración del 13 de febrero, culmina un volumen de esos que cada vez se ven menos, ahora que adoramos la eficiencia, nos angustian los géneros indefinidos y el mercado procura lecturas de fácil catadura con públicos bien establecidos. Lo que hemos leído ha sido el retrato de un hombre en su tiempo, de un escritor en su circunstancia, no la real ni la crónica precisa, sino la que la memoria ha devuelto, ilustrada y coloreada

²⁴ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pp. 179 - 180.

según la necesidad de su alma que, como cada día, se enfrenta al indecible reto de apelar a la inteligencia, débil arma, que no puede valerse sino de la fe en la observación y del sutil ejercicio de la pluma.

José Luis Martínez

De puño y letra

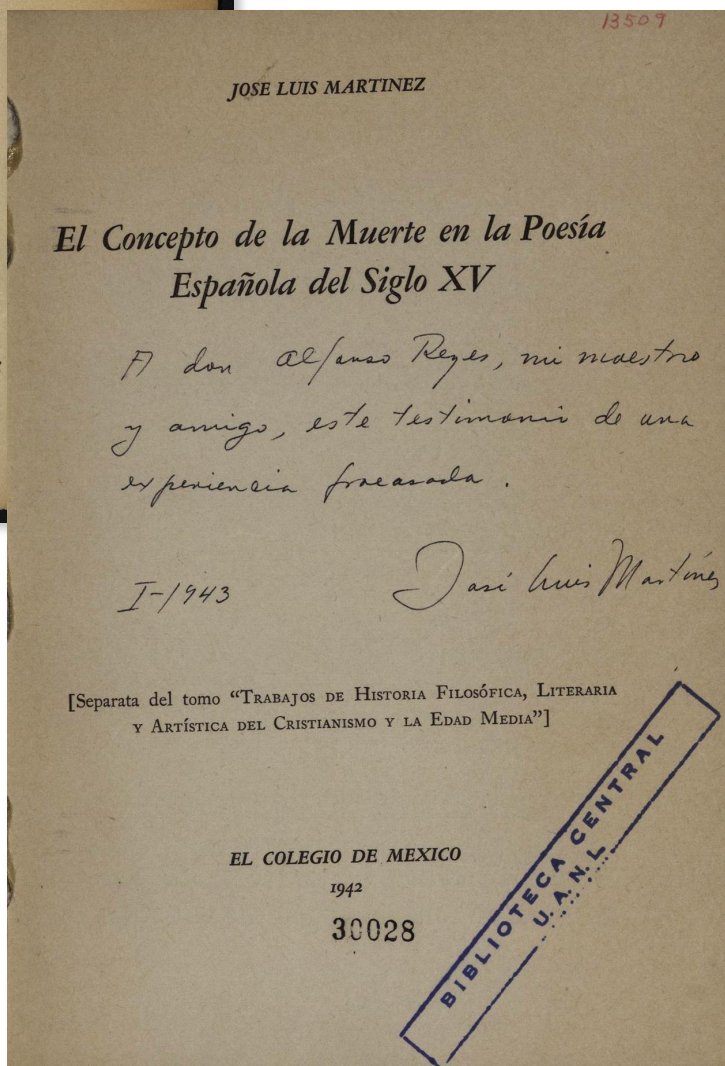
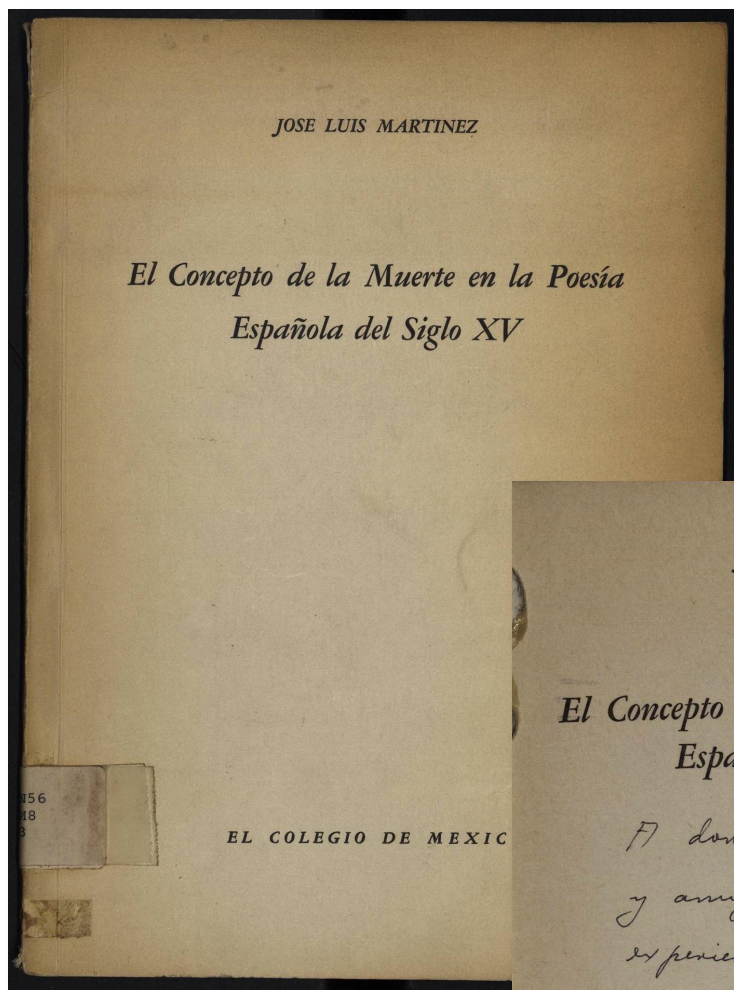
Nació en Atoyac, Jalisco (9 de enero de 1918 - 20 de marzo de 2007). Ensayista, crítico, historiador, editor, académico, promotor cultural y diplomático. Estudió Letras españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Paralelamente, tomó clases de historia, filosofía y arte. Posteriormente se dedicó a la docencia en esta misma institución, como profesor de literatura. Además, en este mismo campo, fue maestro huésped de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador.

Embajador de México ante la UNESCO en París (1963-1964), Embajador de México en Atenas (1971-1974). Director general del Instituto Nacional de Bellas Artes (1965-1970), Gerente General de Talleres Gráficos de la Nación (1975-1976), Consejero de la Fundación Cultural Televisa (1975-1998), Director del Fondo de Cultura Económica (1977-1982), Presidente de los comités organizadores de las celebraciones de los centenarios de Ramón López Velarde y Alfonso Reyes (1988 y 1989). Creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte (1994). Director de la Academia Mexicana de la Lengua (1980-2002), miembro de número de la Academia Mexicana de Historia (1993).

Officier d' Academie de la República Francesa en 1947, la insignia José María Vigil en 1956, fue nombrado comendador de la Orden al Mérito de la República Italiana en 1967, el Premio Elías Sourasky en 1978, el Premio Nacional de Ciencias y Artes, el Premio Internacional Alfonso Reyes en 1982, la Medalla Ramón López Velarde por el Gobierno de Zacatecas en 1988, la Medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, España en 1993, la Cruz Alfonso X en 1998, la Presea Miguel Othón de Mendizábal por el INAH en el 2000.

Autor de *Elegía por Melibea y otros poemas*, *El concepto de la muerte en la poesía española del siglo XV*, *La técnica en literatura. Introducción*, *Las letras patrias, de la época de la Independencia a nuestros días*, *La emancipación literaria de México*, *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, *Problemas literarios*, *La literatura moderna de México*, *La obra de Agustín Yáñez*, *La luna*, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, *Nezahualcōyotl. Vida y obra*, *Bernardino de Sahagún*, *El mundo antiguo*, *México en busca de su expresión literaria: 1810-1910*, *Gerónimo de Mendieta*, *Una muestra de la elaboración de la "Historia verdadera" de Bernal Díaz del Castillo*, *Origen y desarrollo del libro en Hispanoamérica*, *El mundo privado de los emigrantes de Indias*, *La literatura mexicana del siglo XX*, *Recuerdo de Lupita*, *Bibliofilia*, entre muchos otros.

<http://www.academia.org.mx/Jose-Luis-Martinez>

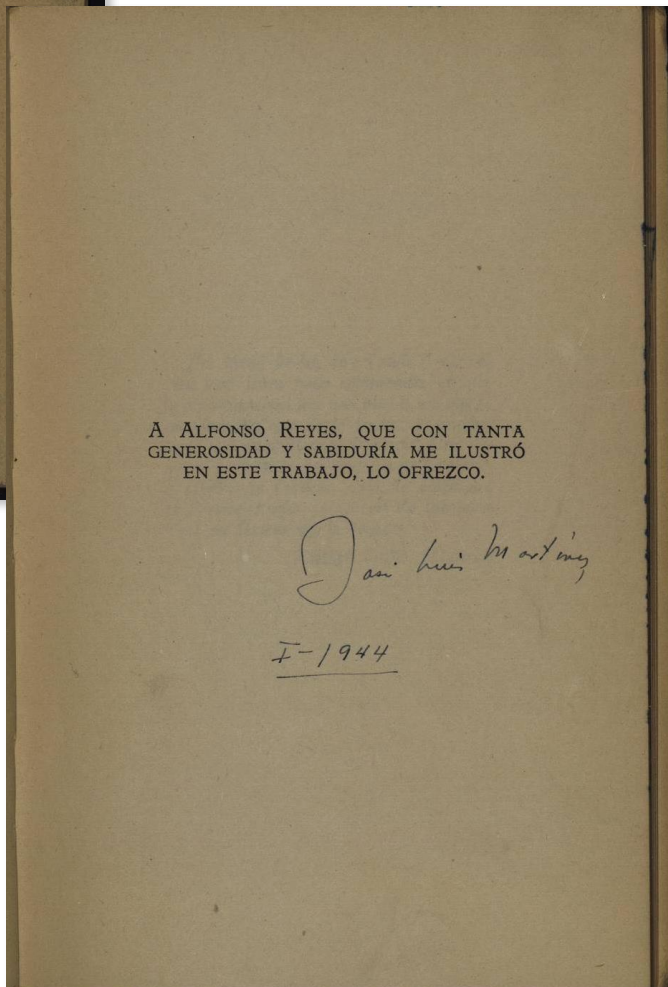
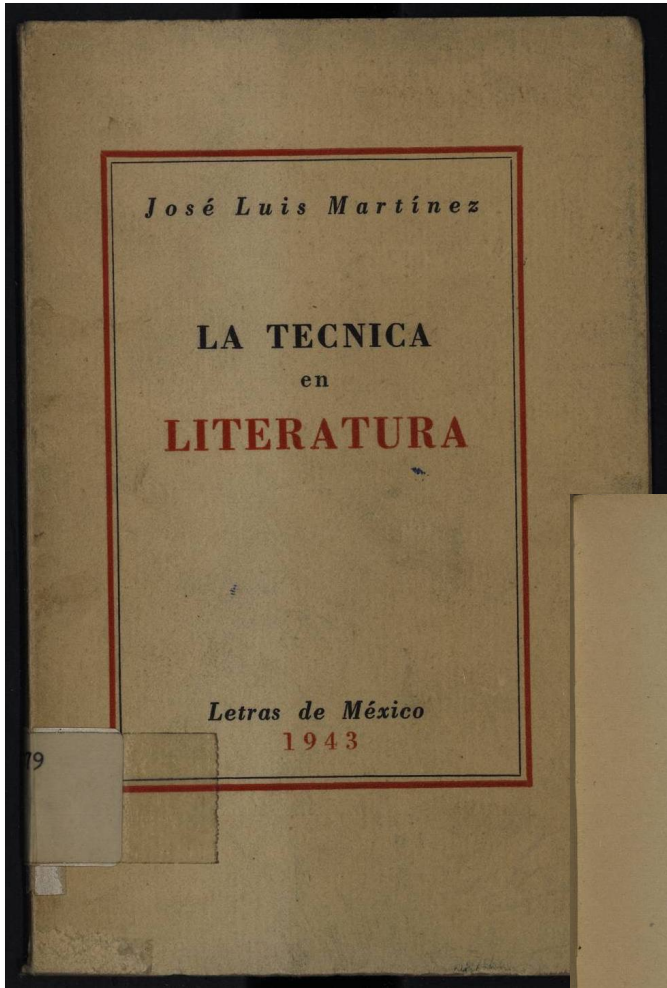


A don Alfonso Reyes, mi maestro y amigo, este testimonio de una experiencia fracasada.

I - 1943

José Luis Martínez

El libro “Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media”, fue publicado por el Colegio de México, ya bajo la presidencia de Alfonso Reyes, en 1943. Reunía escritos de Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman, José Luis Martínez, Gustavo Pizarro, Tomás Gurza, Antonio Gómez Robledo, María Ramona Rey y Pina Juárez Frausto. El descontento de José Luis Martínez puede deberse tanto a la cantidad de erratas como al hecho de no haberse sentido satisfecho con la investigación realizada; en más de alguna ocasión Reyes trató de suavizar el rigor con el que el entonces joven Martínez trataba su propio desempeño, puede ser que ese ímpetu perfeccionista lo hiciera elegible para constituirse como albacea de la obra completa del maestro.

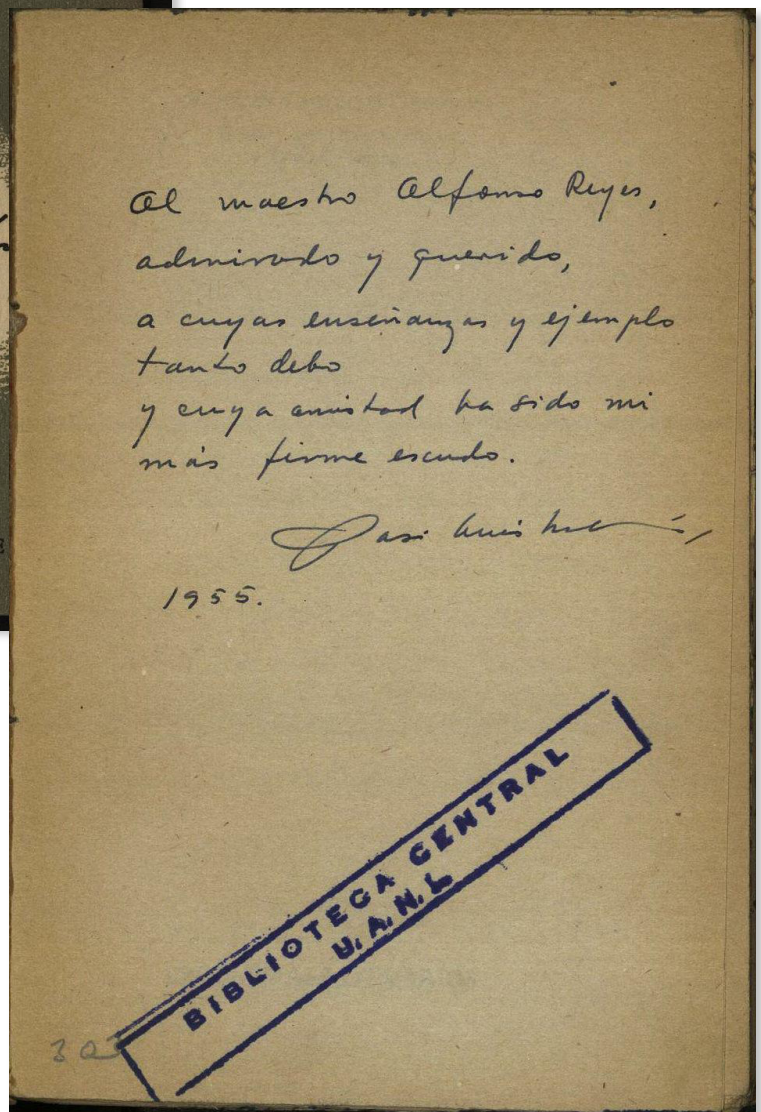
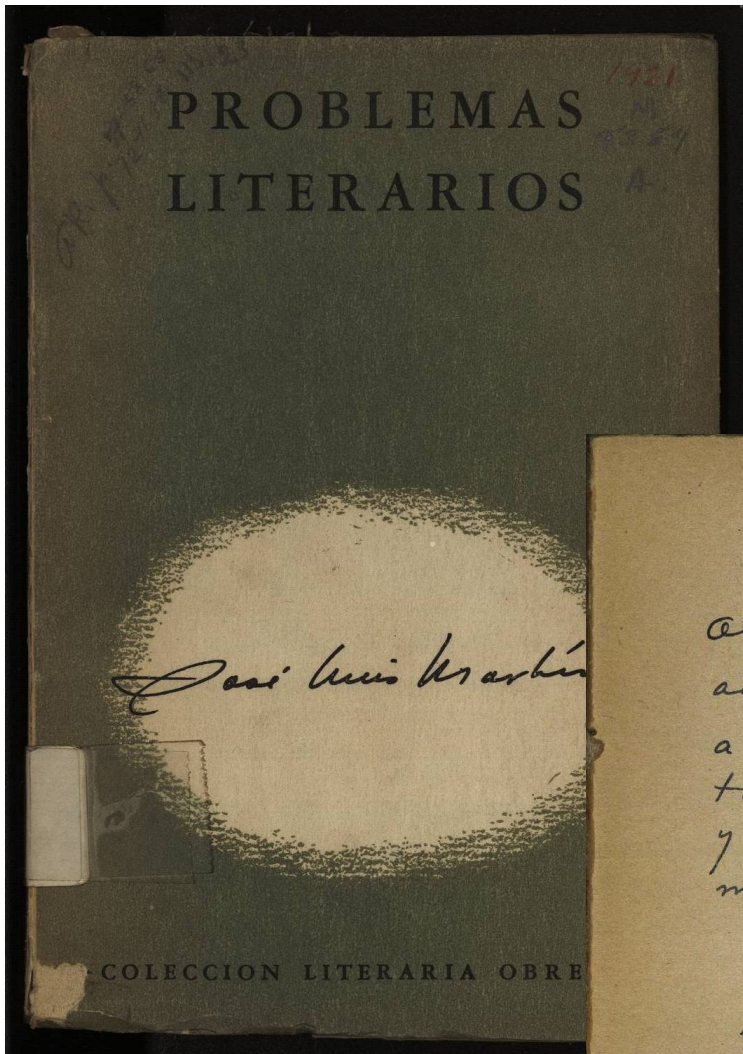


José Luis Martínez

José Luis Martínez

I - 1944

Este libro constituye el tercer trabajo publicado por José Luis Martínez, constituye uno de sus primeros trabajos de gran aliento; fue escrito bajo la dirección de Alfonso Reyes, de ahí la nota de agradecimiento. El libro fue reeditado en 1983 en la colección Práctica de vuelo de Letras de México.



José Luis Martínez

Al maestro Alfonso Reyes, admirado y querido, a cuyas enseñanzas y ejemplo tanto debo y cuya amistad ha sido mi más firme escudo

José Luis Martínez

1955

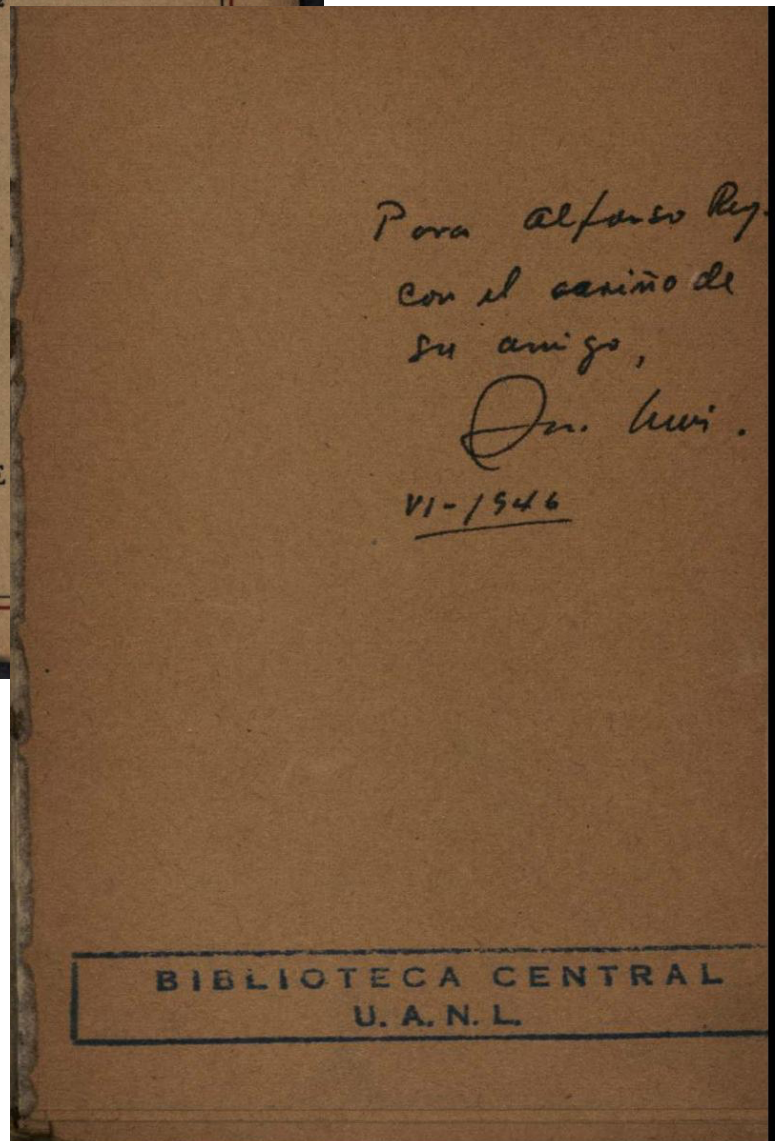
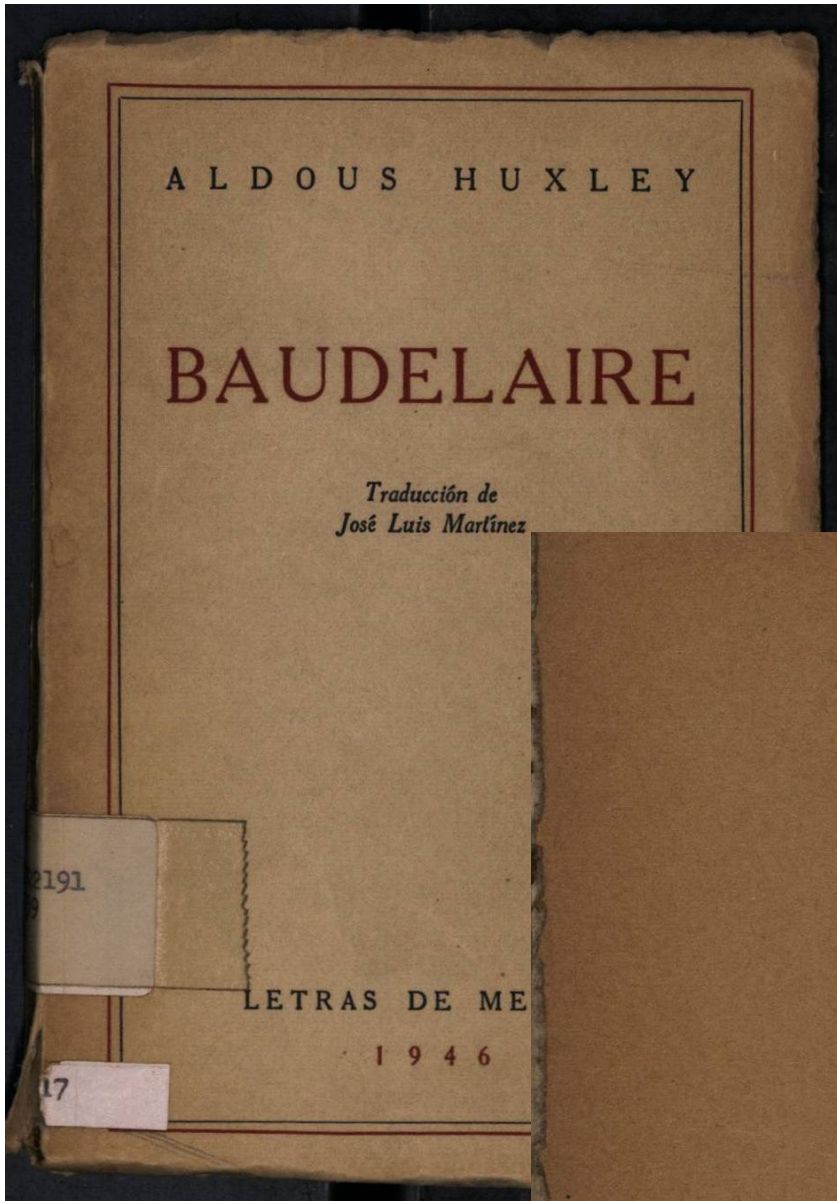
Fundando sus juicios en experiencias propias y en el concienzudo estudio de la ciencia literaria, José Luis Martínez ha escrito esta serie de ensayos que hoy reúne en volumen. Existe en el libro, por lo tanto, una lógica coherencia, desde el momento que, desde ángulos distintos, se analizan los hechos que configuran el mundo de lo literario, su problemática. Martínez aspira también a tener un conocimiento menos nebuloso del oficio literario. De ahí se desprende ¡y se entiende! la sosegada, fría y lúcida pasión que ha puesto durante años en la tarea de desentrañar estos problemas.

Dueño de una aguda conciencia de los procedimientos técnicos que hay que poseer para poder realizar la función crítica a fondo, no sobre la periferia de las obras, Martínez sostiene que ella, la crítica no debe de estar limitada a la intuición personal y a todos individuales sólo aconsejados por el sentido común.

La crítica literaria, en México, deberá hacer suyos los nuevos métodos de la estilística para poder superar una realidad donde sólo de manera excepcional se han utilizado. Habrá que superar los conocimientos más o menos sagaces, pero intuitivos, que sobre la forma de realizar la tarea crítica se posean, haciendo de ella una función donde el método, el rigor y la precisión sean lo fundamental.

*Revista de la Universidad de México.
Nº 3, Noviembre, 1955*

El reconocimiento de afecto y protección que otorga a don Alfonso se entiende por cuanto José Luis Martínez se aviene con las ideas que desde la segunda década del siglo XX, Reyes fue acuñando en torno a la teoría de la crítica literaria y que para la última de su vida han alcanzando madurez; puede considerarse a Martínez el heredero de don Alfonso en esta apreciación de la tarea crítica.



José Luis Martínez

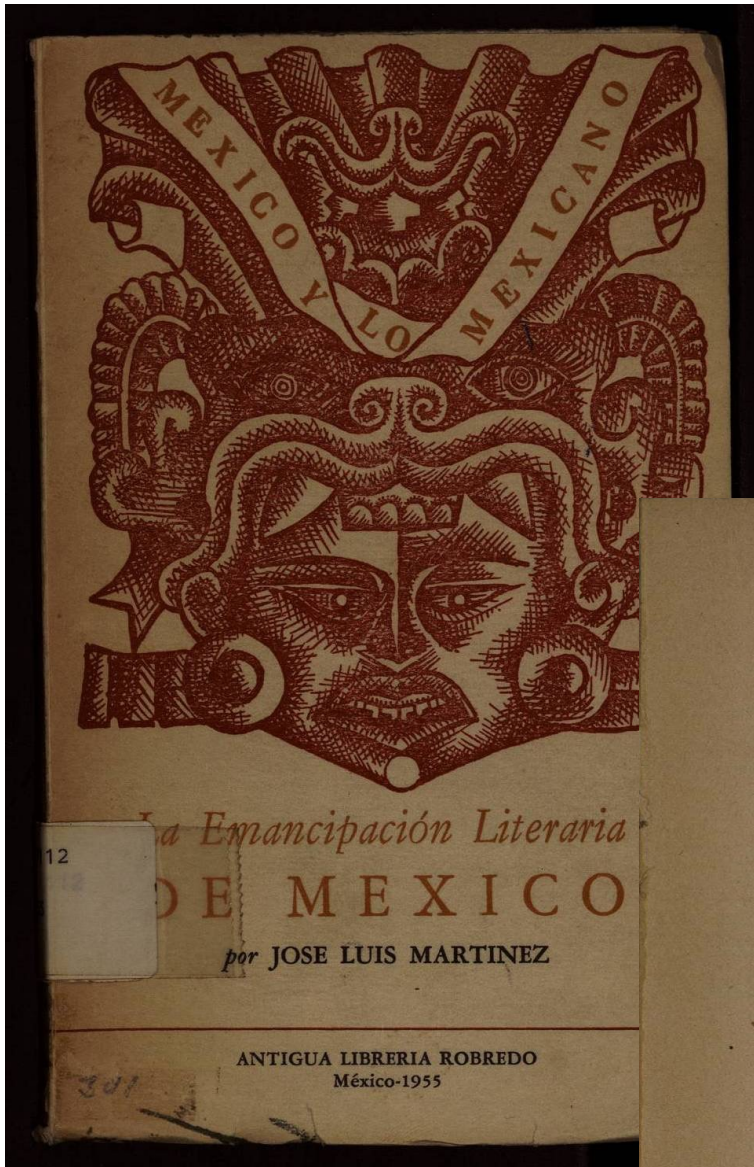
Para Alfonso Reyes, con el cariño de su amigo,

José Luis

VI - 1946

Allá por mis primeros años en la ciudad de México, y cuando aún alternaba los estudios de medicina con los de literatura descubrí a los novelistas ingleses y me aficioné especialmente por las obras de Aldous Huxley. Entonces quería hacer un estudio extenso sobre la novela moderna, especialmente la inglesa y la francesa, e inc para comenzar una copiosa bibliografía. Contrapunto de Huxley me descubrió las posibilidades de la inteligencia y la construcción novelesca y la eficacia de las nuevas estructuras en el arte de la narración. En español, inglés o francés leí cuantos libros de Aldous Huxley pude agenciarme y en la revista Tierra Nueva (1940 - 1942), que entonces hacíamos, publiqué en varias entregas un estudio copioso que no he vuelto a leer. Mi afición huxleyana me llevó también a traducir un estudio sobre Baudelaire, que me convirtió en un librito de 1942 mi amigo Octavio G. Barreda.

José Luis Martínez
Bibliofilia, Historias de libros.
Los universitarios, Nueva época



Al querido Alfonso Reyes
este testimonio de admiración
con un abrazo de
José Luis Martínez

1955.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

301

José Luis Martínez

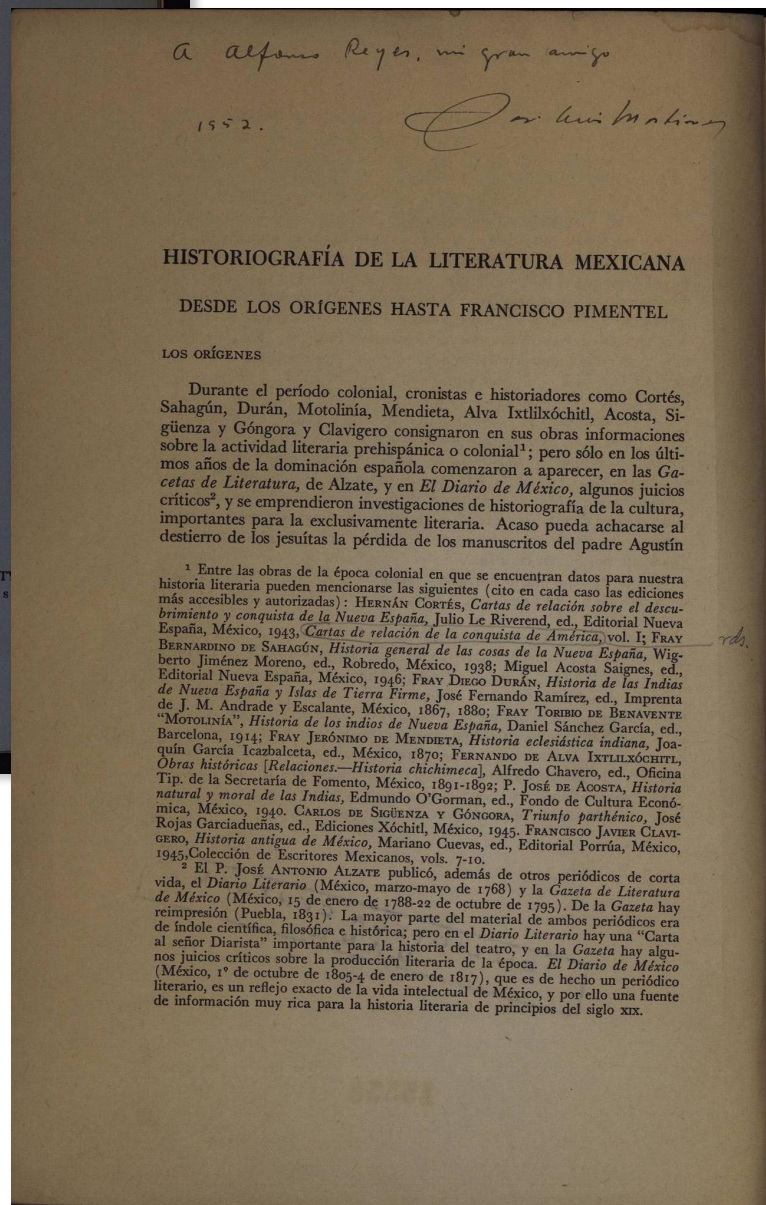
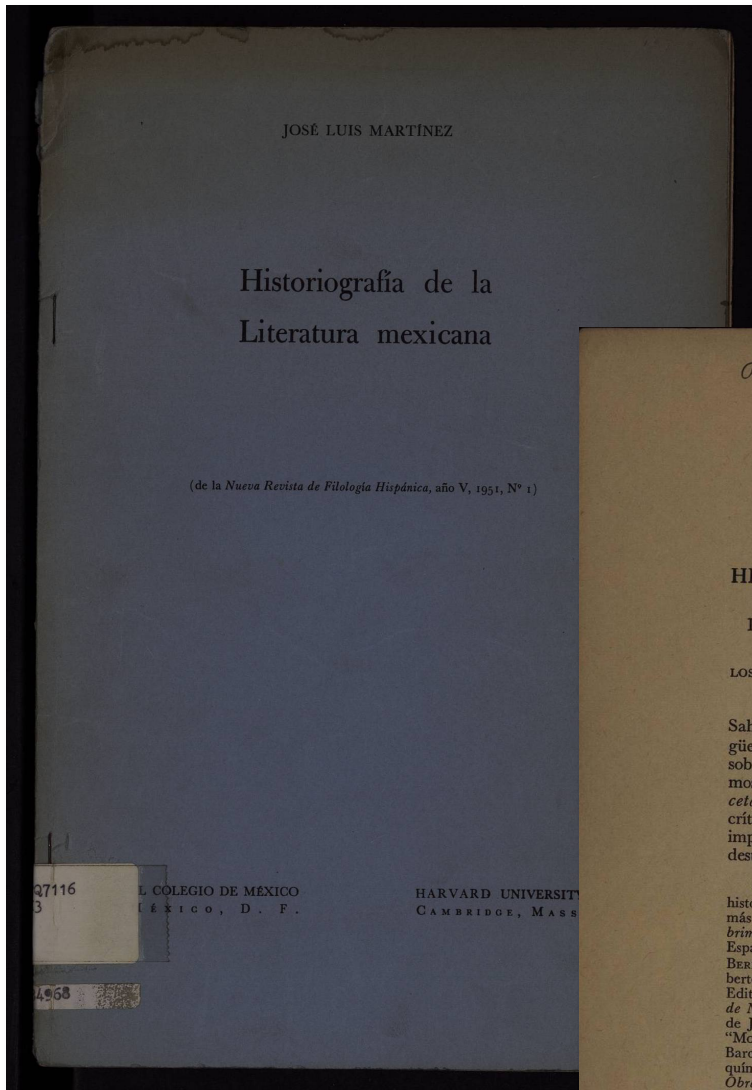
*Al querido Alfonso Reyes, este testimonio de continuidad con un abrazo de
José Luis Martínez
1955*

*Acabé capítulo VI Historia documental de mis libros. Escribí otro de Burlas veras: "La emancipación literaria".
A la hora de la merienda, José Gaos.*

*Alfonso Reyes, Diario.
México, domingo 19 junio 1955*

EL DIÁFANO ensayo de José Luis Martínez sobre La emancipación literaria de México, recién publicado en la colección de Zea, no se propone medir hasta qué punto hemos logrado la originalidad, sino que nos hace ver cómo nació el deseo de lograrla y expone las primeras manifestaciones de este afán durante la mayor parte del siglo XIX. Ello se revela, no tanto en el hecho de que los escritores procuraran en aquella época ajustar su obra a una nueva estética —fuera de los elementales empeños del costumbrismo o del realismo inmediato—, cuanto en la activa discusión respecto al asunto, considerado todavía como un programa por cumplir, como un previo esclarecimiento conceptual.

*Alfonso Reyes. La emancipación literaria.
Las burlas veras, primer ciento.*



José Luis Martínez

A Alfonso Reyes, mi gran amigo
José Luis Martínez

1952

JOSE LUIS MARTINEZ. *Historiografía de la literatura mexicana desde los orígenes hasta Francisco Pimentel.* p. 38-68. *Hasta que Francisco de Pimentel publicó en 1883 su Historia crítica de la literatura y de las ciencias de México, desde la conquista hasta nuestros días, como epílogo a una serie de artículos denominados Biografía y crítica de los principales escritores mexicanos, apenas habían aparecido en México estudios literarios. Fué Juan José de Eguiara y Eguren el primero, con su Bibliotheca Mexicana, que trató de escribir una historia literaria de México. Más de cincuenta años pasaron desde su publicación (1755) hasta que José Mariano Beristáin y Souza escribió su Biblioteca hispanoamericana septentrional. Beristáin sólo continuó la obra de Eguiara, pero su muerte, en 1817, le impidió concluirla. Viene después Ignacio Manuel Altamirano que entre 1868 y 1883 publicó una serie de artículos, libros y la introducción a Revistas literarias de México. Victoriano Agüeros le sigue con Cartas literarias, Escritores mexicanos contemporáneos y Artículos sueltos. Inmediatos antecesores de Pimentel fueron Vicente Riva Palacio, el peruano Carlos G. Amézaga, Francisco Sosa y Joaquín García Icazbalceta. Un nuevo ciclo se inició con Pimentel, que en medio de su esfuerzo, tiene algunos defectos; estos defectos están explicados por las pocas y desordenadas fuentes de consulta que poseía. Tanto Pimentel como los anteriores, tienen en su crítica apreciaciones guiadas por tendencias críticas y estéticas hoy condenadas por las actuales doctrinas literarias, y ello, más que la falta de fuentes, hace que hoy sean inútiles muchos de sus juicios.*

Nueva revista de Filología Hispánica.
México, Enero - Marzo, 1951.

JOSE LUIS MARTINEZ

Situación de la Literatura
Mexicana Contemporánea

07116
3
048

EDITORIAL CULTURA, T. G., S. A.
MÉXICO, D. F.
1948

*A don Alfonso Reyes,
su amigo constante.*

Jos. Luis Martínez

SITUACION DE LA LITERATURA MEXICANA
CONTEMPORANEA

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

José Luis Martínez

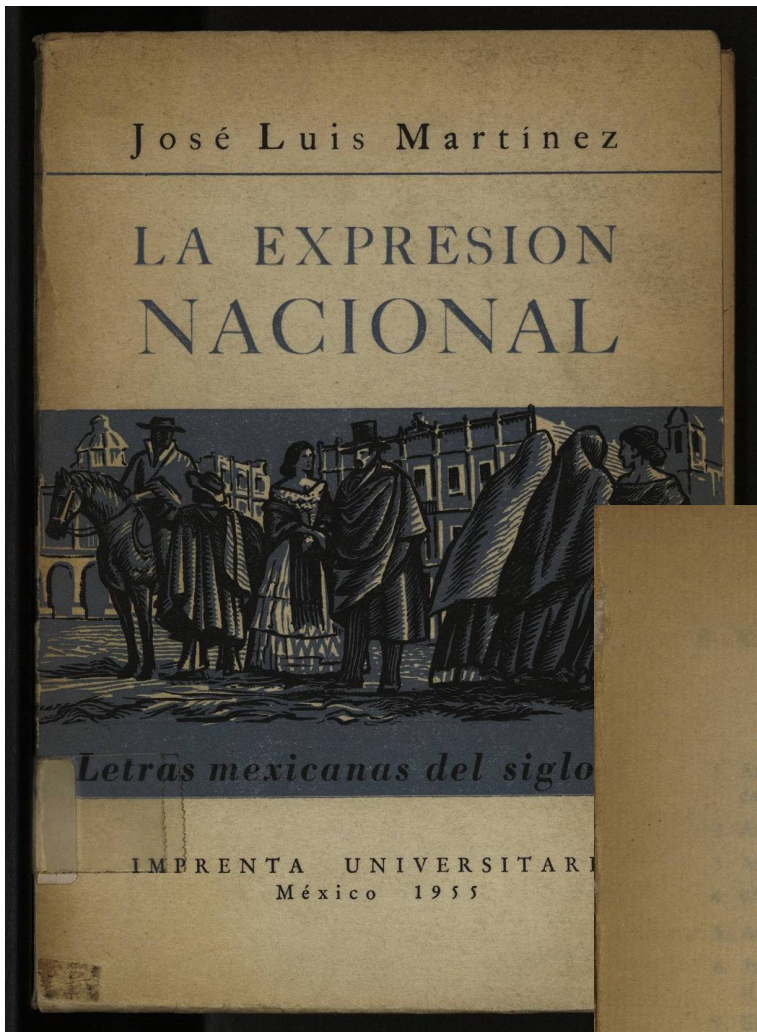
*A don Alfonso Reyes, su amigo constante
José Luis Martínez*

Yo solamente aspiro a contar las peripecias corridas por ese ensayo fechado en julio de 1948 y firmado por el entonces joven José Luis Martínez, que lo tituló: "Situación de la literatura mexicana contemporánea". Dicho lo cual –como expresaban nuestros antepasados–, procedo al relato.

En aquellos año el Instituto de Bellas Artes publicaba, en calidad de órgano, la revista México en el Arte y le solicitó a jlm un artículo en el que hiciera el balance de las letras mexicanas. El joven crítico, que para José Rubén Romero tenía "cien años de madurez", se pasó tres meses elaborando el trabajo solicitado. El texto resultante y entregado "en tiempo y forma" –diría hoy un padre conscripto–, le puso los pelos de punta al Consejo Técnico del Instituto cuando lo evaluaron para decidir si lo publicaban. Obvio: el fallo fue adverso y se lo devolvieron al autor, según parece sin broncas ni reclamos. Supongo que previendo fuera publicado en otro medio, el Instituto solicitó una especie de réplica a Rafael Solana, para refutar la opiniones de JLM. Esta visión oficial del panorama de nuestras letras se publicó de inmediato y "acaso por la prisa con que debió escribirse fue, antes que un brioso mentís, una corroboración de mis pesimistas opiniones", escribe don José Luis.

Liberado de su compromiso con México en el Arte, Martínez le ofreció su texto a don Jesús Silva Herzog, para Cuadernos Americanos, aclarándole las circunstancias y lo ocurrido en Bellas Artes. Don Jesús lo publicó y fue así como se inició la bronca. De inmediato saltaron ofendidos casi todos los escritores del país; Margarita Michelena también protestó pero apuntando que el ensayo era muy benévolo, pues JLM se había quedado corto al señalar 1940 como inicio del letargo, cuando el verdadero comienzo de la decadencia era 1920, con la aparición de los Contemporáneos.

Orlando Ortiz. Como pue' que sí pue' que no...
La Jornada Semanal. Domingo 2 de junio de 2013



A don Alfonso Reyes, en el
día de sus cincuenta años de
escritor, con la admiración
y el cariño de su amigo

José Luis.

1955.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

302

José Luis Martínez

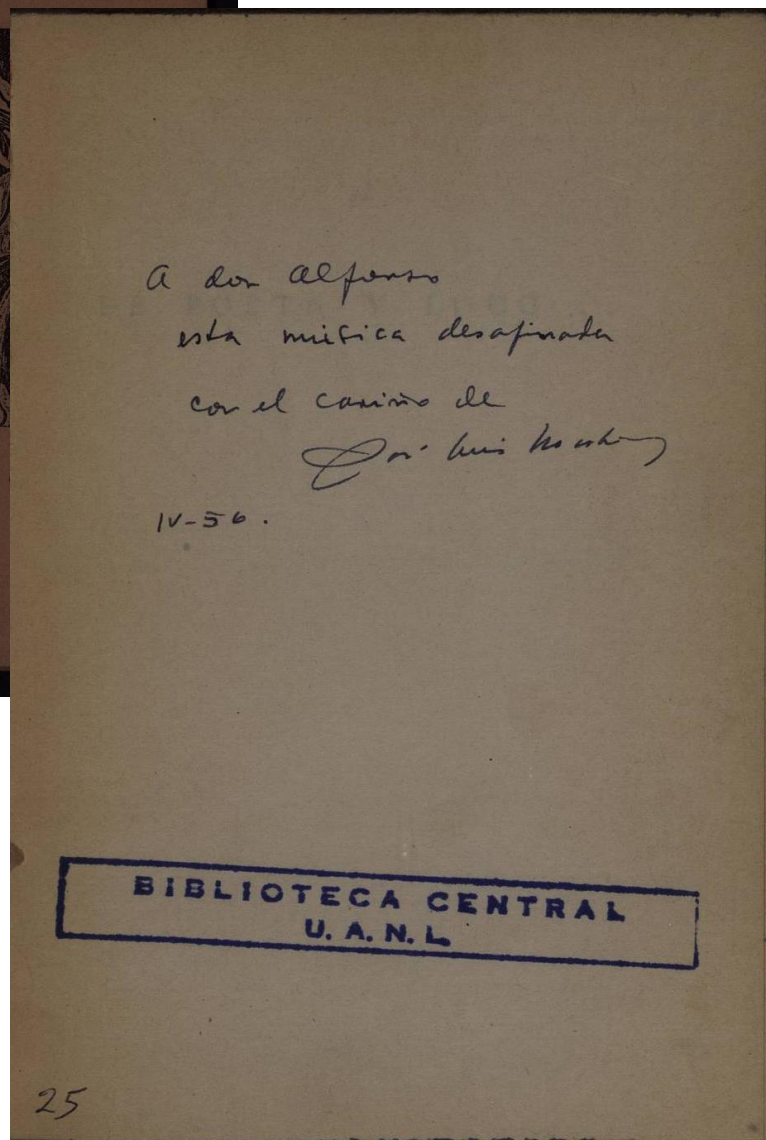
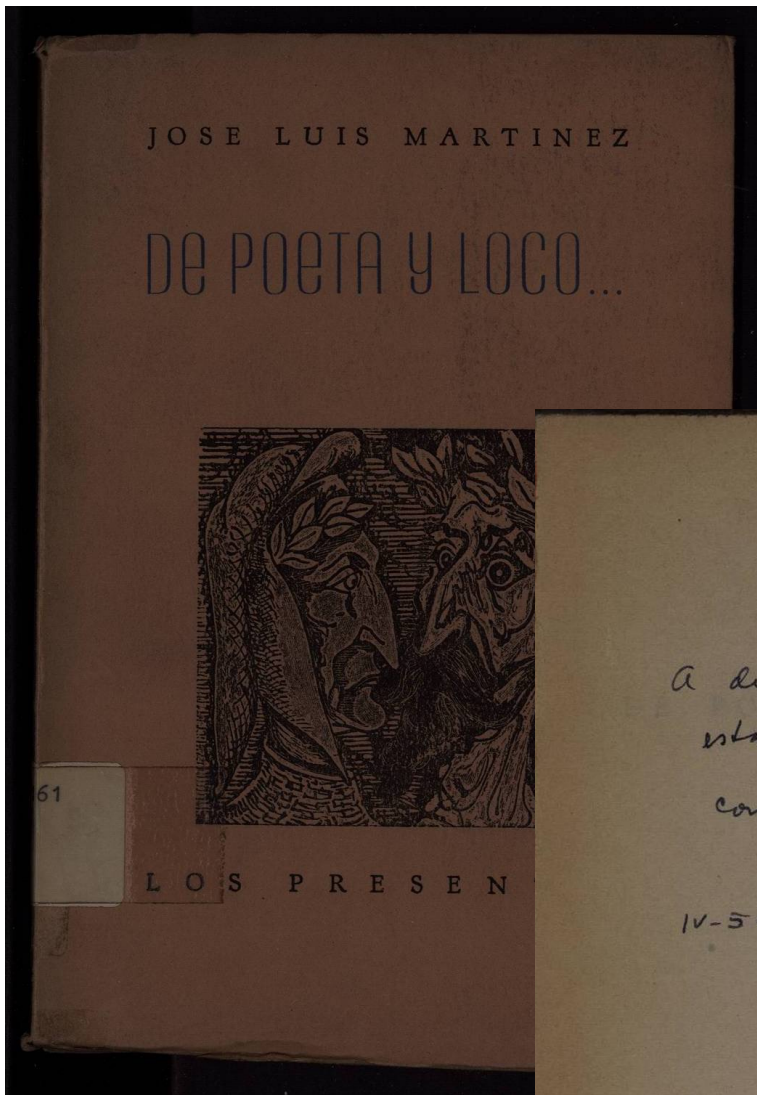
A don Alfonso Reyes, en el día de sus cincuenta años de escritor, con la admiración y el cariño de su amigo.

José Luis Martínez

1955

Hoy es mi cincuentenario de letras. A la hora del desayuno mi hermana Otilia con mi cuñado Ramón Lopez y sus hijas Amalita y Chela. Trabajando tomo V Obras completas. Margos. Manuel Sandoval Vallarta. Me ayudan las nietecitas. Noche: Gaos, José Luis Martínez y esposa, y el pintor Martínez y su esposa, hasta media noche. José Luis me trae su libro La expresión nacional. Él es Ricardo Martínez, y ella su esposa Zarina Lacy (?)

Alfonso Reyes. Diario
México, lunes 28 de noviembre 1955



*A don Alfonso esta música desafinada con el cariño de
José Luis Martínez
IV - 56*

Desde anoche: Revista Mexicana de Literatura número 4, muy bueno. El arco y la flecha de Octavio Paz, excelente. Los cuentos preciosos de Bioy en la colección Obregón. José Luis Martínez, De poeta y loco, muy gracioso. Tomo jubilar de Onís, con muchos artículos suyos hasta los de cine. Tesis de Victor Manuel Flores Olea, a quien recomiendo para beca Instituto Francés de América Latina. Mil cosas de despacho. Billetes ferrocarril para mañana Monterrey, etcétera. Vino Flores Olea con Carlitos Fuentes. Margos. La chata María Aurelia y las últimas copias de Mesas de plomo. Bernardito, Ministro.

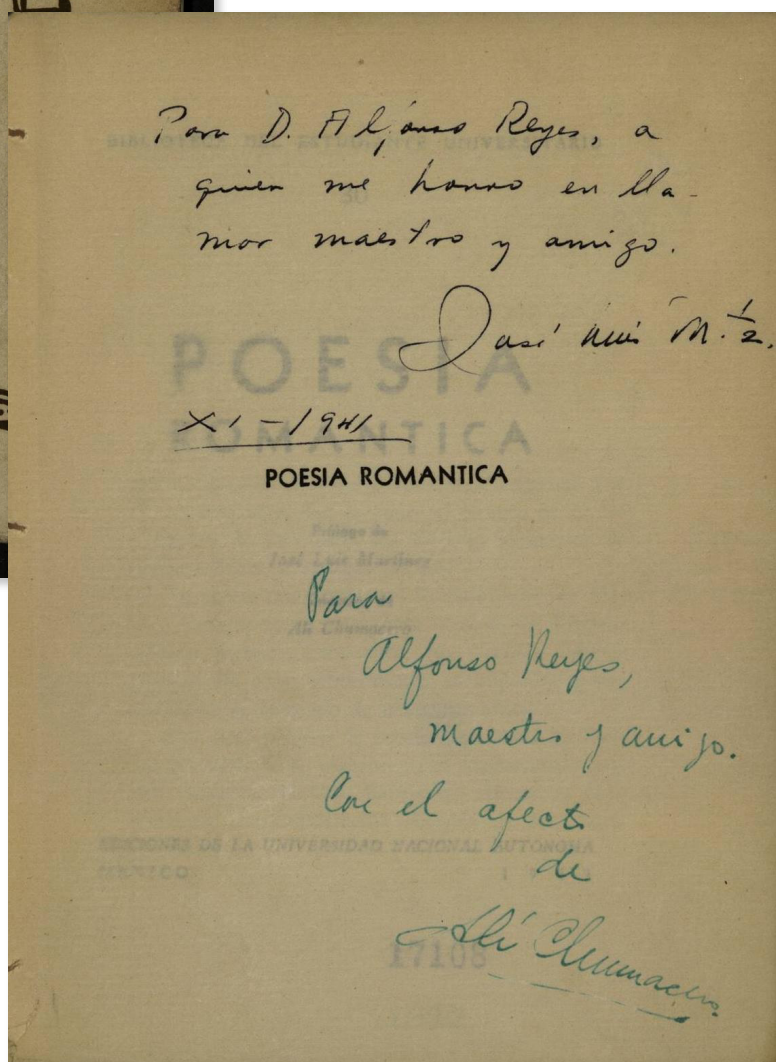
Alfonso Reyes. Diario.
México, martes, 17 abril 1959.

José Luis Martínez da a conocer en este volumen de "Los Presentes" la obra del Negrito Poeta y de Margarito Ledesma. Respecto al primero, Reyes destaca una curiosa coincidencia con otro de sus amigos, José Vasconcelos:

En coplas, canciones y romances, conviene siempre estudiar, además de la letra, el motivo musical, que muchas veces aclara algunos tránsitos de la tradición o al menos robustece la hipótesis. Las coplas y canciones representan el género lírico, y los romances el épico o narrativo. En las coplas humorísticas es ya proverbial nuestro Negrito poeta, que hace años estudió Nicolás León. Aunque se trata de autor más o menos conocido y sabemos que se llamaba también José Vasconcelos, tuvo un significado popular evidente, tanto porque su musa era la musa burlona y a corto vuelo que se encuentra en la media calle, la musa de la improvisación y el chispazo, como porque muchas veces le prohijan motivos que pertenecen al folklore general.

Alfonso Reyes. La experiencia Literaria
Marsyas o del tema popular.

De puño y letra



José Luis Martínez

Para D. Alfonso Reyes, a quien me honro en llamar maestro y amigo

José Luis Mtz

XI - 1941

Para Alfonso Reyes, maestro y amigo. Con el afecto de

Alí Chumacero

El volumen 30 de la Biblioteca del Estudiante Universitario, publicado 1941 estuvo a cargo de los entonces jóvenes académicos José Luis Martínez, quien se encargó del prólogo y de Alí Chumacero que llevó a cabo la selección. La coincidencia de las dedicatorias constituye un juego de los discípulos de Reyes que acostumbraba tratarlos habitualmente en un tono de bromas y proximidades.

El taller literario de la Capilla Alfonsina

Crónica de un espacio entrañable

César Benedicto Callejas

1. ¿Cómo se hace un escritor?

Resulta que los aparatos, en los últimos tiempos, se han vuelto inteligentes; desde luego, el término tiene connotaciones ciertas y definiciones aceptadas por quienes se dedican a la tecnología, pero para mí, en cambio, que aún guardo cierto respeto por esa palabra, sigue pareciéndome una metáfora excesiva; en fin, esos dispositivos de telecomunicación lo tienen a uno bien identificado, memorizan hasta el más mínimo detalle de nuestros gustos y costumbres; las rutinas de nuestro cotidiano los nutren y son capaces de prever con un grado más que razonable de certeza, a dónde vamos; nos recuerdan que debemos llamar a alguien con quien no queremos hablar; nuestras redes sociales, nombre también equívoco, casi diría insano aunque me conformaré con incompleto, se dan cuenta de nuestros gustos y preferencias y nos las recuerdan de todas las maneras posibles como el más eficiente de los mayordomos. Lo sé, para muchos esto resulta de lo más práctico e incluso emocionante, que *FaceBook* nos recuerde nuestro destino predilecto con publicidad del hotel que añoramos porque nos ha acogido en nuestras últimas tres visitas, que se sepa que, de acuerdo a nuestros patrones de consumo, la botella de loción que acostumbramos está a punto de terminarse; a mí, en cambio, no deja de desazonarme. Este nuevo Gran hermano me parece más oscuro que el orwelliano, acaso porque esta versión se dirige no contra las prácticas y creencias políticas sino contra el quehacer cotidiano, contra las manifestaciones de lo más profundo de la la intimidad, aquello que gozamos y preferimos.

Enciendo mi computadora, leo una revista digital o me actualizo en el *Twiter* sobre las notas culturales, las noticias nacionales y las de los países que me interesan;

tomo algunas notas, trabajo un par de horas y me tomo un descanso, salgo al jardín para encender un cigarrillo y doy de nuevo una mirada al teléfono, aquella “inteligencia” ha hecho su trabajo en esos minutos, sus misteriosos algoritmos permiten que dos librerías digitales me ofrezcan libros de mis autores preferidos, ediciones nuevas que no conocía y de inmediato despiertan mi deseo; le siguen promociones de viajes a los lugares que considero entrañables y a los otros que siempre he soñado conocer; noticias sobre los temas culturales que me interesan, casi lamento que no se encuentre ninguna nota de deportes y me alegra que no me presenten nada de la nota policíaca; me siento cómodo y diría que hasta tranquilo si no tuviera conciencia de la cantidad de información que he desperdigado sobre mí, en tal magnitud que manos, o sistemas, anónimos, conozcan con tal precisión mis gustos. Debo volver al trabajo mientras las máquinas procesan la información con que las he obsequiado sin darme cuenta.

Lo olvido, no parece importante; la jornada transcurre sin sobresaltos, el oficio se va cumpliendo y un leve aviso de ansiedad me notifica que es momento de una pausa para otro cigarrillo. Es momento para publicar algunas ideas en el *Twitter* que, aunque no sean valiosos, corro el riesgo de olvidar pronto; al revisar el teléfono, paso por encima de los anuncios habituales y detengo mi mirada en dos que saltan por sus colores y su convicción, en ambos casos se anuncian estudios de “escritura creativa”, el primero propone una licenciatura en línea desde España; a la mente me viene la imagen de mi título de licenciatura, en los años que me tomé obtenerlo, los diálogos con don Juan Ignacio Echeagaray, con don José de Jesús Ledesma y con don Manuel Pliego Rincón Gallardo; todos fueron mis profesores de derecho, les agradezco cuanto contribuyeron a mi formación como abogado, pero aún más sus charlas sobre la fundación de Veracruz, sobre el humor en la antigua Roma y sobre los libros de Albert Camus; entonces pienso que así son los tiempos que corren, en todos aquellos que podrán alcanzar una licenciatura en escritura creativa con sucedáneos de la enriquecedora - y yo creía indispensable - experiencia del encuentro maestro alumno; pero es el otro anuncio el que me ha sacudido, ofrece estudios sin validez oficial pero, a cambio, garantiza que el estudiante podrá terminar una novela en un año; pienso en

mi cuaderno que cerré hace unos días, que me ha acompañado durante un bienio y que guarda el manuscrito de mi nueva novela, dos años y aún deberá ser transcrito para comenzar la impredecible cadena de correcciones. No puedo evitar lanzar un suspiro y preguntarme si de verdad un curso puede crear un escritor.

2. El largo camino a hasta Alfonso Reyes

En el año 1987 la Colonia Condesa de la Ciudad de México aún estaba superando sus heridas del terremoto que dos años antes había causado estragos y que a la postre, iba a modificar su identidad para siempre; yo había comenzado mis estudios de preparatoria en la Universidad La Salle, a unos pasos de la Capilla Alfonsina; en aquellos días iban a reunirse una serie de hechos y circunstancias que terminarían, ahora lo sé, por formar mi identidad. Para aquella época ya era yo un lector casi enfermizo; primero, por el influjo de mi madre que periódicamente ponía en mis manos, desde que aprendí a leer, cuanta historieta educativa encontraba en el puesto de periódicos que se ubicaba en el camino de la casa a la escuela; en el hogar no había muchos libros pero esos que teníamos podían llenar el imaginario de un niño; había, por ejemplo, una enciclopedia Salvat con muchas ilustraciones y cuadros explicativos, luego mi padre llevó a casa la colección de TIME Life.

La historia de mis propios libros comienza cuando un acertado terapeuta recomendó a mis padres que cada sábado salieran, como pareja y no como padres, y dejaran solos a sus hijos - una prole de cinco hijos, una sobrina y una asistente -. De aquellas tardes y noches en la espera de mis padres guardo los recuerdos más dulces, más fraternales, los mas divertidos y los mas aterradores de mi infancia.

En aquellos días tenían una ilusión casi navideña. La espera del sábado terminaba con el retorno, casi siempre tardío, de mis padres, a veces acelerado por algún descalabrado, algún pleitista fuera de control o un afiebrado, con ellos llegaba un libro que yo habría pedido un día antes y sólo si podía informar que el de la semana anterior había sido leído. Para el momento de mi ingreso a la preparatoria los días de -

Verne y Salgari habían terminado y su sitio lo ocupaban Jaime Sabines, Mario Benedetti, Ernesto Cardenal y Federico García Lorca que paliaban y alentaban mis pasiones de aquellos días; con ellos el otro Olimpo, el de la narrativa, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges. Debo reconocer que los prejuicios ideológicos que entonces exhibía como méritos ganados en la construcción de mi personalidad, me habían hecho privarme de la Capote y de Faulkner.

Había entonces, cuando murió Jorge Luis Borges, en 1986, una explosión de su literatura a la que yo me sumé con pasión, sus páginas me llenaban las horas, sus libros engordaban mi famélica estantería; con las páginas transcurridas caí en cuenta de un nombre que aparecía, no con frecuencia aunque sí con toda admiración; Borges, que reservaba sus elogios para Beowulf, para Shelley y para Shakespeare, se refería a Alfonso Reyes ponderándolo mejor que a Ortega y Gasset, lamentaba que no le hubieran dado el Nobel porque eso habría honrado al premio; ¿quién era aquel hombre? Cuando leí:

El vago azar o las precisas leyes,
Que rigen este sueño, el universo,
Me permitieron compartir un terso
Trecho del curso con Alfonso Reyes.
Supo bien aquel arte que ninguno
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,
Que es pasar de un país a otros países
Y estar íntegramente en cada uno.

Entonces supe que era preciso leer a Reyes. En los años aquellos se volvió para mí una especie de íntimo santo y seña, establecí una relación con el autor, con el personaje, de la que no es momento de hablar ahora. Cuando conocía a Alicia Reyes mi vocación de escritor aún era temerosa, y mi pasión reyesiana apenas comenzaba.

3. La llamada de las letras

Para contar la historia del taller literario de la Capilla Alfonsina hay que proceder de acuerdo con la regla de Reyes respecto del ensayo y que consiste en andarse por las ramas, en no atacar de frente sino por eso flancos, actuar como el viandante que sin saber cómo se ve de pronto en el centro de la ciudad, justo en el sitio donde deseaba llegar. Debo, además hablar de mi experiencia y aunque para ello deba también mediar disculpa - nada hay más fútil que hablar de uno mismo - pero no tengo otro mecanismo para significar lo que el taller representó y ha representado para muchos porque el solo enumerar los hechos no sería suficiente, sería tanto como urdir una descripción fisiológica para describir un encuentro amoroso. Por lo demás, ya se verá, mi propia experiencia nada tiene de particular salvo ser ilustrativa de casi todos los que en algún momento acceden a un taller literario.

Es claro que ser lector y ser escritor corresponden a dos vocaciones distintas, muy pocos lectores se sienten el llamado de la escritura y muy pocos escritores son malos o escasos lectores, el hecho es que ambas actividades son hermanas pero no son siamesas; los talleres de creación literaria transitan entre la contaminación de ambos extremos y la función creativa, por eso los alumnos de los talleres literarios suelen danzar entre varios de ellos hasta que desisten o bien hacen del taller su casa de la que luego les es difícil desprenderse. De cualquier manera, quien se aproxima al taller lo hace por que de alguna manera se ha visto como escritor, con todo la nebulosa concepción que el término trae consigo.

Nunca en mi familia hubo escritores, acaso en la lejanía del horizonte histórico algún parentesco con María del Carmen Mondragón Valseca, Naui Ollin, familiar de mi abuela Luz Ruelas Mondragón; pero en la proximidad de los días y el espacio, nadie; pero sucedió que en el año de 1978 leí por primera vez el Diario de Anne Frank, con aquel volumen de Editorial Epoca, auge aún conservo, me imaginé por primera vez judío y comencé a llevar mi diario; pero, en ese mismo año, mi madre encontró un anuncio en el periódico Excélsior, la publicidad decía: “¿Le preocupa el futuro de sus

hijos?”, para mi madre aquello era una especie de llamado de cacería, se comunicó y al sábado siguiente ya me encontraba establecido en una escuela oratoria, el Colegio Nacional de Pentathletas, de gratísima memoria y que dirigían Fernando Rodríguez Quesada y Gilberto Yamamoto Hernández - su hijo Jorge Víctor es hoy uno de los diabetólogos más capaces de nuestro país -; aquel curso de tres meses se prolongó en una estancia de diez años, ahí aprendí a domar la hoja en blanco; como era natural, en el transcurso de aquellos los años de mi edad, descubrí el amor, sus pequeños goces y sus diminutas desgracias, ahí me vino la peregrina idea de ser poeta.

En las escuelas me había vuelto el orador oficial, escribía mis pequeños discursos cívicos y en algunas ocasiones iban a parar a las gacetas y periódicos escolares, la primera vez que vi mi nombre revolotear impreso circulando más allá de mi voluntad, la primera vez que vi a un desconocido leyendo una página de mi pluma - aunque no le dije nada - supe que tenía que ser escritor, que no importaba lo que tuviera que hacer pero tendría que escribir y publicar. Entonces aparecieron los anuncios azules sobre fondo blanco, indicaban la ubicación de la Capilla Alfonsina y para mí, que me había fugado de una clase aburridísima, no podía significar otra cosa que una revelación.

4. El método reyesiano de enseñanza literaria.

Alfonso Reyes solía identificar a la Capilla como un barco en el que el *mezzanine*, donde está su escritorio, era el puente, ahí mismo está la cama en la que en la madrugada del 27 de diciembre de 1959 don Alfonso partiría para siempre; el buque se había quedado sin capitán pero no sin tripulación. El diario de don Alfonso se prolongaría todavía unos días escrito por su hijo, doña Manuela todavía daría muestras de su inefable lealtad terminando las ediciones pendientes, dando cuerpo a los inéditos y procurando la integridad del acervo; pero la Capilla seguía siendo la residencia familiar y la conservación se tornaba complicada, más aún cuando la obra de don Alfonso de por sí inmensa daba muestras de no agotarse y la creación de los nuevos estudios de la obra de Reyes y la presencia de sus autores se tornaba cada día

más demandante; en 1965 fallece doña Manuela y Alfonso hijo continúa sus gestiones hasta que Luis Echeverría, mediante decreto del 13 de junio de 1972, transfirió al patrimonio nacional la Capilla con el archivo de don Alfonso, sus efectos personales y sus colecciones de libros y arte; Alicia Reyes asumió desde ese momento la dirección del nuevo Centro de Estudios Literarios; desde el primer instante se asumió que la formación de nuevos escritores sería una de las misiones que la Capilla debía cumplir.

La idea de comenzar un taller literario en la Capilla pudo tener su origen. En el auge que los talleres tenían entonces, desde el punto de vista de Alfonso Reyes, la función del aprendizaje como escritor partía del propio ejercicio de la escritura pero también del encuentro con la comunidad de los escritores.

En 2006, Elena Urrutia coordinó para el Instituto Nacional de las Mujeres y para el Colegio de México, un volumen dedicado a nueve escritoras nacidas durante la primera mitad del siglo XX; en aquel libro, Georgina Díaz Gutiérrez recuperó la memoria de Amparo de Dávila, al describir la relación de esta autora con Reyes, devela mucho del carácter de don Alfonso como mentor y de su actitud frente a la formación de los escritores.

Dávila llegó de San Luis Potosí en los años que resultarían los últimos de vida de Don Alfonso, él la toma como su secretaria, la llevó a trabajar a El Colegio de México, incluso como Díaz Gutiérrez recuerda, será Alfonso Reyes quien la entregue en el altar en la ceremonia de su boda en 1948 cuando se case con Pedro Coronel; la propia Dávila reconocía haber aprendido de don Alfonso:

A ser libre y no guiada por algún grupo o círculo literario; a no tener más compromiso que conmigo misma y con la literatura; también aprendí que la prosa es una disciplina ineludible y comencé a practicarla como mero ejercicio...

Si bien es cierto que Reyes predicaba a los jóvenes a quienes adoptaba como su guía, la práctica de la libertad creativa, también procuraba rodearlos de un ambiente donde su creatividad y obra pudieran ser apreciadas y alentadas; tal vez por eso no se recuerda a Amparo Dávila como miembro de la Generación del Medio Siglo - con Carlos Fuentes y Sergio Pitol, entre otros - pero sí, según sus propias memorias como amiga de Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Tomás Segovia, Agustín Yáñez, Margarita Michelena, Josefina Vicens, Homero Aridjis, Tito Monterroso, Inés Arredondo, Eduardo Lizalde, José Gorostiza, Carlos Eduardo Turón, Luis Mario Schneider, María del Armen Millán y Alí Chumacero.

Sin embargo, la mano amiga de Alfonso, no se detenía ahí, de entre todos los jóvenes y autores noveles que se le aproximaban, Reyes tenía su selección peculiar y buscaba para ellos la publicación aquellos trabajos que le parecían listos para darse a la estampa; así, Dávila publica una narración en el número seis, julio - agosto de 1956, de la Revista Mexicana de Literatura, aquella de Emmanuel Carballo y Calvos Fuentes; Díaz Gutiérrez recuerda que en ese número aparecieron trabajos del propio Fuentes con otros de Elena Poniatowska, Carlos Valdés, Enriqueta Ochoa, Fausto Vega y Emilio Carballido.

Esta mística de la amistad permeaba el quehacer de Reyes y era su forma de relacionarse con las generaciones distintas de la suya; Huberto Batis no olvida la primera vez que don Alfonso le recibió en la Capilla, le pagó la tarifa del taxi y después de un diálogo jesuítico le puso en contacto con Antonio Alatorre; a la muerte de Reyes, la continuación de su diario muestra como esa conjura de buenas voluntades siguió operando; Francisco Monterde se hizo cargo de las pruebas de *A campo traviesa*, Emmanuel Carballo de los artículos de y sobre Reyes en México en la Cultura, también de la formación de la *Historia documental de mis libros* para el tomo XVIII de las obras completas; así, aquellos discípulos, jóvenes seguidores de Reyes, formaron una pequeña legión, pero no una escuela, no un cenáculo.

En vida de Alfonso Reyes la Capilla fue su hogar y su centro de operaciones, de ahí irradiaba su organización informal de ayudas literarias, ahí se alimentaban, a veces no sólo metafóricamente, los talentos que don Alfonso había decidido acoger; en el largo interregno que inició con su muerte y terminó con la fundación del _Centro de Estudios Literarios, los esfuerzos se iban en conservación de la casa como en la revisión de ediciones pendientes y en la preparación para la divulgación de los inéditos que todavía iban apareciendo y la edición de ese monumento al que llamamos Obras Completas y como el propio don Alfonso no había dejado ningún modelo didáctico o algún grupo que practicara algo parecido, las redes de los reyesianos fueron moviéndose de la mejor manera en que podían para lograr el efecto que el ausente hubiera deseado; un nuevo modelo aparecía mientras tanto en el horizonte, para el momento en que se funda el Centro, el movimiento de los talleres literarios conocía un auge importante.

5. El nacimiento del taller literario de la Capilla Alfonsina

En 1951, Juan José Arreola reunió en la casa ubicada en la Calle del Río de la Plata, número 8, el que sería el primer taller literario en México; su receta, como lo recuerda Teresa Jiménez en su reseña sobre los talleres literarios en México, sigue siendo vigente, se requerían:

Una persona capaz de dirigir el taller y un grupo de jóvenes que sean capaces de modestia, humildad y que no tengan mala fe en contra de los demás; que examinen los textos con honradez y que estén dispuestos a exponerse a la crítica... pero esto no siempre se encuentra.

Al taller de Arreola se acercaron José Agustín, Jorge Arturo Ojeda y René Avilés Fabila, entre otros; su progenie fue generosa y fijó el canon de trabajo de los nuevos talleres que habrían de sucederle, otra de las características impuestas por el modelo de Arreola respondía a dar salida a los trabajos destacados que se producían en el taller,

en mayo de 1964, publicó por primera vez la revista “Mester”, a la que Huberto Batis añadiría el mote de “de Arreolería”.

Así cuando se establece la Capilla como Centro de Estudios Literarios bajo la dirección de Alicia Reyes, el movimiento de los talleres literarios está en auge; en 1967, Julieta Campos, Juan Bañuelos y Salvador Elizondo organizaron los talleres literarios de la UNAM; en 1974, San Luis Potosí dispuso, con el patrocinio del INBA, del primer taller fuera de la Ciudad de México. En 1978 el Primer Encuentro Nacional de Talleres Literarios de la Casa del Lago, dio cuenta de la existencia de más o menos doscientos talleres literarios de todo tipo diseminados por todo el país. En su nueva etapa, la Capilla debía contar con su propio taller literario.

El taller de Alicia Reyes fue, durante décadas, una institución; sin embargo, éste no fue el primero de los talleres creados para la Capilla. Entre 1973 y 1974 se fueron organizando una serie de talleres literarios que el INBA estableció para el recién Creado Centro de Estudios; se trataba de talleres restringidos a los que se ingresaba por concurso y que disponía de una beca anual para los beneficiarios; el ejercicio, según parece se llevó a cabo por dos ocasiones; Marco Antonio Campos, recuerda que la creación de los talleres se debe a Óscar Oliva, entonces director de Literatura en Bellas Artes; al frente del taller de poesía estaba Hernán Lavín Cerda, del de ensayo Jaime Labastida y del de narrativa, Tito Monterroso; aquellos talleres hicieron generación pese a su brevedad. Campos recuerda entre sus compañeros talleristas a Guillermo Samperio, Bernardo Ruiz y Luis Chumacero. Aquel primer diseño era más bien un programa para atletas de alto rendimiento, sus coordinadores eran escritores de renombre y los participantes atravesaron por un riguroso proceso de selección; Juan Villoro fue también alumno de aquellos legendarios talleres y en varias ocasiones se ha referido a las enseñanzas de Monterroso; de aquellos talleres hay que recordar también la presencia de Carlos Chimal. Monterroso tuvo que dejar el taller en manos de Miguel Donoso Pareja que luego tuvo que partir para San Luis Potosí para abrir el primer taller literario en el interior de la República; así, hacia 1975, inicia la era del taller literario de Alicia Reyes.

Alicia, la Dra. Reyes o Tikis, de acuerdo con lo que autorizara la cercanía del afecto, pensó su taller como una extensión de la actividad difusora de la Capilla del mismo modo en que don Alfonso se había dado al patronazgo de San Pascual Bailón, los participantes del taller recibían esta peculiar forma de formación literaria con los ejemplos y lecturas de la obra de Alfonso Reyes, de este modo se lograban tanto el efecto didáctico como la difusión de la obra de don Alfonso; de aquellos primeros participantes, por ejemplo Héctor Perea destacaría como conocedor y divulgador de la obra, demostró su adhesión a la imagen de Reyes y su conocimiento del hombre y la obra con la magnífica museografía que ahora caracteriza a la Capilla y Pura López Colomé con una obra literaria de largo aliento.

6. Así se vivía el Taller de Alicia Reyes

Pero para acercarnos al final hay que regresar a los anuncios azules; los recuerdo con claridad, tenían el mismo tono con que están pintados los pasamanos tubulares de la Capilla, daban la indicación para llegar al inmueble, aquellos letreros sobrevivieron al terremoto de 1985 y con el tiempo fueron retirados; los había observado varias veces, sabía ya que la Capilla era la casa de Alfonso Reyes, había comenzado a leer su obra, pero no sabía más que eso, hoy, a poco más de treinta años de distancia, lo único que no puedo recordar de mi primera visita a la Capilla es el día de la semana en que ocurrió; sólo puedo conjeturar que no pudo ser el martes, porque fue en la mañana y ese día es en el que se reúne el taller.

En aquellos días los estudiantes de la preparatoria de la Universidad La Salle podíamos salir con entera libertad de la escuela; administrando mis asistencias podía invertir mi tiempo entre las clases que menos me interesaban, los paseos a la biblioteca, las lecturas de café y, luego, las visitas a la Capilla Alfonsina; fue poco antes del verano de 1988, la primera vez que me atreví a entrar en la Capilla; aún hoy, después de tantos años, no puedo olvidar el golpe que para mi conciencia y para mis sentidos, representó aquella visita, la sensación de paz, de agrado, de pertenencia que

experimenté; era como si la vida hubiera reservado para mi un espacio de maravilla; aquella vez no estaba Alicia, lo sé no porque preguntara por ella, sino porque recorrí toda la Capilla y no la vi por ninguna parte; la siguiente y otras más la saludé con un tímido “buenos días”, lanzado hasta el escritorio en que ella estaba, ese escritorio que aún está ahí, que luego supe había utilizado don Alfonso y que hoy corresponde, con toda dignidad a Javier Garciadiego; no fue sino hasta la tercera o cuarta visita, cuando estaba leyendo, y puedo recordar con precisión el libro porque luego anoté en mi ejemplar de *Queremos tanto a Glenda*, una frase que decía “*Hoy conocí a Alicia Reyes, nieta de Alfonso Reyes*”. Amable, afectuosa, me dijo que ya eran varias las veces que me veía en la Capilla, desde luego entré en pánico, a esa edad me causó angustia que me preguntara que hacía por ahí y al no tener una respuesta válida me pidieran que no incordiará sin causa; pero la pregunta nunca llegó; lo que hizo fue preguntarme si había leído a Alfonso Reyes, como si me hubieran cuestionado el catecismo, le recité los títulos que había leído y hasta tuve el atrevimiento de decir cuanto me había gustado la *Visión de Anáhuac* y el *Sol de Monterrey*; ahora, al escribir estas notas pienso en que no podía haber elegido nada más común ni más básico en la obra de Reyes pero que, tal vez, fuera esa simple sinceridad lo que me franqueó las puertas de uno de los lugares que resultarían más importantes en mi vida. Me ofreció una visita guiada a la Capilla y al final, casi para despedirme, me aventuré a decirle que escribía poesía, me pidió que seleccionara dos de mis mejores trabajos y que si quería me presentara, con seis copias de cada uno, a su taller de creación literaria. Ese momento fue uno de los que nos cambian la vida.

Alicia Reyes resultó ser la mejor maestra que se pudiera desear, dulce y comprensiva, atenta y solidaria pero implacable en sus juicios literarios, seleccionaba a sus alumnos tratando de ver en ellos al escritor que aspiraban a ser; los forzaba a encontrar su voz y cuando lo juzgaba pertinente los ayudaba a encontrar espacios para que vieran su trabajo publicado; su didáctica no se basaba en su propia obra sino en la de Alfonso Reyes; obligaba a trabajar los textos una y mil veces, yo veía desmoronarse mis poemas hasta quedar en los cinco o diez versos en los que ella había descubierto el poema oculto en la hojarasca; poco después, invité a participar

en el taller a Pablo Raphael, muchos años más tarde hizo de la Capilla escenario de una parte de su novela *Clipperton* y a David Grinberg, ambos amigos y compañeros de vida, conocí en el ejercicio del taller a Pável Granados y a Alejandro Malo.

Así llegó el día en el que Alicia me ordenó que me quedara unos minutos después del taller y me pidió que eligiera dos poemas para publicar, uno para *Periódico de Poesía* y otro para *Papel de Literatura* que entonces publicaba la Coordinación de Literatura de Bellas Artes, los poemas se publicaron y es algo que aún no termino de agradecerle.

Nunca pude separarme de la Capilla, ha estado en el centro de mi vida desde aquellos días en que, como decía don Alfonso, “*nos salvamos o nos condenamos y de los que llevamos siempre lágrimas en los ojos*”, por eso nunca he dejado de ser un orgulloso discípulo de Alicia Reyes, ni ella jamás dejó de presentarme como su alumno.

Un día tuve que dar el paso que muchos no se permiten: abandonar el taller, que es tanto como cortarse el cordón umbilical, pero aún así era parte del taller, parte de la Capilla; nuevas voces se formaron desde entonces, entre ellos Arturo Sodomá, Isaías Espinoza, María Elena Maldonado y Gabriela Puente entre muchos otros.

De nuevo, un verano, el de 1996, Alicia me llamó por teléfono y me ordenó que me presentara en la Capilla a la mañana siguiente, tenía algo para mí; en efecto, era una tarjeta de visita con una recomendación de mi trabajo para que se la llevara a Emmanuel Carballo; a Emmanuel lo había visto alguna vez en la Capilla, pero para mí era una leyenda; las indicaciones de Alicia eran precisas, llamar a Carballo y pedirle una cita, ella ya lo había puesto en antecedentes; al amanecer cumplí la instrucción y cuando oí la voz de Emmanuel al teléfono me di cuenta de lo que estaba sucediendo; me dio cita al día siguiente a las seis de la tarde, me acompañó mi esposa y lo que yo pensé sería una visita de diez minutos, se convirtió en una de las tardes más memorables y alucinantes de mi vida y que terminó con una cena en la cocina, la

revisión de mis poemas que le llevaba - lleva lo mejor que tengas me había ordenado Alicia - y la selección de dos; se levantó de la mesa y nos pidió que lo disculpara, volvió unos minutos después con una de sus tarjetas de visita y me preguntó como firmaba mis trabajos; le dije mi nombre completo, “demasiado largo” acotó, “de eso no se acuerda nadie”; escribió en la tarjeta mi nombre y me la entregó; decía: “Te presento a César Benedicto Callejas, le he dicho que si quiere entrar al mundo de las letras tiene que conocer a Huberto Batis”. Me indicó que se la llevara con los dos poemas que había elegido. De nuevo repetí el ritual, sólo que Batis no me contestó la llamada, lo hizo su secretaria en unomásuno; me dio cita para la semana siguiente; Batis me recibió puntual y me preguntó por Alicia y por Carballo; luego de las breves palabras de cortesía me preguntó qué le llevaba, le entregué la nota de Emmanuel y mis dos poemas. Los leyó y me dijo: “Salen el sábado”. Le agradecí y me pidió que nos hiciéramos una foto juntos; con su sonrisa inolvidable comentó que le gustaban hacerse fotografías con los nuevos escritores y entonces, por primera vez en mi vida, sentí que era un escritor de verdad. De eso se trataba en realidad el taller de Alicia Reyes en su deslumbrante reino de la Capilla Alfonsina.